Marqués de Sade

Historietas, cuentos y fábulas



Donatien Alphonse François, mejor conocido como el Marqués de Sade, es un escritor y filósofo francés en cuyas obras nos encontramos ante un tema muy especial: el erotismo, sólo que es un erotismo modificado, llevado a extremos increíbles, en los que se vuelve grotesco o inhumano.

Escribió la mayor parte de sus obras durante los largos periodos en que estuvo internado en el hospital psiquiátrico de Charenton. Entre ellas se encuentran *Los 120 Días de Sodoma* (1784), *Los Crímenes del Amor* (1788), *Historietas, Cuentos y Fábulas* (1788), *Justina* (1791) y *Julieta* (1798).

Calificadas de obscenas en su día, la descripción de distintos tipos de perversión sexual constituye su tema principal, aunque no el único: en cierto sentido, Sade puede considerarse un moralista que denuncia en sus trabajos la hipocresía de su época. Su figura fue reivindicada en el siglo XX por los surrealistas.

Lectulandia

Marqués de Sade

Historietas, cuentos y fábulas

ePub r1.0
MaskDeMasque 24.07.16

Título original: *Historiettes, Contes et Fabliaux*
Marqués de Sade, 1926
Traducción: Luis Rutiaga

Editor digital: MaskDeMasque
ePub base r1.2

Prólogo

Donatien Alphonse François, marqués de Sade (París, 1740-Charenton, Francia, 1814), es un escritor y filósofo francés. De origen aristocrático, se educó con su tío, el abate de Sade, un erudito libertino y volteriano que ejerció sobre él una gran influencia.

Alumno de la Escuela de Caballería, en 1759 obtuvo el grado de capitán del regimiento de Borgoña y participó en la guerra de los Siete Años. Acabada la contienda, en 1766 contrajo matrimonio con la hija de un magistrado, a la que abandonó cinco años más tarde.

En 1768 fue encarcelado por primera vez acusado de torturas por su criada, aunque fue liberado al poco tiempo por orden real. Juzgado y condenado a muerte por delitos sexuales en 1772, consiguió huir a Génova. Regresó a París en 1777, donde fue detenido a instancias de su suegro y encarcelado en Vincennes.

En 1784 fue trasladado a la Bastilla y en 1789 al hospital psiquiátrico de Charenton, que abandonó en 1790 gracias a un indulto concedido por la Asamblea surgida de la Revolución de 1789.

Participó entonces de manera activa en política, paradójicamente en el bando más moderado. En 1801, a raíz del escándalo suscitado por la publicación de *La filosofía del tocador*, fue internado de nuevo en el hospital psiquiátrico de Charenton, donde murió.

Escribió la mayor parte de sus obras en sus largos periodos de internamiento. En una de las primeras, el Diálogo entre un sacerdote y un moribundo (1782), manifestó su ateísmo.

Posteriores son Los 120 días de Sodoma (1784), Los crímenes del amor (1788), Historietas, cuentos y fábulas (1788), Justine (1791) y Juliette (1798).

Calificadas de obscenas en su día, la descripción de distintos tipos de perversión sexual constituye su tema principal, aunque no el único: en cierto sentido, Sade puede considerarse un moralista que denuncia en sus trabajos la hipocresía de su época.

Su figura fue reivindicada en el siglo XX por los surrealistas.

Luis Rutiaga

La serpiente

Todo el mundo conoció a principios de este siglo a la señora presidente de C…, una de las mujeres más agradables y bonitas de Dijon, y todos la han visto acariciar y acoger públicamente en su lecho a la serpiente blanca que va a ser la protagonista de esta anécdota.

—Este animal es el mejor amigo que tengo en el mundo —le comentaba un día a una dama extranjera que había ido a verla y que mostraba curiosidad por conocer la razón de las atenciones que la bella presidente prodigaba a su serpiente—. En otro tiempo amé apasionadamente —prosiguió ésta—, señora, a un joven encantador que se vio obligado a alejarse de mí para ir a cosechar laureles; al margen de nuestros encuentros convenidos, él me había pedido que, siguiendo su ejemplo, a unas horas determinadas nos retiráramos cada uno por nuestro lado a algún paraje solitario para no ocuparnos de nada en absoluto más que de nuestra ternura. Un día, a las cinco de la tarde, cuando iba a recogerme en un pequeño pabellón al extremo de mi jardín, para serle fiel en mi promesa, convencida de que ningún animal de esta clase hubiera nunca podido penetrar en el jardín, de pronto descubrí a mis pies a este encantador animalillo, al que, como bien podéis ver, idolatro. Quise huir; la serpiente se tendió delante de mí, parecía pedirme perdón, parecía asegurarme que bien lejos estaba de querer hacerme ningún daño; me paro, la observo; al verme tranquila se acerca, hace cien cabriolas a mis pies, unas más de prisa que las otras; no puedo contenerme y le paso mi mano por encima, con su cabeza la acaricia delicadamente, la cojo y la pongo sobre mis rodillas, se arrebuja en ellas y parece que duerme. Una sensación de inquietud se apodera de mí… De mis ojos se escapan, a pesar mío, unas lágrimas que bañan a este animalillo encantador… Despertada por mi dolor, me mira…, gime…, alza su cabeza hasta mi seno…, lo acaricia y de nuevo se desploma anonadado… ¡Oh, cielos —grité—, todo se ha acabado; mi amante ha muerto! Abandoné aquel funesto lugar llevando conmigo a esta serpiente, a la que un misterioso sentimiento parece ligarme a pesar mío… Advertencias fatales de una voz desconocida cuyos ecos, señora, podéis interpretar como os guste, pero ocho días más tarde recibo la noticia de que mi amante había sido muerto en el preciso instante en que apareció la serpiente; nunca he querido separarme de este animal; sólo a mi muerte me abandonará; después de aquello me casé, pero con la explícita condición de que no la apartaría de mi lado.

Y tras estas palabras la gentil presidente cogió la serpiente, la recostó contra su seno y le hizo dar, como si fuera un podenco, cien vueltas delante de la dama que la interrogaba.

¡Oh, Providencia!, si esta aventura es tan cierta como lo asegura toda la provincia de Borgoña, ¡qué inescrutables son tus designios!

Agudeza gascona

Un oficial gascón había recibido de Luis XIV una gratificación de ciento cincuenta doblones y, recibo en mano, entra sin hacerse anunciar en casa del señor Colbert, que estaba sentado a la mesa con varios caballeros.

—Señores, ¿cuál de vosotros —pregunta con un acento que delataba su patria—, quién, os lo mego, es el señor Colbert?

Yo, señor —le responde el ministro—. ¿En qué puedo serviros?

Una fruslería, señor. Se trata tan sólo de una gratificación de ciento cincuenta doblones que es preciso que me descontéis en seguida.

El señor Colbert, que se da perfecta cuenta de que el personaje se prestaba a la burla, le pide permiso para acabar de cenar y, para que no se impaciente, le ruega que se siente a la mesa con él.

Con mucho gusto —contestó el gascón—, excelente idea, pues no he cenado todavía.

Terminada la comida, el ministro, que ha tenido tiempo de prevenir al encargado mayor, dice al oficial que ya puede subir al despacho, que su dinero le espera; el gascón sube… pero no le entregan más que cien doblones.

—¿Queréis bromear, señor? —dice al funcionario—. ¿O no veis que mi orden dice ciento cincuenta?

—Señor —le contesta el escribiente—, veo perfectamente vuestra orden, pero os descuento cincuenta doblones por la cena.

—¡Pardiez, cincuenta doblones! Si en mi posada me cuesta sólo diez sueldos.

—Os creo, pero allí no tenéis el honor de cenar con un ministro.

—Perfectamente —replica el gascón—, en ese caso, señor, guardároslo todo; mañana traeré a uno de mis amigos y estamos en paz.

La respuesta y la broma que le había provocado hicieron reír durante un rato a la corte; se añadieron los cincuenta doblones a la gratificación del gascón, que regresó triunfalmente a su tierra, hizo el elogio de las cenas del señor Colbert, de Versalles y de cómo era allí recompensado el ingenio del Garona.

El fingimiento feliz

Hay muchísimas mujeres que piensan que con tal de no llegar hasta el fin con un amante, pueden al menos permitirse, sin ofender a su esposo, un cierto comercio de galantería, y a menudo esta forma de ver las cosas tiene consecuencias más peligrosas que si su caída hubiera sido completa. Lo que le ocurrió a la marquesa de Guissac, mujer de elevada posición de Nimes, en el Languedoc, es una prueba evidente de lo que aquí proponemos como máxima.

Alocada, aturdida, alegre, rebosante de ingenio y de simpatía, la señora de Guissac creyó que ciertas cartas galantes, escritas y recibidas por ella y por el barón Aumelach, no tendrían consecuencia alguna, siempre que no fueran conocidas y que si, por desgracia, llegaban a ser descubiertas, pudiendo probar su inocencia a su marido, no perdería en modo alguno su favor. Se equivocó… El señor de Guissac, desmedidamente celoso, sospecha el intercambio, interroga a una doncella, se apodera de una carta, al principio no encuentra en ella nada que justifique sus temores, pero sí mucho más de lo que necesita para alimentar sus sospechas, coge una pistola y un vaso de limonada e irrumpe como un poseso en la habitación de su mujer…

—Señora, he sido traicionado —le ruge enfurecido—; leed este billete: él me lo aclara, ya no hay tiempo para juzgar, os concedo la elección de vuestra muerte.

La marquesa se defiende, jura a su marido que está equivocado, que puede ser, es verdad, culpable de una imprudencia, pero que no lo es, sin lugar a duda, de crimen alguno.

—¡Ya no me convenceréis, pérfida! —le contesta el marido furibundo—, ¡ya no me convenceréis! Elegid rápidamente o al instante esta arma os privará de la luz del día.

La desdichada señora de Guissac, aterrorizada, se decide por el veneno; toma la copa y lo bebe.

—¡Deteneos! —le dice su esposo cuando ya ha bebido parte—, no pereceréis sola; odiado por vos, traicionado por vos, ¿qué querríais que hiciera yo en el mundo? —Y tras decir esto bebe lo que queda en el cáliz.

—¡Oh, señor! —exclama la señora de Guissac—. En terrible trance en que nos habéis colocado a ambos, no me neguéis un confesor ni tampoco el poder abrazar por última vez a mi padre y a mi madre.

Envían a buscar en seguida a las personas que esta desdichada mujer reclama, se arroja a los brazos de los que le dieron la vida y de nuevo protesta que no es culpable de nada. Pero ¿qué reproches se le pueden hacer a un marido que se cree traicionado y que castiga a su mujer de tal forma que él mismo se sacrifica? Sólo queda la desesperación y el llanto brota de todos por igual. Mientras tanto llega el confesor…

—En este atroz instante de mi vida —dice la marquesa— deseo, para consuelo de mis padres y para el honor de mi memoria, hacer una confesión pública —y empieza

a acusarse en voz alta de todo aquello que su conciencia le reprocha desde que nació.

El marido, que está atento y que no oye citar al balón de Aumelach, convencido de que en semejante ocasión su mujer no se atrevería a fingir, se levanta rebosante de alegría.

—¡Oh, mis queridos padres! —exclama abrazando al mismo tiempo a su suegro y a su suegra—, consolaos y que vuestra hija me perdone el miedo que la he hecho pasar, tantas preocupaciones me produjo que es lícito que le devuelva unas cuantas. No hubo nunca ningún veneno en lo que hemos tomado, que esté tranquila; calmémonos todos y que por lo menos aprenda que una mujer verdaderamente honrada no sólo no debe cometer el mal, sino que tampoco debe levantar sospechas de que lo comete.

La marquesa tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para recobrarse de su estado; se había sentido envenenada hasta tal punto que el vuelo de su imaginación le había ya hecho padecer todas las angustias de muerte semejante. Se pone en pie temblorosa, abraza a su marido; la alegría reemplaza al dolor y la joven esposa, bien escarmentada por esta terrible escena, promete que en el futuro sabrá evitar hasta la más pequeña apariencia de infidelidad. Mantuvo su palabra y vivió más de treinta años con su marido sin que éste tuviera nunca que hacerle el más mínimo reproche.

El alcahuete castigado

Durante la Regencia ocurrió en París un hecho tan singular que aún hoy en día puede ser narrado con interés; por un lado, brinda un ejemplo de misterioso libertinaje que nunca pudo ser declarado del todo; por otro, tres horribles asesinatos, cuyo autor no fue descubierto jamás. Y en cuanto a… las conjeturas, antes de presentar la catástrofe desencadenada por quien se la merecía, quizá resulte así algo menos terrible.

Se cree que el señor de Savari, solterón maltratado por la naturaleza pero rebosante de ingenio, de agradable trato y que congregaba en su residencia de la calle Déjeuneurs a la mejor sociedad posible, había tenido la idea de prestar su casa para un género de prostitución realmente singular. Las esposas o las hijas, de elevada posición exclusivamente, que deseaban gozar sin complicaciones y a la sombra del más profundo misterio de los placeres de la voluptuosidad podían encontrar allí a un cierto número de asociados dispuestos a satisfacerlas, y esas intrigas pasajeras no tenían nunca consecuencias; una mujer recogía en ellas sólo las flores sin el menor riesgo de las espinas que con tanta frecuencia acompañan a esa clase de arreglos cuando van tomando el carácter público de una relación regular. La esposa o la jovencita se encontraban de nuevo al día siguiente en sociedad al hombre con el que habían tenido relaciones la víspera sin dar a entender que le reconocían y sin que él, a su vez, pareciera distinguirla entre las restantes damas, gracias a lo cual nada de celos en las relaciones, nada de padres irritados, ni de separaciones, ni de conventos; en una palabra, ninguna de las funestas secuelas que traen consigo asuntos de esa índole. Resultaba difícil encontrar algo más cómodo y sin duda sería peligroso ofrecer en nuestros días este plan; habría que temer con sobrada razón que este relato pudiera sugerir la idea de volver a ponerlo en práctica en un siglo en que la depravación de ambos sexos ha desbordado todos los límites conocidos, si no presentáramos, al mismo tiempo, la cruel aventura que sirvió de escarmiento a aquel que lo había concebido.

El señor de Savari, autor y ejecutor del proyecto, que se conformaba, aunque muy a gusto, con un único criado y una cocinera para no multiplicar los testigos de los excesos de su mansión, vio una mañana cómo se presentaba en su casa cierto individuo amigo suyo para rogarle que le invitara a comer.

—Diablos, con mucho gusto —le contesta el señor de Savari—, y para demostraros el placer que me proporcionáis, voy a ordenar que os saquen el mejor vino de mi bodega…

—Un momento —responde el amigo cuando el criado ha recibido ya la orden—, quiero ver si La Brie nos engaña…, conozco los toneles, voy a seguirle y a comprobar si realmente escoge el mejor.

—Muy bien, muy bien —contesta el dueño de la casa siguiendo perfectamente la broma—; si no fuera por mi penoso estado, yo mismo os acompañaría, pero así me haréis el favor de ver si ese bribón no nos induce a error.

El amigo sale, entra en la bodega, coge una palanca, mata a golpes al criado, sube en seguida a la cocina, deja en el sitio a la cocinera, mata hasta a un perro y a un gato que encuentra a su paso, vuelve a la alcoba del señor de Savari que, incapaz por su estado de ofrecer la menor resistencia, se deja asesinar como sus sirvientes, y este verdugo implacable, sin turbarse, sin sentir el más mínimo remordimiento por la acción que acaba de perpetrar, detalla tranquilamente en la página en blanco de un libro que halla sobre la mesa la forma en que la ha llevado a cabo, no toca cosa alguna, no se lleva nada, sale de la casa, la cierra y desaparece.

La casa del señor de Savari era demasiado frecuentada para que esta atroz carnicería no fuera descubierta en seguida; llaman a la puerta, nadie contesta, y convencidos de que el dueño no puede hallarse fuera rompen las puertas y descubren el espantoso estado de la residencia de aquel desdichado; no contento con legar los detalles de su acción al público, el flemático asesino había colocado sobre un péndulo, adornado con una calavera que ostentaba como lema: «Contempladla para enmendar vuestra vida», había colocado, repito, sobre esta frase un papel escrito en el que se leía: «Ved su vida y no os sorprenderéis de su final».

Una aventura semejante no tardó en provocar un escándalo; registraron por todas partes y el único objeto que encontraron que guardara alguna relación con esta cruel escena fue la carta de una mujer, sin firma, dirigida al señor de Savari y que contenía las palabras siguientes:

«Estamos perdidos, mi marido acaba de enterarse de todo, pensar en el remedio, sólo Paparel puede aplacar su espíritu; haced que hable con él, si no, no hay ninguna salvación».

Un tal Paparel, tesorero del extraordinario de la guerra, hombre amable y con buenas relaciones, fue citado: admitió que visitaba al señor de Savari, pero que, de más de cien personas de la ciudad y de la corte que acudían a su casa, a su cabeza de las cuales podía colocarse el señor duque de Vendôme, él era de todas ellas uno de los que menos le veía.

Varias personas fueron detenidas y puestas en libertad casi en seguida. Pronto se supo bastante como para convencerse de que aquel asunto tenía ramificaciones innumerables que, al comprometer el honor de los padres y maridos de la mitad de la capital, iban a desacreditar públicamente a un infinito número de personas de la más alta alcurnia, y, por primera vez en la vida, en unas cabezas de magistrados la prudencia reemplazó a la severidad. En eso quedó todo y, por tanto, la muerte de aquel desdichado, demasiado culpable sin duda para ser llorado por gentes honestas, no encontró nunca a nadie que le vengara; pero si aquella pérdida fue insensible para la virtud, hay que creer que el vicio la lamentó durante largo tiempo, y que, independientemente de la alegre cuadrilla que tantos mirtos recogía en la casa de este dulce hijo de Epicuro, las hermosas sacerdotisas de Venus, que acudían día tras día a quemar su incienso en los altares del amor, debieron llorar sin duda la demolición de su templo.

Y así es como acabó todo. Un filósofo comentaría, glosando esta narración: «Si de las mil personas a las que tal vez afectó esta aventura, quinientas se alegraron y otras quinientas la deploraron, la acción puede considerarse indiferente; pero si, por desgracia, el cálculo arrojara una cifra de ochocientos seres lesionados por la privación del placer que esta catástrofe les ocasionaba contra sólo doscientos que creyeran ganar con ella, el señor de Savari hacía más bien que mal y el único culpable fue aquel que le inmoló en aras e su resentimiento». Dejo que decidáis sobre todo esto y paso rápidamente a otro asunto.

Un obispo en el atolladero

Resulta bastante curiosa la idea que algunas personas piadosas tienen de los juramentos. Creen que ciertas letras del alfabeto, ordenadas de una forma o de otra, pueden, en uno de esos sentidos, lo mismo agradar infinitamente al Eterno como, dispuestas en otro, ultrajarle de la forma más horrible, y sin lugar a dudas ese es uno de los más arraigados prejuicios que ofuscan a la gente devota.

A la categoría de las personas escrupulosas en lo que respecta a las b y a las f pertenecía un anciano obispo de Mirepoix que a comienzos de este siglo pasaba por ser un santo; cuando un día iba a ver al obispo de Pamiers su carroza se atascó en los horribles caminos que separan esas dos ciudades: por más que lo intentaron los caballos no podían hacer más.

—Monseñor —exclamó al fin el cochero a punto de estallar—, mientras permanezcáis ahí mis caballos no podrán dar un paso.

—¿Y por qué no? —contestó el obispo.

—Porque es absolutamente necesario que yo suelte un juramento y Vuestra Ilustrísima se opone a ello; así, pues, haremos noche aquí si Ella no me lo permite.

—Bueno, bueno —contestó el obispo, zalamero, santiguándose—, jurad, pues, hijo mío, pero lo menos posible.

El cochero blasfema, los caballos arrancan, monseñor sube de nuevo… y llegan sin novedad.

El resucitado

Los filósofos dan menos crédito a los aparecidos que a ninguna otra cosa; si, no obstante el extraordinario hecho que voy a relatar, suceso respaldado por la firma de varios testigos y registrado en archivos respetables, este suceso, repito, gracias a todos estos títulos y a los visos de autenticidad que tuvo en su momento, puede resultar digno de crédito, será preciso, a pesar del escepticismo de nuestros estoicos, convenir en que si bien no todos los cuentos de resucitados son ciertos sí que contienen, al menos, elementos realmente extraordinarios.

La corpulenta señora Dallemand, a la que todo París conocía en aquel tiempo como mujer alegre, cordial, ingenua y de agradable trato, vivía desde que se había quedado viuda, hacía más de veinte años, con un tal Ménou, hombre de negocios que habitaba cerca de Saint-Jeanen-Gréve. La señora Dallemand se hallaba cenando un día en casa de una tal señora Duplatz, mujer de carácter y medio social muy parecidos al suyo, cuando a la mitad de una partida que habían iniciado después de levantarse de la mesa un criado rogó a la señora Dallemand que pasara a una habitación contigua, pues una persona amiga suya deseaba hablarle en seguida de un asunto tan urgente como esencial; la señora Dallemand le contesta que espere, que no quiere echar a perder su partida; el criado vuelve de nuevo a insistir de tal manera que la dueña de la casa es la primera en obligar a la señora Dallemand a ir a ver lo que quieren de ella. Sale y se encuentra con Menou.

—¿Qué asunto tan urgente —le pregunta— puede obligaros a molestarme de esta forma viniendo a una casa en la que ni siquiera saben quién sois?

—Un asunto de vida o muerte, señora —contesta el agente de cambio—, y podéis estar segura de que había de ser como os digo para poder obtener el permiso de Dios y venir a hablar con vos por última vez en mi vida…

Ante estas palabras, que no correspondían a un hombre muy en sus cabales, la señora Dallemand se sobresalta, y al observar con detenimiento a su amigo, al que no veía desde hacía varios días, viéndole pálido y desfigurado, se asusta más aún.

—¿Qué os pasa, señor? —le pregunta—. ¿Cuál es la razón del estado en que os veo y de los siniestros hechos que me anunciáis?, explicadme al instante qué os ha ocurrido.

—Nada que no sea normal, señora —responde Ménou—. Tras sesenta años de vida no quedaba ya más que llegar a puerto; gracias al cielo ya he llegado. He pagado a la naturaleza el tributo que todo hombre le debe, únicamente siento haberme olvidado de vos en mis últimos momentos y por esa falta, señora, es por lo que vengo a pediros perdón.

—Pero, señor, ¿estáis desvariando? Ese desatino no tiene ni pies ni cabeza. O vos recobráis la razón o yo me veré obligada a pedir auxilio.

—No lo hagáis, señora. Esta inoportuna visita no será larga, estoy agotando el plazo que me concedió el Eterno; escuchad, pues, mis últimas palabras y luego nos

despediremos para siempre… Yo he muerto, señora, os lo repito, pronto podréis comprobar la veracidad de lo que os digo. Me había olvidado de vos en mi testamento y vengo a reparar mi falta; tomad esta llave, id en seguida a mi casa; detrás de la cabecera de mi cama hallaréis una puerta de hierro, abridla con la llave que os doy y coged el dinero que hay en el armario que cierra esa puerta; mis herederos ignoran la existencia de esa suma. Vuestra es, nadie os la disputará… Adiós, señora, y no me sigáis…

Y Ménou desapareció.

Es fácil imaginar en qué estado de excitación volvió la señora Dallemand al salón de su amiga; le resultó imposible ocultar el motivo…

—Toda esta historia bien merece una comprobación —le dijo la señora Duplatz —. No perdamos un instante.

Piden los caballos, suben al coche y marchan a casa de Ménou. Él estaba en la entrada, tendido en su ataúd: las dos mujeres suben a las habitaciones, la amiga del dueño de la casa, a la que conocen demasiado bien para impedírselo, recorre todos los dormitorios que desea, da con la puerta de hierro, la abre con la llave que le habían dado, encuentra el tesoro y se lo lleva consigo.

Vemos aquí pruebas de una amistad y de un agradecimiento que no se prodigan muy a menudo y que, por más que los aparecidos nos espanten, estaremos al menos de acuerdo en que deben hacer que les perdonemos el terror que nos causan a cambio de los motivos que les traen ante nosotros.

Discurso provenzal

Durante el reinado de Luis XIV como es bien sabido, se presentó en Francia un embajador persa; este príncipe deseaba atraer a su corte a extranjeros de todas las naciones para que pudieran admirar su grandeza y transmitieran a sus respectivos países algún que otro destello de la deslumbrante gloria con que resplandecía hasta los confines de la tierra. A su paso por Marsella, el embajador fue magníficamente recibido. Ante esto, los señores magistrados del parlamento de Aix decidieron, para cuando llegara allí, no quedarse a la zaga de una ciudad por encima de la cual colocan a la suya con tan escasa justificación. Por consiguiente, de todos los proyectos el primero fue el de cumplimentar al persa; leerle un discurso en provenzal no habría sido difícil, pero el embajador no habría entendido ni una palabra; este inconveniente les paralizó durante mucho tiempo. El tribunal se reunió para deliberar: para eso no necesitan demasiado, el juicio de unos campesinos, un alboroto en el teatro o algún asunto de prostitutas sobre todo; tales son los temas importantes para esos ociosos magistrados desde que ya no pueden arrasar la provincia a sangre y fuego y anegarla, como en el reinado de Francisco I, con los torrentes de sangre de las desdichadas poblaciones que la habitan.

Así, pues, se reunieron a deliberar, pero ¿cómo lograr a traducir el discurso? Por más que deliberaron no hallaron ninguna solución. ¿Era acaso posible que en una comunidad de comerciantes de atún, ataviados con una casaca negra por pura casualidad y en la que ni uno sabía ni siquiera francés, pudieran encontrar a un colega que hablara persa? Con todo, el discurso estaba ya redactado; tres eminentes abogados habían trabajado en él durante seis semanas. Al fin descubrieron, no se sabe si en el monte o en la ciudad, a un marinero que había pasado mucho tiempo en el Levante y que hablaba un persa casi tan fluido como su jerga dialectal. Se lo proponen y él acepta. Se aprende el discurso y lo traduce con facilidad; cuando llega el día le visten con una vieja casaca de presidente primero, le colocan la peluca más voluminosa que había en la magistratura y seguido por toda la banda de magistrados se adelanta hacia el embajador. Unos y otros se habían puesto de acuerdo sobre sus respectivos papeles y el orador había advertido con especial énfasis a los que le seguían que no le perdieran de vista un solo momento y que repitieran punto por punto todo lo que vieran hacer. El embajador se detiene en el centro del patio que había sido señalado para el encuentro, el marinero le hace una reverencia y, poco habituado a llevar sobre el cráneo una peluca tan hermosa, lanza la pelambrera a los pies de Su Excelencia; los señores magistrados, que habían prometido imitarle, se quitan al punto sus pelucas e inclinan sus pelados y un tanto sarnosos cráneos en dirección al persa; el marinero, sin alterarse, recoge sus cabellos, se los arregla y empieza a declamar la salutación; tan bien se expresa que el embajador cree que es de su mismo país. La idea le hace montar en cólera.

—¡Infame! —exclama llevando su mano al sable—. No hablarías así mi idioma si

no fueras un renegado de Mahoma, debo castigarte por tu crimen, ahora mismo vas a pagarlo con tu cabeza.

Por más que el marinero se defiende no le hace ningún caso; gesticulaba, juraba, y ni uno solo de sus movimientos pasaba inadvertido, todos eran repetidos al instante y con energía por la turba areopagítica que venía tras él. Al fin, no sabiendo cómo salir del apuro, pensó en una prueba incontestable: desabotonó su calzón y puso a la vista del embajador la prueba palpable de que nunca en su vida había sido circuncidado. Este nuevo gesto es imitado en seguida y he aquí, de golpe, a cuarenta o cincuenta magistrados provenzales con la bragueta bajada y el prepucio en ristre, para demostrar como el marinero que no había uno solo que no fuera tan cristiano como el propio San Cristóbal. Es fácil de imaginar cómo se divirtieron con semejante pantomima las damas que presenciaban la ceremonia desde sus ventanas. Al fin, el ministro, convencido por razones tan poco equívocas de que el orador no era culpable y viendo por lo demás que había ido a parar a una ciudad de «pantalones», se fue sin más ceremonias encogiéndose de hombros y sin duda diciendo para sí: «No me extraña que esta gente tenga siempre un patíbulo alzado, el rigorismo que siempre acompaña a la ineptitud debe de ser el único atributo de estos animales».

Existió el propósito de hacer un cuadro sobre esta manera de recitar el catecismo y un joven pintor había tomado con ese fin unos apuntes del natural, pero el tribunal desterró al artista de la provincia y condenó el boceto a la hoguera, sin sospechar que se arrojaban al fuego ellos mismos, pues su retrato aparecía en el dibujo.

—Tenemos a mucha honra ser unos cretinos —explicaron los graves magistrados —; aunque no nos hubiera gustado, como nos gusta hace ya mucho tiempo que se lo demostramos a toda Francia, pero no queremos que ningún cuadro lo transmita a la posteridad; ella pasará por alto toda esta simpleza y no se acordará más que de Merindol y de Cabriéres, y para el honor del gremio, más vale que seamos unos asesinos que unos asnos.

¡Que me engañen siempre así!

Hay pocos seres en el mundo tan libertinos como el cardenal de…, cuyo nombre, teniendo en cuenta su todavía sana y vigorosa existencia, me permitiréis que calle. Su Eminencia tiene concertado un arreglo, en Roma, con una de esas mujeres cuya servicial profesión es la de proporcionar a los libertinos el material que necesitan como sustento de sus pasiones; todas las mañanas le lleva una muchachita de trece o catorce años, todo lo más, pero con la que monseñor no goza más que de esa incongruente manera que hace, por lo general, las delicias de los italianos, gracias a lo cual la vestal sale de las manos de Su Ilustrísima poco más o menos tan virgen como llegó a ellas, y puede ser revendida otra vez como doncella a algún libertino más decente. A aquella matrona, que se conocía perfectamente las máximas del cardenal, no hallando un día a mano el material que se había comprometido a suministrar diariamente, se le ocurrió hacer vestir de niña a un guapísimo niño del coro de la iglesia del jefe de los apóstoles; le peinaron, le pusieron una cofia, unas enaguas y todos los atavíos necesarios para convencer al santo hombre de Dios. No le pudieron prestar, sin embargo, lo que le habría asegurado verdaderamente un parecido perfecto con el sexo al que tenía que suplantar, pero este detalle preocupaba poquísimo a la alcahueta… «En su vida ha puesto la mano en ese sitio —comentaba ésta a la compañera que la ayudaba en la superchería—; sin ninguna duda explorará única y exclusivamente aquello que hace a este niño igual a todas las niñas del universo; así, pues, no tenemos nada que temer…».

Pero la comadre se equivocaba. Ignoraba sin duda que un cardenal italiano tiene un tacto demasiado delicado y un paladar demasiado exquisito como para equivocarse en cosas semejantes; comparece la víctima, el gran sacerdote la inmola, pero a la tercera sacudida:

—*¡Per Dio santo!* —exclama el hombre de Dios—. *¡Sono ingannato, quésto bambino è ragazzo, mai non fu putana!*

Y lo comprueba… No viendo nada, sin embargo, excesivamente enojoso en esta aventura para un habitante de la ciudad santa, Su Eminencia sigue su camino diciendo tal vez como aquel campesino al que le sirvieron trufas en lugar de patatas: «¡Qué me engañen siempre así!». Pero cuando la operación ha terminado:

—Señora —dice a la dueña—, no os culpo por vuestro error.

—Perdonad, monseñor.

—No, no, os repito, no os culpo por ello, pero si esto os vuelve a suceder no dejéis de advertírmelo, porque… lo que no vea al principio lo descubriré más adelante.

El esposo complaciente

Toda Francia se enteró de que el príncipe de Bauffremont tenía, poco más o menos, los mismos gustos que el cardenal del que acabamos de hablar. Le habían dado en matrimonio a una damisela totalmente inexperta a la que, siguiendo la costumbre, habían instruido tan sólo la víspera.

—Sin mayores explicaciones —le dice su madre— como la decencia me impide entrar en ciertos detalles, sólo tengo una cosa que recomendaros, hija mía: desconfiar de las primeras proposiciones que os haga vuestro marido y contestadle con firmeza: «No, señor, no es por ahí por donde se toma a una mujer decente; por cualquier otro sitio que os guste, pero por ahí de ninguna manera…».

Se acuestan y por un prurito de pudor y de honestidad que no se hubiera sospechado ni por asomo, el príncipe, queriendo hacer las cosas como Dios manda al menos por una vez no propone a su mujer más que los castos placeres del himeneo; pero la joven, bien educada, se acuerda de la lección:

—¿Por quién me tomáis, señor? —le dice—. ¿Os habéis creído que yo iba a consentir algo semejante? Por cualquier otro sitio que os guste, pero por ahí de ninguna manera.

—Pero, señora…

—No, señor, por más que insistáis nunca accederé a eso.

—Bien, señora, habrá que complaceros —contesta e príncipe apoderándose de su altar predilecto—. Mucho me molestaría que dijeran que quise disgustaros alguna vez.

Y que vengan a decirnos ahora a nosotros que no merece la pena enseñar a las hijas lo que un día tendrán que hacer con sus maridos.

Aventura incomprensible

Todavía no hace cien años, en varios lugares de Francia perduraba aún la absurda creencia de que, entregando el alma al diablo, con ciertas ceremonias tan crueles como fanáticas, se conseguía de ese espíritu infernal todo lo que se deseara, y no ha pasado un siglo desde que la aventura que, relacionada con esto, vamos a narrar tuvo lugar en una de nuestras provincias meridionales, donde todavía está atestiguada hoy en día por los registros de dos ciudades y respaldada por testimonios muy apropiados para convencer a los incrédulos. El lector puede creerla o no, hablamos solamente después de haberla verificado; por supuesto no le garantizamos el hecho, pero le certificamos que más de cien mil almas lo creyeron y que más de cincuenta mil pueden corroborar en nuestros días la autenticidad con que está consignada en registros solventes. Nos dará permiso para disfrazar la provincia y los nombres.

El barón de Vaujour combinaba desde su más tierna juventud el más desenfrenado libertinaje con el cultivo de todas las ciencias y muy especialmente el de aquellas que inducen al hombre al error y le hacen perder un tiempo precioso que podría emplear de alguna otra manera infinitamente mejor; era alquimista, astrólogo, brujo, nigromante, astrónomo bastante notable por cierto y físico mediocre; a la edad de veinticinco años, el barón, dueño ya de su patrimonio y de sus actos, descubrió en sus libros —según afirmaba— que inmolando un niño al diablo, empleando determinadas palabras y haciendo determinadas contorsiones durante la execrable ceremonia, se conseguía que el demonio se apareciera y se obtenía de él todo lo que se deseaba, siempre que se le prometiera el alma, y entonces se decidió a perpetrar esa monstruosidad con el único propósito de vivir felizmente su duodécimo lustro, de que nunca le faltara dinero y de conservar asimismo en el más alto grado de potencia sus facultades prolíficas hasta esa edad. Cometida la infamia y firmado el pacto, ocurrió lo siguiente: Hasta la edad de sesenta años, el barón, que disponía tan sólo de quince mil libras de renta, había gastado regularmente doscientas mil y jamás debió un céntimo. En lo que respecta a sus proezas amorosas, hasta esa misma edad fue capaz de gozar a una mujer quince o veinte veces en una noche, y a los cuarenta y cinco ganó cien luises en una apuesta con unos amigos suyos que habían afirmado que no podría satisfacer a veinticinco mujeres, una después de otra; lo hizo y entregó los cien luises a las mujeres. En otra cena, has la que se inició un juego de azar, el barón advirtió al empezar que no podía participar, pues no tenía un céntimo. Le ofrecieron dinero, pero lo rechazó; mientras que jugaban, dio dos o tres vueltas por la sala, volvió, se hizo hacer un sitio y apostó diez mi luises a una carta, luises que fue sacando en diez o doce fajos de su bolsillo; el envite no fue aceptado, el barón preguntó el motivo y uno de sus amigos le contestó bromeando que la carta no iba lo bastante bien servida y el barón añadió otros diez mil. Todo esto está registrado en dos ayuntamientos respetables y lo hemos podido leer.

Cuando cumplió cincuenta años, el barón decidió casarse; lo hizo con una

encantadora joven de su provincia con la que siempre ha vivido en los mejores términos, sin que las infidelidades tan propias de su temperamento provocaran nunca el menor roce; tuvo siete hijos de esa esposa y desde hacía algún tiempo los encantos de su mujer habían ido volviéndole más sedentario; habitualmente vivía con su familia en el castillo donde en su juventud había hecho la espantosa promesa que hemos mencionado, invitando a hombres de letras, apreciando su trato y cultivando su amistad. Sin embargo, a medida que se aproximaba al término de los sesenta años, se acordaba de su desdichado pacto y como ignoraba si el diablo iba a contentarse con retirarle sus favores o le quitaría entonces la vida, su humor cambiaba por completo, se ponía triste y meditabundo y ya casi no salía de su casa.

El día señalado, a la hora exacta en que el barón cumplía sesenta años, un criado le anuncia a un desconocido que había oído hablar de sus conocimientos y solicita el honor de entrevistarse con él; el barón, que en ese momento no estaba pensando en aquello que no había dejado de preocuparle desde hacía varios años, contesta que le haga pasar a su gabinete. Sube allí y encuentra a un forastero que, por su manera de hablar, le parece que es de París, un hombre bien vestido, con una figura hermosísima y que en seguida se pone a discutir con él sobre las ciencias más elevadas; el barón le va contestando a todo y la conversación se anima. El señor de Vaujour propone a su huésped ir a dar un pequeño paseo, él acepta y nuestros dos filósofos salen del castillo; era época de faenas agrícolas y todos los labradores estaban en el campo; algunos, al ver gesticular a solas al señor de Vaujour, piensan que se ha vuelto loco y corren a avisar a la señora pero nadie contesta en el castillo; aquella buena gente vuelve a su sitio y siguen observando a su señor, que, creyendo que está conversando con alguien animadamente, agitaba las manos como es habitual en esos casos; por fin, nuestros dos sabios llegan a una especie de paseo cerrado al otro extremo y del que no se podía salir más que dando media vuelta. Treinta campesinos pudieron verlo, treinta fueron interrogados y treinta contestaron que el señor de Vaujour había entrado solo, sin dejar de gesticular en aquella especie de alameda cubierta.

Al cabo de una hora, la persona con la que cree estar le dice:

—Y bien, barón, ¿no me reconoces?, ¿has olvidado acaso la promesa de tu juventud?, ¿has olvidado cómo yo la he cumplido?

—No temas —le dice el espíritu—, no soy dueño de tu vida, pero sí lo soy de retirarte todos mis favores y arrebatarte todo lo que te es querido; vuelve a tu casa y verás en qué estado la encuentras, en ello reconocerás el justo castigo a tu imprudencia y a tus crímenes… A mí me gustan los crímenes, barón, incluso los deseo, pero mi destino me obliga a castigarlos; vuelve a tu casa, repito, y conviértete, aún te queda un lustro de vida, morirás dentro de cinco años, pero sin que la esperanza de poder estar un día con Dios te haya sido negada… Adiós.

Y el barón, que sólo entonces se da cuenta de que está solo y que no ha visto que nadie se despidiera de él, vuelve a toda prisa sobre sus pasos y pregunta a todos los campesinos que encuentra si no le han visto entrar en la alameda con un hombre de

tales y cuales características; todos le contestan que había entrado solo, que asustados al verle gesticular de aquella manera incluso habían ido a avisar a la señora, pero que no había nadie en el castillo.

—¿Que no hay nadie? —exclama el barón terriblemente turbado—. ¡Pero si he dejado dentro a diez criados, a siete niños y a mi mujer!

—Pues no hay nadie, señor —le contestan.

Cada vez más asustado corre hacia su casa, llama, nadie le contesta, fuerza una puerta, entra, y la sangre que inunda los escalones le está ya anunciando la catástrofe que se ha abatido sobre él; abre una gran sala y descubre a su mujer, a sus siete hijos y a sus diez sirvientes desparramados por el suelo en diferentes posturas, en medio de un mar de sangre, todos ellos decapitados. Se desmaya, varios campesinos cuyas declaraciones constan, entran y tienen ocasión de contemplar el mismo espectáculo; ayudan a su señor, que poco a poco va volviendo en sí, les ruega que faciliten los últimos auxilios a la desdichada familia y sin pérdida de tiempo se encamina hacia la Gran Cartuja, donde falleció al cabo de cinco años en el ejercicio de la más elevada piedad.

No emitimos ningún juicio sobre este incomprensible suceso. Existe, no se puede negar, pero es incomprensible.

Hay que andar con cuidado y no creer sin duda en quimeras, pero cuando una cosa es atestiguada por todo el mundo y pertenece como ésta a un género tan singular, hay que bajar la cabeza, cerrar los ojos y decir: así como no entiendo cómo los orbes flotan en el espacio, así también pueden existir cosas sobre la tierra que no acierte a comprender.

La flor del castaño

Se supone, yo no lo afirmaría, pero algunos eruditos nos lo aseguran, que la flor del castaño posee efectivamente el mismo olor que ese prolífico semen que la naturaleza tuvo a bien colocar en los riñones del hombre para la reproducción de sus semejantes.

Una tierna damisela, de unos quince años de edad, que jamás había salido de la casa paterna, se paseaba un día con su madre y con un presumido clérigo por la alameda de castaños que con la fragancia de las flores embalsamaban el aire con el sospechoso aroma que acabamos de tomarnos la libertad de mencionar.

—¡Oh! Dios mío, mamá, ese extraño olor —dice la jovencita a su madre sin darse cuenta de dónde procedía—. ¿Lo oléis, mamá…? Es un olor que conozco.

—Callaos, señorita, no digáis esas cosas, os lo ruego.

—¿Y por qué no, mamá? No veo que haya nada de malo en deciros que ese olor no me resulta desconocido y de eso ya no me cabe la menor duda.

—Pero, señorita…

—Pero, mamá, os repito que lo conozco: padre, os ruego que me digáis qué mal hago al asegurarle a mamá que conozco ese olor.

—Señorita —responde el eclesiástico, acariciándose la papada y aflautando la voz —, no es que haya hecho ningún mal exactamente; pero es que aquí nos hallamos bajo unos castaños y nosotros los naturalistas admitimos, en botánica, que la flor del castaño…

—¿Que la flor del castaño…?

—Pues bien, señorita, que huele como cuando se j…

El preceptor filosófico

De todas las ciencias que se inculcan a un niño cuando se trabaja en su educación, los misterios del cristianismo, aun siendo sin duda una de las materias más sublimes de esta educación, no son, sin embargo, las que se introducen con mayor facilidad en su joven espíritu. Persuadir, por ejemplo, a un muchacho de catorce o quince años de que Dios padre y Dios hijo no son sino uno, que el hijo es consustancial a su padre y que el padre lo es al hijo, etc., todo esto, por necesario que sea no obstante para la felicidad de la vida es más difícil de hacer comprender que el álgebra y cuando se quiere tener éxito, uno se ve obligado a emplear ciertas equivalencias físicas, ciertas explicaciones materiales que, por desproporcionadas que sean, facilitan, sin embargo, a un muchacho la comprensión de la misteriosa materia.

Nadie estaba tan plenamente convencido de este método como el padre Du Parquet, preceptor del condesito de Nerceuil, que tenía unos quince años de edad y el rostro más hermoso que fuera posible contemplar.

—Padre —decía día tras día el joven conde a su precepto—, de verdad que la consustancialidad está por encima de mis fuerzas, me es absolutamente imposible concebir que dos personas puedan convertirse en una sola: aclaradme ese misterio, os lo suplico, o ponedlo al menos a mi alcance.

El virtuoso eclesiástico, deseoso de tener éxito en su educación, contento de poder facilitar a su discípulo todo aquello que un día pudiera hacer de él un hombre de provecho, ideó un procedimiento bastante satisfactorio para allanar las dificultades que hacían cavilar al conde, y este procedimiento, tomado de la naturaleza necesariamente tenía que resultar bien. Hizo venir a su casa a una jovencita de trece a catorce años y tras asesorarla convenientemente la unió a su joven discípulo.

—Y bien —le pregunta—, amigo mío, ¿entendéis ahora el misterio de la consustancialidad? ¿Comprendéis ya con menos dificultad que es posible que dos personas se conviertan en una sola?

—Oh, Dios mío, claro que sí, padre —responde el encantador energúmeno—; ahora lo entiendo todo con una facilidad sorprendente. No me extraña que ese misterio constituya, según se dice, toda la alegría de los seres celestiales, pues es agradabilísimo divertirse haciendo de dos uno solo.

Algunos días más tarde el joven conde rogó a su preceptor que le diera otra lección, pues pretendía que había aún algo en el misterio que no comprendía bien y que no podría explicarse más que celebrándolo una vez más en la forma en que ya lo había hecho. El complaciente clérigo, a quien esta escena divertía probablemente tanto como a su alumno, hace volver a la muchachita y la lección vuelve a empezar, pero esta vez el clérigo, singularmente emocionado por el delicioso panorama que ofrecía a sus ojos el guapo muchacho de Nerceuil consustanciándose con su compañera, no pudo resistirse a intervenir en la explicación de la parábola evangélica y las bellezas que con ese motivo recorren sus manos acaban por inflamarle

totalmente.

—Me parece que esto va demasiado de prisa —exclama Du Parquet, agarrando al condesito por la cintura— excesiva elasticidad en los movimientos, por lo que resulta que no siendo tan íntima la conjunción no refleja adecuadamente la imagen del misterio que hay que demostrar aquí… Si nos ponemos, exacto de esta forma —prosigue el pícaro, obsequiando a su joven discípulo con lo mismo que éste ofrece a la muchacha.

—¡Ah! Dios mío, ¡que me hacéis daño, padre! —exclama el muchacho—. Y además esta ceremonia me parece inútil. ¿Qué otra cosa me enseña sobre el misterio?

—¡Oh, diablos! —contesta el eclesiástico, balbuceando de placer—. ¿Pero no ves, amigo mío, que te lo enseño todo de una vez? Esto es la Trinidad, hijo mío… Hoy te estoy explicando la Trinidad, cinco o seis lecciones más y serás doctor de la Sorbona.

La mojigata

El señor de Sernenval, de unos cuarenta años de edad, con doce o quince mil libras de renta que gastaba tranquilamente en París, sin ejercer ya la carrera de comercio que antaño había estudiado y satisfecho con toda distinción con el título honorífico de burgués de París con miras a conseguir un cargo de regidor, había contraído matrimonio pocos años antes con la hija de uno de sus antiguos colegas, la cual tenía por aquel entonces alrededor de veinticuatro años. Ninguna otra tan fresca, lozana y entrada en carnes como la señora de Sernenval: no estaba formada como las Gracias, pero resultaba tan apetecible como la mismísima madre del amor; no tenía el porte de una reina, pero exhalaba en conjunto tanta voluptuosidad, con unos ojos tan dulces y tan lánguidos, una boca tan hermosa, unos senos tan firmes, tan bien torneados y todo lo demás tan a propósito para despertar el deseo, que había muy pocas mujeres hermosas en París a las que no se la hubiera preferido. Pero la señora de Sernenval, dotada de tantos atractivos, adolecía de un defecto capital en su espíritu… una mojigatería insoportable, una devoción crispante y un tipo de pudor tan ridículo y tan excesivo que a su marido le era imposible convencerla para que se dejara ver cuando estaba en compañía de sus amistades. Llevando su santurronería al extremo, era muy raro que la señora de Sernenval accediera a pasar con su marido una noche completa e incluso en ocasiones en que se dignaba a concedérsela, lo hacía siempre con las mayores reservas y con un camisón que no se quitaba jamás. Un dispositivo artísticamente trabajado en el pórtico del templo del himeneo sólo permitía la entrada con la expresa condición de que no hubiera ningún contacto deshonesto ni la menor relación carnal; la señora de Sernenval hubiera montado en cólera si hubiese intentado franquear las barreras que su modestia fijaba y si su marido hubiera tratado de hacerlo habría corrido de seguro el peligro de no recobrar jamás el favor de esta sensata y virtuosa mujer. El señor de Sernenval se reía de todas estas mojigangas, pero como adoraba a su mujer tenía a bien respetar sus limitaciones; a pesar de ello, a veces trataba de sermonearla y le demostraba con toda claridad que no es pasándose la vida en las iglesias o en compañía de los curas como una mujer honesta cumple realmente con sus deberes, que primero están los de la casa, necesariamente desatendidos por una devota, y que haría más honor a los designios del Eterno viviendo en el mundo de una manera honrada que yendo a enterrarse en los claustros y que corría mucho más peligro con los «sementales de María» que con esos leales amigos, cuyo trato ridículamente evitaba.

—Tengo que conoceros y amaros tanto como lo hago —añadía a lo anterior el señor de Sernenval— para no estar seriamente preocupado por vos durante todas esas prácticas religiosas. ¿Quién me asegura que en ocasiones no os abandonáis más bien sobre el blando lecho de los levíticos que al pie de los altares del Dios? No hay nada tan peligroso como esos bribones de curas; hablándoles de Dios es como seducen siempre a nuestras mujeres y a nuestras hijas, y siempre es en su nombre en el que

nos deshonran o nos engañan. Creedme, querida amiga, uno puede ser honesto en cualquier sitio; no es ni en la celda del bonzo ni en el nicho del ídolo donde la virtud erige su templo, sino en el corazón de una mujer prudente y las honestas amistades que os ofrezco nada tienen que no se avenga al culto que le profesáis… En el mundo pasáis por una de sus más fieles sacerdotisas: yo también lo creo, pero ¿qué pruebas tengo de que merezcáis realmente esa reputación? Mucho más lo creería si os viera hacer frente a alevosos ataques; la virtud de aquella esposa que no corre nunca el riesgo de ser seducida no es la que sale mejor parada, sino la de esa otra que tan segura se siente de sí misma que, sin temor alguno, se expone a cualquier cosa.

La señora de Sernenval nada respondía a todo esto, pues evidentemente la argumentación no admitía réplica alguna, pero se ponía a llorar, recurso común a las mujeres débiles, seducidas o falsas, y su marido no se atrevía a seguir adelante con la lección.

Así estaban las cosas cuando un antiguo amigo de Sernenval, un tal Desportes, llegó desde Nancy para verle y para resolver al mismo tiempo ciertos negocios que tenía en la capital. Desportes era un vividor, de la edad de su amigo poco más o menos, y no menospreciaba ninguno de los placeres que la naturaleza bienhechora concede al hombre para que olvide las desdichas con que le abruma; no pone la menor objeción a la oferta que le hace Sernenval para alojarse en su casa, se alegra de verle, y al mismo tiempo se extraña de la severidad de su mujer, quien, desde el momento que sabe la presencia de este extraño en la casa, se niega a dejarse ver en absoluto y ni siquiera baja a las comidas. Desportes cree que está molestando y quiere buscar alojamiento fuera, pero Sernenval se lo prohíbe y le confiesa al fin las ridiculeces de su tierna esposa.

—Perdonémosla —le decía el crédulo marido—, ella compensa esos defectos con tan innumerables virtudes que ha conseguido mi indulgencia, y me atrevo a pedir también la tuya.

—Encantado —contesta Desportes—, puesto que no ay nada personal contra mí, todo se lo tolero y los defectos de la esposa de aquel a quien estimo nunca han de ser a mis ojos sino respetables virtudes.

Sernenval abraza a su amigo y ya no se ocupan más que de placeres.

Si la estupidez de dos o tres cernícalos que des e ace cincuenta años dirigen en París el gremio de las mujeres públicas, y en particular la de un pícaro español que ganaba cien mil escudos al año en el reinado anterior con e tipo de inquisición de que vamos a hablar, si el zafio rigorismo de esas gentes, no hubiera concebido la ridícula idea de que obligar a esas criaturas a rendir una cuenta minuciosa de aquella parte de su cuerpo que más solaza al individuo que las corteja, constituye una de las mejores maneras de gobernar el Estado, uno de los resortes más seguros del gobierno y, en fin, uno de los pilares de la virtud, o de que entre un hombre que admira unos pechos, por poner un ejemplo, y aquel otro que contempla la curva de una cadera, existe sin lugar a dudas la misma diferencia que entre un hombre honrado y un bribón, y que el

que cae dentro de uno u otro de estos apartados —depende de la moda— tiene que ser por necesidad el peor enemigo del Estado, sin todas estas zafias vulgaridades, repito, no hay duda de que dos laudables burgueses, el uno con una esposa timorata y soltero el otro, podrían ir a pasar una o dos horas, con toda legitimidad, a casa de una de esas damiselas, pero con estas absurdas infamias congelan el deseo de los ciudadanos, a Sernenval ni se le pasó por la cabeza hacer a Desportes la menor sugerencia sobre esta clase de disipación. Éste, dándose cuenta de ello y sin sospechar los motivos, preguntó a su amigo por qué le había propuesto todos los placeres de la capita y ni tan siquiera le había hablado de éstos. Sernenval echa a culpa a la impertinente inquisición, pero Desportes se ríe de ella y declara a su amigo que a pesar de las listas de los alcahuetes, los informes de los comisarios, las declaraciones de los alguaciles y todas las demás modalidades de picaresca establecidas por el patrón sobre este sector de los placeres del pueblerino de Lutecia, que, por encima de todo, quiere ir a cenar con unas rameras.

—Escucha —le contesta Sernenval—, me parece muy bien, incluso te serviré de introductor como prueba de mi filosófica manera de pensar sobre esta materia, pero por una delicadeza, que espero no vayas a censurar, por los sentimientos que al fin y al cabo debo a mi mujer, y que no puedo traicionar, me permitirás que no participe en tus placeres; yo te los procuraré, pero no pasaré de ahí.

Desportes se burla un poco de su amigo, pero viéndole decidido a no dar su brazo a torcer, lo acepta y salen.

La célebre S… fue la sacerdotisa del templo en el que se le ocurrió a Sernenval inmolar a su amigo.

—Lo que necesitamos es una mujer de confianza —le dice Sernenval—, una mujer honrada; este amigo, para el que solicito vuestros cuidados, va a quedarse muy poco tiempo en París, y no le gustaría tener que dar malas referencias en su provincia y que vos perdierais allí vuestra reputación; decidnos con franqueza si tenéis eso que le hace falta y que bien sabéis que ha de hacerle disfrutar.

—Escuchad —contestó la S. J.—; me doy perfecta cuenta de a quién tengo el honor de dirigirme, no suelo engañar a gente como vos, voy a hablaros, pues, como mujer franca y mis actos os demostrarán que en efecto lo soy. Tengo lo que buscáis, sólo falta fijarle precio, es una mujer adorable, una criatura que os ha de cautivar tan pronto como la oigáis… En fin, lo que nosotras llamamos un bocado de monje, y bien sabéis que esa clase de gente son mis mejores clientes, que no les doy lo peor que tengo… Hace tres días el señor obispo de M. me dio por ella veinte luises, el arzobispo de R. R. pagó cincuenta ayer y esta misma mañana me ha proporcionado otros treinta del coadjutor de… Os la ofrezco por diez, señores, y, para seros sincera, esto, por merecer el honor de vuestra estima, pero hay que ser puntuales en el día y la hora, pues está sujeta a su marido, un marido tan celoso que no tiene ojos más que para ella; como sólo dispone de los ratos en que consigue zafarse, no hay que retrasarse ni un minuto en la hora que señalemos…

Desportes regateó un poco; ninguna ramera cobró en su vida diez luises en toda la Lorena, pero cuanto más insistía, más se le elogiaba la mercancía; por fin aceptó, y el día siguiente, a las diez en punto de la mañana, fue la hora escogida por la cita. Sernenval no deseaba tomar parte en esta aventura, ya que no era tan sólo ir a cenar, y por eso habían elegido esa hora para Desportes, prefiriendo despachar temprano el asunto para poder consagrar el resto del día a deberes más importantes que cumplir. Llega la hora, nuestros dos amigos se presentan en casa de su encantadora alcahueta, un gabinete iluminado únicamente por una luz tenue y voluptuosa alberga a la diosa a la que Desportes va a ofrecer su sacrificio.

—Dichoso hijo del amor —le dice Sernenval, empujándole hacia el santuario—, corre a los voluptuosos brazos que hacia ti se tienden, y sólo después ven a darme cuenta de tu placer; yo me alegraré de tu felicidad y como no he de sentirme celoso ni por asomo, mi alegría será, por tanto, mucho más pura.

Nuestro catecúmeno entra, tres horas enteras apenas son suficientes para su homenaje; por fin sale y asegura a su amigo que no había visto en toda su vida nada parecido y que ni la mismísima madre del amor le habría hecho gozar de aquel modo.

—¿Conque es deliciosa? —pregunta Sernenval medio inflamado ya.

—¿Deliciosa? Ah, no podría encontrar ninguna expresión que pudiera darte una idea de cómo es, e incluso en ese preciso momento en que toda ilusión es aniquilada, sé que ningún pincel podría pintar el torrente de placer en que me ha sumergido. A los encantos que ha recibido de la naturaleza, une un arte tan sensual para hacerlos valer, sabe añadir un punto, una atracción tan auténtica, que aún sigo sintiéndome como ebrio… Oh, amigo mío, pruébalo, te lo suplico, por muy acostumbrado que puedas estar a las bellezas de París, estoy seguro de que me reconocerás que ninguna otra vale en tu opinión lo que ésta.

Sernenval sigue firme, pero, no obstante, llevado de cierta curiosidad, ruega a la S. J. que haga pasar a la joven por delante de él cuando salga del gabinete… Le dice que muy bien; los dos amigos se quedan en pie para poder verla mejor, y la princesa pasa llena de altivez…

¡Santo cielo, cómo se queda Sernenval cuando reconoce a su mujer! Es ella… Es esa puritana que no se atreve a bajar por pudor delante de un amigo de su esposo y que tiene la osadía de ir a prostituirse a una casa como aquélla.

—¡Miserable! —exclama enfurecido.

Pero en vano intenta lanzarse sobre la pérfida criatura, ella le había visto en el mismo instante en que la habían reconocido y ya estaba lejos del establecimiento. Sernenval, en un estado difícil de describir, decide desahogarse con S. J.; ésta se excusa por su ignorancia, y asegura a Sernenval que hacía más de diez años, es decir, mucho antes de la boda del infortunado, que esa joven venía acudiendo a su casa.

—¡Esa maldita! —exclama el desventurado esposo, al que su amigo trata en vano de consolar—. Pero no, es mejor así, desprecio es todo cuanto le debo, que el mío la cubra para siempre y que con esta prueba cruel aprenda que nunca se debe juzgar a

las mujeres, dejándose guiar por su hipócrita máscara.

Sernenval volvió a su casa, pero no encontró ya a su ramera, ella había hecho su elección, él no se preocupó; su amigo, no deseando imponer su presencia después de lo ocurrido, se despidió al día siguiente, y el infortunado Sernenval, solo, desgarrado por el odio y por el dolor, redactó un «in-quarto» contra las esposas hipócritas que nunca sirvió para corregir a las mujeres y que los hombres no leyeron jamás.

La estratagema del amor

De todos los extravíos de la naturaleza, el que más ha hecho cavilar, el que más extraño ha parecido a esos pseudofilósofos que quieren analizarlo todo sin entender nunca nada —comentaba un día a una de sus mejores amigas la señorita de Villeblanche, de la que pronto tendremos ocasión de ocuparnos— es esa curiosa atracción que mujeres de una determinada idiosincrasia o de un determinado temperamento han sentido hacia personas de su mismo sexo. Y, aunque mucho antes de la inmortal Safo, y después de ella, no ha habido una sola región del universo, ni una sola ciudad, que no nos haya mostrado a mujeres de ese capricho, y, por tanto, ante pruebas tan contundentes, parecería más razonable, antes que acusar a esas mujeres de un crimen contra la naturaleza, acusar a ésta de extravagancia; con todo, nunca se ha dejado de censurarlas y, sin el imperioso ascendiente que siempre tuvo nuestro sexo, quién sabe si un Cujas, un Bartole o un Luis IX no habrían concebido la idea de condenar también al fuego a esas sensibles y desventuradas criaturas, como bien se cuidaron de promulgar leyes contra los hombres que, propensos al mismo tipo de singularidad y con razones tan igualmente convincentes, han creído bastarse entre ellos y han opinado que la unión de los sexos, tan útil para la propagación, podía muy bien no ser de tanta importancia para el placer. Dios no quiera que nosotras tomemos partido alguno en todo ello…, ¿verdad, querida? —continuaba la hermosa Agustina de Villeblanche, mientras daba a su amiga besos un tanto delatadores—. Pero en vez de hogueras y de desprecio, en lugar de sarcasmos, armas todas ellas ya totalmente romas en nuestro tiempo, ¿no sería infinitamente más sencillo, en una acción tan absolutamente indiferente a la sociedad, tan conforme con Dios, y más útil a la naturaleza de lo que pueda creerse, que se dejara a cada cual obrar a su antojo…? ¿Qué puede temerse de esta depravación…? A toda persona verdaderamente inteligente le parecerá que puede prevenir otras peores, pero nunca se me podrá probar que tenga peligrosas consecuencias…

¡Oh, cielos!, ¿temen que los caprichos de esos individuos, de uno y otro sexo, puedan acabar con el mundo, que pongan en peligro el precioso género humano y que su pretendido crimen lo aniquile al no proceder a su multiplicación? Que lo piensen mejor y verán que todas esas quiméricas pérdidas son enteramente indiferentes a la naturaleza, que no sólo no las condena en absoluto, sino que nos demuestra con mil ejemplos que las quiere y que las desea; pues si esas pérdidas la irritasen, ¿las toleraría en tantos miles de casos? Si la primogenitura le resultase tan esencial, ¿permitiría que una mujer no fuera apta para ella más que un tercio de su vida y que al salir de sus manos la mitad de los seres que produce tuviesen gestos contrarios a esa procreación que supuestamente exige? Digamos mejor que la naturaleza permite que las especies se multipliquen, pero que no lo exige en absoluto y que, plenamente convencida de que siempre habrá más individuos de los que hagan falta, muy lejos está de contrariar las inclinaciones de quienes no ponen en práctica la propagación y

les repugna limitarse a ella. ¡Ah, dejemos actuar a esa madre excelente, convezcámonos de que sus recursos son inmensos, de que nada de lo que hagamos puede ultrajarla y de que el crimen que podría atentar contra sus leyes nunca podrá manchar nuestras manos!

La señorita de Villeblanche, de cuya lógica acabamos de apreciar una muestra, dueña ya de sus actos a la edad de veinte años y disponiendo de treinta mil libras de renta, había tomado, por gusto, la resolución de no casarse jamás; de familia distinguida sin ser ilustre, era hija de un hombre que se había enriquecido en las Indias, había dejado solamente un hijo, ella, y se había muerto sin haber podido hacer que se decidiera al matrimonio. No es necesario ocultar que era extremadamente propenso a ese tipo de inclinación cuya apología acababa de hacer Agustina, llevada de la repugnancia que sentía por el matrimonio; ya fuera por recomendación, por constitución orgánica o por dictados de la sangre (había nacido en Madras), por inspiración de la naturaleza o por lo que se quiera, la señorita de Villeblanche detestaba a los hombres y entregada en cuerpo y alma a lo que los castos oídos entienden por la palabra lesbianismo, no disfrutaba más que con su propio sexo y sólo con las Gracias se resarcía del desprecio que le inspiraba Amor.

Agustina era una verdadera perdida para los hombres: alta, digna de ser pintada, con los más hermosos cabellos castaños del mundo, una nariz algo aguileña, unos dientes maravillosos y unos ojos tan expresivos, tan vivos… con una piel de una suavidad tal y de una blancura incomparable, todo el conjunto, en suma, de un tipo de atractivo tan excitante… que era evidente que al verla tan capaz de inspirar amor y tan decidida a no amar nunca, a muchos hombres se les escapaban un número infinito de sarcasmos contra una afición por lo demás de lo más sencilla, pero que, no obstante, al privar a los altares de Pafos de una de las criaturas del universo mejor dotadas para servirlos, espoleaba el sentido del humor de los sacerdotes de Venus, como es natural. La señorita de Villeblanche se reía de buena gana de todos esos reproches, de todos aquellos comentarios malintencionados y seguía tan consagrada a sus caprichos como siempre.

—La mayor de las locuras —añadía— es la de avergonzarse de las inclinaciones que hemos heredado de la naturaleza; y burlarse de cualquier individuo que tenga gustos tan singulares es tan absolutamente bárbaro como lo sería el burlarse de un hombre o de una mujer tuertos o cojos de nacimiento, pero persuadir a unos necios de estos razonables principios es como tratar de detener el curso de los astros. Para el orgullo constituye una especie de placer el burlarse de los defectos que no se tienen y ese tipo de satisfacciones resultan tan gratas al hombre y especialmente a los imbéciles, que es muy raro ver que renuncien a él… Además, todo esto se presta a murmuraciones, frías ocurrencias, estúpidos juegos de palabras y para la sociedad, es decir, para una colección de seres reunidos por el aburrimiento y moldeados por la estupidez, resulta tan agradable hablar dos o tres sin decir nada nunca, tan delicioso el brillar a costa de los demás y denunciar condenatoriamente un vicio que uno está

muy lejos de tener… es una especie de tácito elogio que uno se hace a sí mismo; a ese precio uno consiente incluso en unirse a los demás para formar una cábala y aplastar a aquel individuo cuya tremenda culpa es la de no pensar como la mayoría de los mortales y uno se vuelve a casa henchido de orgullo por el ingenio demostrado cuando con semejante conducta de lo único que se ha hecho gala y a fondo es de pedantería y de cretinez.

Así opinaba la señorita de Villeblanche, y firmemente decidida a no enmendarse jamás, se burlaba de las habladurías, era lo suficientemente rica para bastarse a sí misma, no le importaba su reputación y como aspiraba a una vida placentera y no a beatitudes celestiales en las que creía más bien poco, y menos aún a una inmortalidad demasiado quimérica para su sentidos, se rodeaba, así pues, de un pequeño círculo de mujeres que pensaban como ella, con las que la encantadora Agustina se entregaba inocentemente a todos los placeres que la deleitaban. Había tenido muchos pretendientes, pero todos habían salido tan mal parados que estaban ya a punto de renunciar a esta conquista cuando un joven llamado Franville, más o menos de su posición y por lo menos tan rico como ella, se enamoró locamente y no sólo no se cansó de sus desplantes, sino que se decidió completamente en serio a no levantar el asedio sin haberla conquistado; dio cuenta de su proyecto a sus amigos, se rieron de él, le desafiaron y él aceptó.

Franville tenía dos años menos que la señorita de Villeblanche, casi no tenía barba todavía y los rasgos más delicados y los más hermosos cabellos del mundo, así como una bellísima figura; cuando se vestía de muchacha, estaba tan bien con esa ropa que siempre conseguía engañar a ambos sexos y muy a menudo, unos todavía engañados, otros sabiendo muy bien lo que les agradaba, le habían hecho proposiciones tan concretas que en el mismo día habría podido ser el Antinoo de algún Adriano o el Adonis de alguna Psyqué. Franville pensó seducir a la señorita de Villeblanche con ese atuendo; vamos a ver cómo se las arregló.

Uno de los mayores placeres de Agustina era disfrazarse de hombre en carnaval y recorrer todas las reuniones con ese disfraz tan acorde con sus gustos; Franville, que hacía espiar sus pasos y que hasta aquel momento había tenido la precaución de no dejarse ver demasiado, se enteró un día de que aquella a quien adoraba iba a acudir aquella misma noche a un baile convocado para socios de la ópera, al que podían entrar todas las máscaras y al que, siguiendo su costumbre, esa joven encantadora iba a asistir disfrazada de capitán de dragones. Se pone un vestido de mujer, hace que le arreglen, que le engalanen con el mayor esmero y distinción posibles, se da muchísimo lápiz de labios y sin máscara alguna y acompañado por una de sus hermanas, mucho menos hermosa que él, acude a la fiesta a la que la bella Agustina iba a ir a probar suerte.

Ha dado apenas tres vueltas por la sala, cuando en seguida es descubierto por la mirada conocedora de Agustina.

—¿Quién es esa hermosa joven? —pregunta la señorita de Villeblanche a la

amiga que iba con ella—. Me parece que nunca la había visto en ningún otro sitio. ¿Cómo se nos ha podido escapar una criatura tan deliciosa?

Y apenas ha acabado de decir esto ya está Agustina haciendo todo lo que puede para entablar conversación con la falsa señorita de Franville, que, al principio, huye, da media vuelta, esquiva, escapa y todo para hacerse desear con más ardor; al fin es abordada y unos comentarios triviales dan paso a la conversación, que poco a poco va haciéndose más interesante.

—Hace un calor espantoso en el baile —dice la señorita de Villeblanche—; dejemos juntas a nuestras amigas y vamos a tomar un poco el aire a uno de aquellos pabellones donde se puede jugar y tomar algo fresco.

—¡Ah!, caballero —contesta Franville a la señorita de Villeblanche, fingiendo siempre que la toma por un hombre—. Realmente no me atrevo, estoy aquí sola con mi hermana, pero sé que mi madre va a venir con el marido que me ha destinado y si los dos me vieran con vos eso tendría consecuencias…

—Bueno, bueno, hay que superar todos esos temores pueriles… ¿Qué edad tenéis, ángel cautivador?

—Dieciocho años, caballero.

—¡Ah!, y yo os contesto que a los dieciocho años uno ya ha de tener derecho a hacer todo aquello que le apetezca… Vamos, vamos, y no tengáis ningún miedo y Franville se deja arrastrar.

—¿Y qué?, encantadora criatura —prosigue Agustina conduciendo al joven al que sigue tomando por una muchacha hacia los gabinetes contiguos a la sala de baile —. ¿Qué? ¿De verdad os vais a casar…? Cómo os compadezco… ¿Y quién es ese personaje que os destinan? Apuesto que es un hombre aburrido… ¡Ah!, qué afortunado será ese hombre y cómo desearía hallarme en su lugar. ¿Accederíais, por ejemplo, a casaros conmigo? Contestad con franqueza, celestial doncella.

—Por desgracia, bien lo sabéis caballero. ¿Acaso puede uno seguir cuando es joven los impulsos de su corazón?

—Bueno, pues rechazad a ese hombre indigno; juntos nos conoceremos de un modo más íntimo, y si nos convenimos el uno al otro, ¿por qué no podríamos llegar a un acuerdo? Gracias a Dios no me hace falta ningún tipo de autorización… Yo, aunque sólo tenga veinte años, ya soy dueño de mi patrimonio, y si pudieseis lograr que vuestros padres se decidieran en mi favor tal vez antes de ocho días podríamos estar vos y yo ligados ya por vínculos eternos.

Mientras conversaban habían salido del baile, y la hábil Agustina, que no enfilaba hacia allí su proa en busca del amor perfecto, había tenido buen cuidado de conducirle a un gabinete muy apartado que por medio de arreglos con los anfitriones siempre procuraba tener a su disposición.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Franville al ver que Agustina cierra la puerta del gabinete y la estrecha entre sus brazos—. ¡Oh, cielos!, pero ¿qué queréis hacer…? ¿Cómo a solas con vos y en un lugar tan apartado…? Dejadme, dejadme, os lo

suplico, o al instante pediré auxilio.

—Yo te lo impediré, ángel divino —contesta Agustina, estampando su hermosa boca sobre los labios de Franville—. Grita ahora, grita sí puedes, y el purísimo soplo de tu aliento de rosa no hará sino inflamar todavía más mi corazón.

Franville se defendía con bastante languidez: resulta difícil encolerizarse demasiado cuando con tanta ternura se recibe el primer beso de todo cuanto se adora en el mundo. Agustina, envalentonada, atacada con redoblado ímpetu, ponía en ello toda esa vehemencia que sólo conocen las encantadoras mujeres llevadas de esa clase de fantasía. Pronto las manos se extravían; Franville, jugando a la mujer que cede, deja que las suyas se paseen igualmente. Se despojan de todas sus ropas y los dedos se dirigen hacia donde ambos esperan hallar lo que tanto anhelan. En ese momento, Franville cambia bruscamente de papel.

—¡Oh, cielos! —exclama—. ¡Pero si sois una mujer!

—¡Horrible criatura! —añade Agustina al poner su mano sobre ciertas cosas cuyo estado no permitía abrigar la menor ilusión—. ¡Y que me haya tomado tantas molestias para no encontrar más que a un hombre despreciable…! ¡Bien desdichada tengo que ser!

—No mucho más que yo, a decir verdad —contesta Franville vistiéndose de nuevo y dando muestras del más insondable desprecio—. Me pongo un disfraz que pueda atraer a los hombres; me gustan y por eso les busco, y no encuentro más que a una p…

—¡Oh, no; una p… no! —responde Agustina con acritud—. En mi vida lo he sido. Cuando se aborrece a los hombres no se corre el peligro de ser tratada de esta manera…

—Pero ¿cómo sois mujer y detestáis a los hombres?

—Sí, les detesto, y mirad por dónde, por la misma razón por la que vos sois hombre y detestáis a las mujeres.

—Lo único que se puede decir es que este encuentro no tiene igual.

—A mí me parece lamentabilísimo —contesta Agustina con todos los síntomas del más pésimo humor.

—A decir verdad, señorita, más fastidioso es aún para mí —responde agriamente Franville—. Aquí me tenéis, deshonrado para tres semanas. ¿Sabéis que en nuestra orden hacemos voto de no tocar jamás a una mujer?

—Me parece que bien se puede tocar a una como yo sin deshonrarse.

—A fe mía, pequeña —continúa Franville—, no veo que haya ningún motivo especial para hacer una excepción y no entiendo por qué un vicio tenga que haceros más deseable.

—¡Un vicio…! ¿Pero cómo tenéis el valor de reprocharme los míos… teniéndolos tan execrables como los tenéis?

—Mirad —le contesta Franville—, no vayamos a pelearnos, estamos empatados; lo mejor es que nos despidamos y que no nos volvamos a ver.

Y con estas palabras se disponía a abrir las puertas.

—Un momento, un momento —exclama Agustina impidiéndoselo—. Vais a pregonar nuestra aventura a todo el mundo, lo apostaría.

—Tal vez así me divierta.

—Y por otra parte, ¿qué me importa? Gracias a Dios me siento por encima de toda murmuración; salid, caballero, salid y contad lo que os apetezca —e impidiéndoselo de nuevo—: Sabéis —le dice sonriendo— que toda esta historia es realmente extraordinaria… Los dos nos hemos equivocado.

—¡Ah!, pero el error es mucho más cruel —contesta Franville— para gente con gustos como los míos que para personas que compartan los vuestros…, y es que ese vacío nos repugna.

—Para seros sincera, querido amigo: podéis estar bien seguro de que lo que nos ofrecéis nos repele tanto o más aún, así pues la repugnancia es idéntica, pero no se puede negar, ¿verdad?, que la aventura ha sido divertidísima. ¿Volvéis al baile?

—No sé.

—Yo ya no vuelvo —contesta Agustina—. Habéis hecho que descubra ciertas cosas… tan desagradables… que voy a acostarme.

—Me parece muy bien.

—Pero mirad que ni siquiera es tan galante como para darme su brazo hasta mi casa. Vivo a dos pasos de aquí, no he traído mi coche y me vais a dejar así.

—No, os acompañaré encantado —contesta Franville—. Nuestras inclinaciones no nos impiden ser corteses… ¿Queréis mi mano…?, pues aquí la tenéis.

—La acepto tan sólo porque no encuentro nada mejor; algo es algo.

—Podéis estar totalmente segura de que por mi parte os la ofrezco sólo por simple caballerosidad.

Llegan a la puerta de la casa de Agustina y Franville se dispone a despedirse.

—Realmente sois encantador —dice la señorita de Villeblanche—, pero ¿cómo vais a dejarme en la calle?

—Mil perdones —responde Franville—, no me atrevería.

—¡Ah!, ¡qué desabridos son estos hombres a los que no les gustan las mujeres!

—Es que —contesta Franville, dando su mano, no obstante, a la señorita de Villeblanche—, sabéis, señorita, desearía volver al baile cuanto antes y tratar de reparar mi estupidez.

—¿Vuestra estupidez? ¿Entonces seguís enfadado por haberme conocido?

—No he dicho eso, pero ¿no es verdad que ambos podríamos encontrar algo mucho mejor?

—Sí, tenéis razón —contesta Agustina entrando por fin en la casa—, tenéis mucha razón, señor, pero sobre todo… porque mucho me temo que este funesto encuentro va a costarme la felicidad para toda mi vida.

—¡Cómo! ¿Es que no estáis perfectamente segura de vuestros sentimientos?

—Ayer sí lo estaba.

—¡Ah! No os atenéis a vuestras máximas.

—No me atengo a nada; me estáis poniendo nerviosa.

—Bien, ya me voy, señorita, ya me voy. Dios no permita que os siga molestando.

—No, quedaos, os lo ordeno. ¿Podréis soportar al menos una vez en vuestra vida el obedecer a una mujer?

—No hay nada que no hiciera por complaceros —contesta Franville tomando asiento—, ya os he dicho que soy galante.

—¿Sabéis que resulta abominable que a vuestra edad tengáis gustos tan perversos?

—¿Y creéis que es decoroso, a la vuestra, tener otros tan singulares?

—¡Oh!, es muy distinto, en nosotras es una cuestión de recato, de pudor…, incluso de orgullo, si queréis llamarlo así; es miedo a entregarse a un sexo que no nos seduce nunca más que para esclavizarnos… Mientras, los sentidos se van despertando y nos arreglamos entre nosotras; aprendemos a comportarnos con disimulo, se va adquiriendo un barniz de comedimiento que a menudo resulta obligado, y así la naturaleza está contenta, la decencia se observa y no se atenta contra las costumbres.

—Eso es lo que se llama un sofisma perfecto, se lleva a la práctica y sirve para justificar cualquier cosa. ¿Y qué tiene para que no podamos invocarlo asimismo en nuestro favor?

—No, en absoluto; vuestros prejuicios son tan diferentes que no podéis abrigar los mismos temores. Vuestro triunfo radica en nuestra derrota… Cuanto más numerosas son vuestras conquistas mayor es vuestra gloria, y sólo por vicio o por depravación podéis esquivar los sentimientos que os inspiramos.

—Realmente creo que me vais a convertir.

—Eso es lo que desearía.

—¿Y qué ganaría con ello si vos persistís en el error?

—Mi sexo me estaría agradecido, y como me gustan las mujeres, estaría encantada de poder trabajar para ellas.

—Si el milagro se realizara, sus efectos no iban a ser tan amplios como parece que creéis; accedería a convertirme sólo para una mujer, como mucho, con el propósito de… probar.

—Ese es un sano principio.

—Es que es verdad que hay una cierta prevención, eso pienso, al tomar un partido sin haber probado todos los demás.

—¡Cómo! ¿Nunca habéis estado con una mujer?

—Nunca, y vos… ¿podríais acaso ofrecer primicias tan absolutas?

—¡Oh, no! Primicias ninguna… Las mujeres con las que vamos son tan hábiles y tan celosas que no nos dejan nada… Pero no he estado con ningún hombre en toda mi vida.

—¿Es una promesa?

—Sí, y no deseo ni conocer ni estar con ninguno a no ser que sea tan especial

como yo.

—Deploro no haber hecho ese mismo voto.

—No creo que se pueda ser más impertinente…

Y con estas palabras, la señorita de Villeblanche se levanta y dice a Franville que es muy dueño de irse. Nuestro joven amante, sin perder su sangre fría, hace una profunda reverencia y se dispone a salir.

—¿Volvéis al baile, no? —le pregunta secamente la señorita de Villeblanche, mirándole con un desprecio mezclado con el amor más ardiente.

—Pues sí, creo que ya os lo dije.

—Luego no sois merecedor del sacrificio que os ofrezco.

—¡Cómo! ¿Pero me habéis ofrecido algún sacrificio?

—Ya nunca podré hacer nada después de haber tenido la desgracia de conoceros.

—¿La desgracia?

—Vos me obligáis a usar esta expresión; sólo de vos dependería que pudiera emplear otra muy distinta.

—¿Y cómo combinaríais esto con vuestras inclinaciones?

—¿Qué es lo que no se abandona cuando se ama?

—De acuerdo, pero os resultaría imposible amarme.

—Desde luego, si vais a conservar hábitos tan deplorables como los que he descubierto en vos.

—¿Y si renunciara a ellos?

—Al instante inmolaría los míos en el altar del amor… ¡Ah!, pérfida criatura, ¡cuánto le cuesta a mi gloria esta declaración y tú acabas de arrancármela! —exclama Agustina arrasada en lágrimas y dejándose caer sobre un diván.

—Acabo de oír de los labios más hermosos del universo la más halagadora confesión que me sea posible escuchar —exclama Franville, arrojándose a los pies de Agustina—. ¡Ah!, objeto adorado de mi más tierno amor, reconoced mi fingimiento y dignaos a no castigarlo; a vuestros pies os imploro clemencia y así permaneceré hasta mi perdón. Junto a vos, señorita, tenéis al amante más constante, al más apasionado; pensé que esta estratagema era necesaria para vencer a un corazón cuya resistencia conocía. ¿Lo he logrado, hermosa Agustina? ¿Negareis a un amor limpio de vicios lo que os dignasteis a declarar al amante culpable? Yo… culpable de lo que habíais creído… ¡Ah! ¿Cómo podíais pensar pudiera existir una pasión impura en el alma de quien sólo por vos se consumía?

—¡Traidor!, me has engañado… pero te perdono…, sin embargo, así no tendrás nada que sacrificar por mí y mi orgullo se sentirá menos halagado, pero no importa, yo te lo sacrifico todo… ¡Adelante!, para complacerte renuncio con alegría a los errores a los que casi tanto como nuestros gustos nos arrastra nuestra vanidad. Ahora me doy cuenta, la naturaleza así lo exige; yo Ja sofocaba con desvaríos de los que ahora abjuro con toda mi alma; no se puede resistir a su imperio, ella nos creó sólo para vosotros, a vosotros no os formó más que para nosotras, observemos sus leyes,

la misma voz del amor hoy me las revela, para mí habrán de ser sagradas. Aquí tenéis mi mano, señor, os tengo por hombre de honor y digno de mí. Si por un momento pude merecer la pérdida de vuestra estima, a fuerza de atenciones y de ternura quizá pueda aún reparar mis errores, y haré que reconozcáis que los de la imaginación no siempre consiguen degradar a un alma bien nacida.

Franville, colmados sus deseos, inunda con lágrimas de felicidad las bellas manos que tiene entre las suyas; se pone en pie y se arroja a los brazos que se le abren:

—¡Oh!, el día más afortunado de mi vida —exclama—. ¿Hay algo comparable a mi triunfo? Devuelvo al seno de la virtud un corazón en el que voy a reinar para siempre.

Franville abraza mil veces al divino objeto de su amor y se despiden; al día siguiente comunica su felicidad a todos sus amigos; la señorita de Villeblanche era un partido demasiado bueno para que sus padres se lo vedasen, y se casa con ella en la misma semana. La ternura, la confianza, la más exacta ponderación y la más severa modestia coronaron su himeneo, y al convertirse en el más feliz de los mortales fue lo bastante hábil como para hacer de la más libertina de las muchachas la más fiel y virtuosa de las esposas.

La crueldad fraterna

Nada es tan sagrado en una familia como el honor de sus miembros, pero si ese tesoro llega a empañarse, por precioso que sea, aquellos a quienes importa su defensa, ¿deben ejercerla aun a costa de cargar ellos mismos con el vergonzoso papel de perseguidores de las desdichadas criaturas que les ofenden? ¿No sería más razonable compensar de alguna otra forma las torturas que infligen a sus víctimas y también esa herida, a menudo quimérica, que se lamentan de haber recibido? En fin, ¿quién es más culpable a los ojos de la razón? ¿Una hija débil o traicionada o un padre cualquiera que por erigirse en vengador de una familia se convierte en verdugo de la desventurada? El suceso que vamos a relatar a nuestros lectores tal vez aclarará la cuestión.

El conde de Luxeuil, teniente general, hombre de unos cincuenta y seis a cincuenta y siete años, regresaba en una silla de posta de una de sus posesiones en Picardía cuando, al pasar por el bosque de Compiégne, a las seis de la tarde más o menos, a fines de noviembre, oyó unos gritos de mujer que le parecieron proceder de las inmediaciones de una de las carreteras próximas al camino real que atravesaba; se detiene y ordena al ayuda de cámara que cabalgaba junto al carruaje que vaya a ver de qué se trata. Le contesta que es una joven de dieciséis a diecisiete años, bañada en su propia sangre, sin que, no obstante, sea posible saber dónde están sus heridas y que ruega que la socorran; el conde se apea él mismo en seguida y corre hacia la infortunada, debido a la oscuridad no le resulta tampoco fácil averiguar de dónde procede la sangre que derrama, pero por las respuestas que le da, advierte al fin que está sangrando por las venas de los brazos.

—Señorita —le dice el conde, tras haber ayudado a la criatura en lo que le era posible—, no estoy aquí para preguntaros la causa de vuestra desgracia y, por otra parte, vos apenas os halláis en condiciones de contármela, os ruego que subáis a mi coche y que nuestra única preocupación sea, para vos, el tranquilizaros, y, para mí, el ayudaros.

Tras decir esto, el señor de Luxeuil, ayudado por su ayuda de cámara, traslada a la desdichada joven al carruaje y se van.

Tan pronto como la atractiva joven se ve a salvo, trata de balbucear unas palabras de agradecimiento, pero el conde le suplica que no hable y le contesta:

—Mañana, señorita; mañana espero que me contéis todo lo que os aflige, pero hoy, en virtud de la autoridad que sobre vos me da no sólo mi edad, sino también la alegría de poder seros útil, os ruego encarecidamente que no penséis más que en calmaros.

Llegan a su destino; para evitar cualquier escándalo, el conde cubre a su protegida con un abrigo de hombre y hace que el ayuda de cámara la conduzca a una confortable habitación al fondo de su palacete, a donde va a verla tras abrazar a su mujer y a su hijo que le esperaban a cenar aquella noche.

Cuando va a visitar a la enferma, el conde lleva con él a un cirujano; reconocen a la joven y ven que está en un estado de abatimiento inexpresable, la palidez de su rostió parecía casi anunciar que le quedaban apenas unos instan tes de vida; no obstante, no tenía ninguna herida; en cuanto a su debilidad —afirmó—, se debía a la enorme cantidad de sangre que había perdido diariamente desde hacía tres meses, y cuando iba a explicar al conde la causa sobrenatural de pérdida tan prodigiosa, perdió el conocimiento y el cirujano dictaminó que había que dejarla en reposo y conformarse con administrarle reconstituyentes y cordiales.

Nuestra infortunada joven pasó bastante bien la noche, pero durante seis días aún no se halló en condiciones de relatar a su benefactor todo lo relacionado con ella; por fin, la noche del séptimo día, mientras todo el mundo seguía ignorando en casa del conde que estaba allí escondida y ni siquiera ella misma, gracias a las precauciones que habían tomado, sabía dónde se hallaba, rogó al conde que la escuchara y que, ante todo, fuera indulgente con ella, cualesquiera que fuesen las faltas que iba a revelarle. El señor de Luxeuil tomó asiento, aseguró a su protegida que nunca perdería la confianza que ella le inspiraba y nuestra hermosa aventurera comenzó de esta forma el relato de sus infortunios. «Historia de la señorita de Tourville».

Soy hija, señor, del presidente de Tourville, hombre demasiado conocido y demasiado célebre dentro de su profesión para que no le conozcáis. Desde que salí del convento hace dos años nunca había abandonado la casa de mi padre; tras la pérdida de mi madre, siendo muy niña, él solo se encargaba de mi educación y puedo afirmar que no regateaba nada para dotarme de todo cuanto pudiera realzar los encantos propios de mi sexo. Las atenciones, los planes que mi padre acariciaba para buscarme el mejor partido posible, incluso una cierta predilección, todo ello, repito, despertó bien pronto la envidia de mis hermanos uno de ellos, presidente desde hace tres años, acaba de cumplir veintiséis años; el otro, consejero desde no hace tanto tiempo, pronto cumplirá veinticuatro.

No pensaba que me odiaran tanto como luego he tenido ocasión de comprobar; como no había hecho nada para merecerlo, yo vivía en la dulce ilusión de que su afecto igual al que mi corazón sentía hacia ellos. ¡Oh, cielos! ¡Qué equivocada estaba! Salvo los ratos dedicados a mi educación, yo disfrutaba en casa de mi padre de la más absoluta libertad; como yo era la única responsable de mi propia conducta, él no me imponía nada a la fuerza, e incluso desde los dieciocho años tenía permiso para pasearme por las mañanas con mi doncella por la terraza de las Tullerías, o si no, por las murallas que estaban al lado de donde vivíamos y de hacer, siempre con ella, bien paseando, bien en uno de los coches de mi padre, alguna que otra visita a casa de amigos o familiares míos, con tal de que no fuesen a horas en que una joven no debe quedarse sola en ninguna reunión. De esa funesta libertad procede la causa principal de mis desdichas, por eso os hablo de ella, señor, ¡ojalá no la hubiera tenido nunca!

Hace un año, cuando me paseaba, como os he dicho, con mi doncella, que se llama Julia, por una sombría alameda de las Tullerías en la que me sentía más a solas

que en la terraza y en donde creía que respiraba un aire más puro, se acercan a nosotras seis atrevidos muchachos y nos damos cuenta, por las indecentes proposiciones que nos hacen, de que nos han tomado a ambas por lo que se suele llamar mujeres de Ja calle. Sintiéndome horriblemente violenta por semejante escena y sin saber cómo escapar, iba ya a buscar la salvación en la huida cuando un joven al que yo solía ver paseándose solo más o menos a las mismas horas en que yo lo hacía y cuyo aspecto inspiraba la mayor confianza, acertó a pasar cuando yo me encontraba en aquella embarazosa situación.

—¡Caballero! —grité, llamándole hacia donde yo estaba—. No tengo el honor de que me conozcáis, pero solemos coincidir por aquí casi todas las mañanas; si me habéis visto alguna vez estoy segura que no os cabrá la menor duda de que no soy una joven en busca de aventuras; os ruego encarecidamente que me deis vuestro brazo para poder regresar a mi casa y librarme de estos bandidos.

El señor de…, me permitiréis que calle su nombre, demasiadas razones me obligan a ello, se acerca en seguida, aparta a los bribones que me rodean, les convence de su error con el alarde de galantería y de respeto con que se presenta ante mí, toma mi brazo y me conduce rápidamente fuera del jardín.

—Señorita —me dice un poco antes de llegar a mi portal—, creo que lo más prudente es que os deje aquí. Si os acompañara a vuestra casa tendríais que explicar el motivo; eso tal vez os acarrearía la prohibición de poder seguir paseándoos a solas; no contéis, pues, lo que acaba de ocurrir y seguir acudiendo como lo hacéis al mismo paseo, ya que eso os distrae y vuestros padres os Jo permiten. No dejaré de ir allí ni un solo día y siempre me hallaréis dispuesto a perder la vida, si fuera preciso, por enfrentarme a cualquier cosa que pueda turbar vuestra tranquilidad.

Una advertencia tan oportuna, un ofrecimiento tan galante, todo ello hizo que mirara a aquel joven con mayor interés del que había creído sentir por él hasta entonces; vi que tenía dos o tres años más que yo y una figura espléndida y me ruboricé al darle las gracias, y los dardos encendidos de ese atractivo dios que hoy es la causa de mi infortunio se clavaron en mi corazón antes de que pudiera impedirlo. Nos separamos, pero creí observar por la forma en que se despidió que yo le había causado la misma impresión que acababa de hacerme él a mí. Regresé a casa de mi padre, me cuidé de no comentar nada y a la mañana siguiente volví al paseo de siempre empujada por un sentimiento que era más fuerte que yo, que me habría llevado a arrostrar todos los peligros imaginables… ¿Qué digo? Que tal vez hacía que los deseara para tener el placer de volver a ser rescatada por el mismo hombre. Quizá os estoy pintando mi alma con excesiva ingenuidad, pero me habéis prometido vuestra indulgencia y cada nuevo detalle de mi historia os hará ver hasta qué punto la necesito; no será esta la única imprudencia que me veréis cometer ni será la única que necesite de vuestra compasión.

El señor de… apareció en la alameda seis minutos después que yo y en seguida que me vio se acercó a mí.

—¿Puedo preguntaros, señorita —me dijo—, si la aventura de ayer ha tenido alguna repercusión o si os ha ocasionado alguna molestia?

Le aseguré que no, añadí que había seguido su consejo, que le daba las gracias por él y que me alegraba de que nada fuera a estorbar el placer que sentía saliendo a tomar el aire por las mañanas como lo venía haciendo.

—Si eso tiene tantos alicientes para vos, señorita —prosiguió el señor de…, en el tono más comedido—, los que tienen la dicha de coincidir con vos encuentran sin duda otros muchos más poderosos y si ayer me tomé la libertad de aconsejaros que no hicierais ningún comentario que pudiera dar al traste con vuestros paseos, realmente no tenéis por qué estarme agradecida; me atrevo a aseguraros, señorita, que no lo hice tanto por vos como por mí mismo.

Y mientras decía esto, volvía sus ojos hacia los míos con tal expresividad…, ¡oh, señor! ¡Y que un día tuviera que atribuir mi infortunio a un hombre tan dulce! Yo contesté con sinceridad a sus palabras, empezamos a conversar, dimos un pequeño paseo juntos y el señor de… se despidió no sin suplicarme que le revelara a quién había sido tan afortunado como para prestar ayuda la víspera: no creí obligado ocultárselo, él me reveló asimismo quién era y nos despedimos. Durante cerca de un mes, señor, no dejamos de vernos de esa forma casi todos los días y ese mes, como fácilmente podéis imaginar, no transcurrió sin que nos confesáramos el uno al otro los sentimientos que nos embargaban y sin haber jurado que los profesaríamos para siempre.

Al fin, el señor de… me suplicó que le permitiera verme en algún lugar menos embarazoso que un jardín público.

—No me atrevo a presentarme en casa de vuestro padre, hermosa Emilia —me dijo—, pues como no tengo el honor de conocerle en seguida sospecharía el motivo que me lleva a su casa y en vez de favorecer nuestros planes ese paso podría quizá resultar extraordinariamente perjudicial; pero si realmente sois tan bondadosa y os compadecéis de mí tanto como para no desear que muera de dolor viendo que no me otorgáis lo que os pido, yo os indicaré cómo hacerlo.

Al principio me negué a oírle, pero pronto fui tan débil que se lo pregunté yo misma. La solución, señor, consistía en vernos tres veces por semana en casa de una tal señora Berceil que tenía una tienda de modas en la calle Arcis y de cuya discreción y honestidad el señor de… me respondía como de su propia madre.

—Ya que os permiten ir a visitar a vuestra tía que vive, según me dijisteis, bastante cerca de allí, habrá que fingir que vais a su casa, hacerle, en efecto, una corta visita y venir a pasar el resto del tiempo que tendríais que consagrarle a casa de la mujer que os he dicho; si preguntan a vuestra tía ella contestará que efectivamente os recibe el día que habéis dicho que ibais a verla; por tanto, no hay más que calcular la duración de las visitas y podéis estar completamente segura de que, teniendo confianza en vos como la tienen, nunca se les ocurrirá comprobarlo.

No os voy a repetir, señor todas las objeciones que hice al señor de… para que

desistiera de aquel proyecto y para que se percatara de sus inconvenientes; ¿de qué serviría que os diera cuenta de mi resistencia si al fin acabé sucumbiendo? Prometí al señor de… todo cuanto quiso, los veinte luises que entregó a Julia, sin que yo lo supiera, convirtieron a aquella muchacha en cómplice perfecta de sus propósitos y yo no hice otra cosa más que labrar mi perdición. Para que fuera aún más completa, para seguir embriagándome por más tiempo y más a conciencia con el dulce veneno que destilaba mi corazón, engañé a mi tía con un falso pretexto, le dije que una de mis amigas (a quien ya se lo había prometido y que debía contestar en consecuencia) deseaba obsequiarme invitándome tres veces por semana a su palco del Français, que no me atrevía a decírselo así a mi padre por temor a que se opusiera, sino que seguiría diciendo que iba a su casa y le suplicaba que así lo asegurara; tras algunas reticencias, mi tía no pudo resistirse a mis súplicas, convinimos que Julia iría en mi lugar y que al volver del teatro yo pasaría a recogerla para regresar juntas a casa. Le di mil besos. ¡Fatal ceguera de las pasiones! ¡Le daba las gracias por contribuir a mi perdición, por allanar el camino a los extravíos que iban a llevarme al borde de la sepultura!

Por fin empezaron nuestras citas en casa de la Berceil; su almacén era magnífico, su casa absolutamente decente y ella una mujer de unos cuarenta años en la que creí que podía confiar por completo. Por desgracia, confié excesivamente tanto en ella como en mi amante…; el pérfido, ha llegado el momento de confesároslo, señor, la sexta vez que le encontraba en aquella funesta mansión, cobró tal dominio sobre mí, hasta tal extremo supo seducirme, que abusó de mi debilidad y en sus brazos me convertí en el ídolo de su pasión y en víctima de la mía propia. ¡Placeres crueles! ¡Cuántas lágrimas me habéis costado y cuántos remordimientos han de desgarrar todavía mi alma hasta el postrer instante de mi vida!

Un año transcurrió en esta funesta ilusión, señor; yo acababa de cumplir diecisiete años; mi padre planeaba día tras día la conveniencia de un compromiso y podéis imaginaros cómo me hacían estremecer aquellos proyectos, cuando una aventura fatal vino al fin a precipitarme al eterno abismo en que me hallo. Triste designio de la Providencia, sin duda, que quiso que algo en lo que tuve ninguna culpa sirviera para castigar mis verdaderas faltas, para así demostrar que jamás podremos esquivarla, que sigue a todas partes a aquel que parece escapársele y que con el acontecimiento que menos se puede imaginar provoca sin ruido ese otro que servirá para su venganza.

El señor de… me había advertido un día que cierto asunto inaplazable le privaría del placer de estar conmigo las tres horas completas que solíamos pasar juntos; que, no obstante, acudiría unos minutos antes del término de nuestra cita, aunque sólo fuera por no alterar en lo más mínimo nuestros hábitos cotidianos, que yo pasase en casa de la Berceil el tiempo que acostumbraba, que, sin duda, por una hora o dos, me distraería más en cualquier caso con la vendedora y con sus hijas que quedándome sola en casa de mi padre; yo me sentía tan confiada en aquella mujer que no puse ningún reparo a lo que mi amante me proponía; así, pues, le prometí que acudiría y le rogué que no se hiciera esperar demasiado. Me aseguró que se quedaría libre tan

pronto como le fuera posible y allí fui; ¡oh, día nefando para mí!

La Berceil me recibió a la entrada de su establecimiento, pero no me dejó subir a su casa, como solía hacer.

—Señorita —me dijo al verme—, me alegro muchísimo de que el señor de… no pueda venir temprano esta tarde aquí, tengo que deciros algo que no me atrevo a confesárselo a él, algo que nos obliga a salir a las dos en seguida un momento, cosa que no hubiéramos podido hacer si estuviese él aquí.

—¿Y de qué se trata, pues, señora? —pregunté un tanto asustada por este preámbulo.

—De una tontería, señorita, de una tontería —prosiguió a Berceil—, pero antes tenéis que tranquilizaros, se trata de a cosa más inocente del mundo. Mi madre se ha enterado de vuestra intriga, es una vieja comadre, escrupulosa como un confesor y a la que mantengo sólo por sus escudos; no quiere de ninguna manera que os siga recibiendo, yo no me atrevo a decírselo al señor de…, pero os voy a decir lo que se me ha ocurrido. Os voy a llevar en seguida a casa de una de mis compañeras, una mujer de mi edad y que es tan de fiar como yo misma, os la presentaré; si os cae bien podéis contar al señor de… que os he llevado allí, que es una mujer honrada y que os parecería excelente quedar allí para vuestros encuentros; si no os gusta, cosa que me costaría trabajo creer, como sólo habremos estado un momento no le diréis nada de nuestra gestión; entonces ya me encargaría yo de decirle que me es imposible seguir prestándoos mi casa y ya buscaríais de mutuo acuerdo algún otro medio para poder veros los dos.

Lo que me decía aquella mujer era algo tan sencillo, tan natural la manera y el tono que empleó, mi confianza era tan completa y mi candor tan absoluto, que no vi el menor inconveniente en acceder a lo que me pedía; no cesó ni por un momento de lamentarse ante la imposibilidad de seguir prestándonos sus servicios, yo se los agradecí con todo mi corazón y salimos a la calle.

La casa a la que me llevaba estaba en la misma calle, a unos sesenta u ochenta pasos de la casa de la Berceil; en el exterior no vi nada que me desagradara: una puerta cochera, bonitos ventanales a la calle, un aire de decoro y de pulcritud en todo; sin embargo, una voz misteriosa parecía gritarme desde el fondo de mi corazón que un acontecimiento singular me esperaba en aquella mansión fatal; sentía una especie de repugnancia a cada escalón que subía, todo parecía decirme: ¿A dónde vas, desdichada? ¡Aléjate de estos siniestros parajes…! Llegamos, no obstante, arriba, entramos en una antecámara bastante acogedora, donde no había nadie, y de allí pasamos a un salón que se cerró enseguida a nuestras espaldas como si hubiese alguien escondido detrás de la puerta… Yo me estremecí, el salón estaba muy oscuro y apenas se veía para poder cruzar; no habíamos dado ni tres pasos cuando sentí que dos mujeres me agarraban; en aquel momento se abrió la puerta de un gabinete y vi a un hombre de unos cincuenta años en medio de otras dos mujeres que gritaron a las que me habían sujetado: «Desnudadla, desnudadla y no la traigáis aquí hasta que no

esté completamente desnuda». Apenas me había recobrado de la confusión que me paralizaba cuando estas mujeres me habían puesto ya sus manos encima, y dándome cuenta entonces de que mi salvación dependía más de mis gritos que de mi pavor, grité con todas mis fuerzas. La Berceil hizo todo lo que pudo para calmarme.

—Es cosa de un minuto, señorita —me decía—; hacedme este favor, os lo ruego, y me habréis hecho ganar cincuenta luises.

—¡Arpía infame! —grité—. No creáis que vais a traficar con mi honor de esta manera; si no me dejáis salir de aquí ahora mismo me arrojaré por la ventana.

—Iríais a parar a un patio que es nuestro y donde os volverían a coger en seguida, hija mía —contestó una de aquellas miserables arrancándome mis vestidos—. Vamos, creedme, lo mejor para vos es que os dejéis…

¡Oh, señor!, ahorradme el resto de esos horribles detalles. Me dejaron desnuda en seguida, ahogaron mis gritos con bárbaros procedimientos y me arrastraron junto a aquel hombre indigno, que mofándose de mis lágrimas y riéndose de mi resistencia sólo se preocupaba de asegurarse de la infortunada víctima a la que destrozaba el corazón; dos mujeres no cesaron de librarme de aquel monstruo, y dueño de hacer cuanto quisiera se contentó con apagar el fuego de su culpable ardor únicamente con abrazos y con impuros besos que me dejaron sin ultrajes…

En seguida me ayudaron a volver a vestirme y me dejaron en manos de la Berceil, aniquilada, confusa, embargada por una especie de dolor sombrío y amargo que vertía sus lágrimas en el fondo de mi corazón; dirigí a aquella mujer una mirada llena de furia…

—Señorita —me dijo, terriblemente turbada, en la antecámara de aquella funesta mansión—, me doy perfecta cuenta de todo el horror que acabo de perpetrar, pero os ruego que me perdonéis… y por lo menos, antes de dejaros llevar por la idea de provocar un escándalo, reflexionad; si se lo contáis al señor de…, por mucho que le digáis que os han traído a la fuerza, es un género de falta que no os perdonará jamás y habríais roto para siempre con el hombre que más os interesa conservar en el mundo, pues no tenéis otro medio de reparar el honor que os arrebata más que haciendo que se case con vos. Pero podéis estar segura de que nunca lo hará si le contáis lo que acaba de ocurrir.

—¡Miserable! ¿Por qué, pues, me has precipitado a este abismo, por qué me has puesto en una situación en la que tengo que engañar a mi amante o perderle y con él perder mi honor?

—Vayamos despacio, señorita, y no volvamos a hablar de lo que ha pasado, el tiempo vuela; pensemos en lo que hay que hacer. Si habláis, estáis perdida; si no decís una palabra, mi casa seguirá abierta para vos, nadie en absoluto os traicionará jamás y podréis seguir con vuestro amante; pensad si la exigua satisfacción de una venganza, de la que en el fondo me reiría, pues conociendo vuestro secreto ya sabría yo cómo impedir que el señor de… pudiese hacerme ningún daño; pensad, os digo una vez más, si el pequeño placer de, esa venganza podrá compensaros de todas las

desgracias que os iba a acarrear…

Dándome entonces cuenta de con qué indigna tenía que habérmelas, y consciente de la fuerza de sus razonamientos, por detestables que éstos fuesen:

—Salgamos, señora, salgamos —le dije—; no me hagáis estar aquí por más tiempo, no dirá una sola palabra, haced vos lo mismo; me serviré de vos, ya que no podría dejar de hacerlo sin desvelar ciertas infamias que es importante que calle, pero en el fondo de mi corazón tendré al menos la satisfacción de odiaros y de despreciaros tanto como os merecéis.

Volvimos a casa de la Berceil… Cielo santo, ¡qué nuevo vuelco me dio el corazón cuando nos dijeron que el señor de… había venido!, que le habían dicho que la señora había salido para un asunto urgente y que la señorita aún no había llegado, y al mismo tiempo una de las muchachas de la casa me entregó un billete que había escrito a toda prisa para mí. Contenía solamente estas palabras: «No os he encontrado; supongo que no habéis podido venir a la hora acostumbrada. No podré veros esta tarde, me es imposible esperaros. Hasta pasado mañana, sin falta».

Aquel billete no me tranquilizó lo más mínimo; su frialdad me pareció un mal augurio… No esperarme, tan poca paciencia…; todo me turbaba hasta un extremo que me es imposible describiros. ¿No podía haber observado acaso nuestra salida, habernos seguido? Y si lo había hecho, ¿no era yo mujer perdida? La Berceil, tan inquieta como yo, interrogó a todo el mundo; le dijeron que el señor de… había llegado tres minutos después de haber salido nosotras, que parecía muy excitado, que se había ido en seguida y que había vuelto para escribir aquel billete una media hora después. Cada vez más inquieta, mandé a buscar un coche… pero ¿podréis creer, señor, hasta qué grado de desfachatez osó llevar su depravación aquella indigna mujer?

—Señorita —me dijo al verme salir—, no digáis nunca una sola palabra de todo esto, os lo vuelvo a aconsejar, pero si por desgracia llegarais a romper con el señor de…, creedme, aprovechad vuestra libertad para pasarlo bien, que eso vale mucho más que un solo amante; sé que sois una muchacha como Dios manda, pero sois joven y seguramente os dan poco dinero, y siendo tan bonita como sois yo podría haceros ganar todo el que quisierais… Vamos, vamos, que no sois la única, y hay muchas muy empingorotadas que un buen día se casan con un conde o con un marqués, como podríais hacer vos, y que, bien por decisión propia o bien por mediación de su gobernanta, han pasado por nuestras manos; como habéis podido comprobar, contamos con personas apropiadas para esa clase de muñecas, las usan como a una rosa, las huelen y no las marchitan; adiós, querida, y no pongáis esa cara tan larga, pues veis que aún puedo seros útil.

Lancé una mirada de furia a aquella infame criatura y salí a toda prisa sin contestarle; recogí a Julia en casa de mi tía, como solía hacer, y regresé a casa.

No tenía ningún medio de avisar al señor de… Como nos veíamos tres veces por semana no teníamos la costumbre de escribirnos, así, pues, tenía que esperar el

momento de la cita. ¿Qué iría a decirme…? ¿Qué le podría contestar? Si le ocultaba lo que acababa de ocurrir, ¿no corría un peligro espantoso si llegaba a ser descubierto? ¿No era mucho más sensato confesárselo todo? Todas estas diferentes opciones me tenían en un estado de agitación inexpresable. Al fin me decidí a seguir los consejos de la Berceil y convencida de que aquella mujer era quien más interés tenía en el secreto, resolví imitarla y no decir nada… ¡Oh, cielos!, ¿de qué me valían todas aquellas elucubraciones si ya no iba a ver nunca más a mi amante y el rayo que iba a fulminarme centelleaba ya por todas partes?

Al día siguiente de todo aquello, mi hermano mayor me preguntó por qué me tomaba la libertad de salir sola tantas veces a la semana y a horas semejantes.

—Voy a pasar la tarde a casa de mi tía —le contesté.

—Eso es falso, Emilia; hace un mes que no habéis puesto allí los pies.

—Bueno, querido hermano —respondí temblando—, os lo confesaré todo: una amiga mía, a la que conocéis bien, la señora de Saint-Claire, tiene el gusto de invitarme a su palco del Français ti es veces por semana; no me he atrevido a decir nada por si mi padre no lo aprobaba, pero mi tía lo sabe perfectamente.

—¿Con que vais al teatro? —me contestó mi hermano—. Podíais habérmelo dicho, yo os habría acompañado y todo hubiera resultado más fácil… Pero sola, con una dama a la que nada os une y que es tan joven como vos…

—Vamos, vamos, amigo mío —exclamó mi otro hermano, que se había acercado durante la conversación—. La señorita tiene sus distracciones… no hay que estorbárselas… Ella está buscando un marido y sin duda, con semejante comportamiento, le saldrán una infinidad…

Y los dos me volvieron la espalda con sequedad. Aquella conversación me asustó; sin embargo, me parecía que mi hermano mayor se había quedado bastante convencido de la historia del palco, pensé que había conseguido engañarle y que no iría más allá; además, aunque los dos me hubieran dicho mucho más, nada en el mundo habría sido tan poderoso como para obligarme a faltar a la próxima cita; me resultaba demasiado importante llegar a una explicación con mi amante para que nada en el mundo pudiera impedir que fuera a verle.

En cuanto a mi padre, seguía siendo el de siempre; me idolatraba, no sospechaba ninguna de mis faltas y nunca me molestaba con pretexto alguno. ¡Qué cruel resulta engañar a unos padres así y cómo se encarga el remordimiento de sembrar espinas sobre el placer que se obtiene a costa de traiciones de esa clase! Ejemplo funesto, pasión cruelísima, ¡si pudierais dar a conocer mis errores a quienes se encuentran en la misma situación, si las penas que mis placeres criminales me han ocasionado pudieran al menos frenarles al borde del abismo, tras conocer mi lamentable historia!

Al fin llega el día fatal, salgo con Julia y hago como acostumbro: la dejo en casa de mi tía y me acerco en mi coche a toda prisa a la casa de la Berceil. Bajo… al principio me extrañan el silencio y la oscuridad que reinan en la casa… No encuentro ninguna cara conocida; sale sólo una mujer mayor a la que nunca había visto y a la

que, para mi desgracia, habría de ver demasiado en Jo sucesivo, que me dice que me quede en la habitación en donde estoy, que el señor de… (pronuncia su nombre) en seguida vendrá a reunirse conmigo. Un frío universal se apodera de mis sentidos y me derrumbo sobre un sofá sin fuerzas para pronunciar una sola palabra; apenas he hecho esto cuando mis dos hermanos aparecen ante mí, pistola en mano.

—¡Miserable! —exclama el mayor—. Así es como nos engañas; si opones la menor resistencia, si das un solo grito, morirás. Síguenos; vamos a enseñarte a traicionar a un mismo tiempo a la familia que deshonras y al amante al que te entregabas.

Tras estas últimas palabras el conocimiento me abandonó por completo y cuando recobré el sentido me hallé en el interior de un carruaje que me parecía que iba a toda velocidad, entre mis dos hermanos y la vieja que acabo de mencionar, con las piernas atadas y las dos manos sujetas con un pañuelo. Las lágrimas, hasta entonces contenidas por el exceso de dolor, se abrieron paso en abundancia y durante una hora estuve sumida en un estado que, por culpable que pudiera ser, hubiese conmovido a cualquiera que no fuese uno de los dos verdugos en cuyo poder me encontraba. Durante el viaje no me dirigieron la palabra; yo imite su silencio y me abismé en mi dolor; por fin, al día siguiente, a las once de la mañana, entre Coucy y Noyon, llegamos a un castillo situado al fondo de un bosque que pertenecía a mi hermano mayor; el coche entró en el patio, me ordenaron que me quedara en él hasta que los caballos y los sirvientes estuvieran lejos; entonces mi hermano mayor vino a buscarme. «¡Seguidme!», me ordenó brutalmente, después de desatarme… Le obedecí temblando… ¡Dios mío!, ¡cuál no sería mi terror al ver el espantoso lugar que iba a servirme de encierro! Era una habitación baja, sombría, húmeda y oscura, cerrada con barrotes por todas partes y donde la luz no penetraba más que por una ventana que daba a un espacioso foso lleno de agua.

—Esta es vuestra habitación, señorita —me dijeron mis hermanos—. Una hija que deshonra a su familia no puede estar bien más que aquí… Vuestra alimentación será proporcionada al resto del tratamiento, esto es lo que se os dará —prosiguieron, mostrándome un pedazo de pan parecido al que se da a los animales—, y como no deseamos haceros sufrir por mucho tiempo y, por otra parte, queremos privaros de cualquier medio de salir de aquí, estas dos mujeres —continuaron, señalándome a la vieja y a otra por el estilo que habíamos encontrado en el castillo—, estas dos mujeres serán las encargadas de haceros una sangría en ambos brazos tantas veces por semana como ibais a ver al señor de… a casa de la Berceil; ese régimen, al menos así lo esperamos, os llevará a la tumba sin que os deis cuenta, y no nos quedaremos verdaderamente tranquilos hasta que sepamos que nuestra familia se ha desembarazado de un monstruo como vos.

Tras estas palabras ordenan a las mujeres que me sujeten y, delante de ellos, los miserables, señor, perdonadme esta expresión, delante de ellos…, los desalmados hicieron que me sangraran de los dos brazos y no abandonaron este cruel tratamiento

hasta que me vieron sin conocimiento… Cuando volví en mí vi como se felicitaban por su barbarie, y como si desearan que todos los golpes cayesen sobre mí a un mismo tiempo, como si estuvieran encantados de destrozar mi corazón a la vez que derramaban mi sangre, el mayor sacó de su bolsillo una carta y me la tendió: Leed, señorita —me dijo—; leed y sabréis a quién debéis atribuir vuestros males…

La abro, temblando; mis ojos apenas tienen fuerza para reconocer esos funestos caracteres: ¡oh, santo Dios…!; era mi propio amante, había sido él quien me había traicionado. Esto era lo que decía aquella carta atroz, cuyas palabras aún siguen grabadas en mi corazón con trazos de sangre.

«Cometí la locura de amar a vuestra hermana, señor, y la imprudencia de deshonrarla, pero iba a repararlo todo; devorado por mis remordimientos, iba a arrojarme a los pies de vuestro padre, declararme culpable y pedirle a su hija. Estaba seguro del consentimiento del mío y estaba decidido a ser de los vuestros, pero en el momento que adoptaba esa resolución… mis ojos, mis propios ojos me convencen de que no tengo relaciones más que con una ramera, que a la sombra de unas citas concertadas por honestos y puros sentimientos se atrevía a ir a saciar los infames deseos del más crapuloso de los mortales. No esperéis de mí, por tanto, reparación alguna, señor; ya no os la debo, ya no os debo más que mi abandono y a ella, el odio más implacable y el más decidido desprecio. Os envío la dirección de la casa a donde vuestra hija va a corromperse, señor, para que podáis comprobar si os engaño».

Al acabar de leer estas funestas líneas volví a caer en el más lamentable estado… No, me repetía a mí misma, arrancándome los cabellos; no, falaz, tú nunca me has amado; si el más tenue sentimiento hubiera encendido tu corazón, ¿me habrías condenado sin escucharme, me habrías creído culpable de crimen semejante cuando era a ti a quien adoraba…? ¡Pérfido!, y es tu mano la que me entrega, la que me arroja a los brazos de los verdugos que van a ir haciéndome morir poco a poco, día tras día…, y morir sin que tú me justifiques… morir despreciada por todo lo que adoro, cuando jamás te ofendí voluntariamente, cuando no fui nunca más que la víctima y la engañada. ¡Oh, no!, esta situación es demasiado cruel, soportarla es algo que está más allá de mis fuerzas. Y arrojándome, bañada en lágrimas a los pies de mis hermanos, les supliqué que me escucharan o que hicieran verter mi sangre, gota a gota, y que muriera en aquel mismo instante.

Accedieron a escucharme, les conté mi historia, pero deseaban mi perdición y no me creyeron; sólo sirvió para que me trataran aún peor. Después de abrumarme con insultos, tras recomendar a las mujeres que ejecutaran al punto sus órdenes o les iba en ello la vida, se marcharon, diciéndome fríamente que esperaban no volver a verme jamás.

Cuando se fueron, mis dos guardianas me dejaron algo de pan, agua y cerraron, pero así estaba al menos sola, podía entregarme al exceso de mi dolor y me sentía menos desdichada. Los primeros impulsos de mi desesperación me llevaron a quitarme las vendas de los brazos y a morir, perdiendo sangre hasta el último

momento. Pero la espantosa idea de morir sin poder justificarme ante mi amante me atormentaba con tal violencia que no pude decidirme por aquella solución; un poco de calma hace renacer la esperanza…; la esperanza, ese sentimiento consolador que surge siempre en medio de los sufrimientos, don divino que la naturaleza nos ofrece para compensarlos o atemperarlos… No, me dije a mí misma, no moriré sin volver a verle; ese había de ser mi único afán, mi única preocupación; si sigue creyéndome culpable, entonces habrá llegado el momento de morir y, al menos, moriré sin lamentarlo, pues es imposible que la vida pueda tener ya ningún atractivo para mí si he perdido su amor.

Resuelta a ello, decidí no desperdiciar ninguna de las ocasiones que pudieran liberarme de aquella odiosa mansión. Hacía ya cuatro días que este pensamiento me servía de consuelo, cuando mis dos carceleras aparecieron otra vez para renovar mis provisiones y hacer que perdiera de paso las escasas fuerzas que me proporcionaban, me extrajeron sangre de ambos brazos y me abandonaron, inerte, sobre el lecho; al octavo día aparecieron de nuevo y como me arrojé a sus pies y apelé a su compasión, me sangraron de un solo brazo. Dos meses transcurrieron de esta forma y durante ese tiempo siguieron extrayéndome sangre de uno de los dos brazos, alternativamente, cada cuatro días. La fuerza de mi temperamento me sostuvo; mi edad, el ardiente deseo que me embargaba de escapar de aquella espantosa situación, la cantidad de pan que ingería para contrarrestar mi agotamiento y ser capaz de llevar a cabo mis propósitos, todo esto me ayudó y a comienzos del tercer mes, cuando, presa de alegría, después de taladrar un muro, pude deslizarme por la abertura que había practicado a una habitación contigua que estaba abierta y escapar al fin del castillo, trataba de ganar a pie, como podía, la carretera de París, mis fuerzas me abandonaron entonces por completo en el lugar en que me encontrasteis y recibí de vos la generosa ayuda que mi sincero reconocimiento os agradece tanto como le es posible y que me atrevo a rogaros que no cese hasta verme de nuevo en los brazos de mi padre, a quien, sin duda, han engañado y que no sería nunca tan bárbaro como para condenarme sin dejarme antes que le pruebe mi inocencia. Reconoceré que he sido débil, pero en seguida se dará cuenta de que no soy tan culpable como las apariencias parecen atestiguar, y con vuestra ayuda, señor, no solamente habréis devuelto a la vida a una criatura desdichada, que nunca dejará de estaros agradecida, sino que habréis devuelto también la honra a toda una familia que creía que le había sido arrebatada injustamente.

—Señorita —dice el conde de Luxeuil, tras haber prestado toda la atención posible al relato de Emilia—, resulta difícil no veros y oíros sin sentir por vos el más vivo interés; no sois, evidentemente, tan culpable como pudiera creerse, pero toda vuestra conducta revela una cierta imprudencia que no podéis ignorar.

—¡Oh, señor!

—Escuchadme señorita, os lo suplico, oíd al hombre que más deseos tiene de ayudaros. La conducta de vuestro amante resulta espantosa; no sólo es injusta, pues

debió informarse mejor y veros, sino que, además, es cruel; si uno se siente tan receloso como para no desear volver al punto de partida, en ese caso se abandona a la mujer, pero no se la delata a su familia, no se la deshonra, no se la entrega, sin dignidad alguna, a quienes han de ser su perdición, no se les espolea a la venganza… Así, pues, culpo de todo, sin excepción, a la conducta de aquel a quien amáis… Pero la de vuestros hermanos resulta aún más incalificable; se mire por donde se mire es atroz, sólo unos auténticos verdugos pueden comportarse de esa forma. Faltas de esa clase no son acreedoras de castigos semejantes; las cadenas nunca sirvieron para nada; en tales casos se guarda silencio, no se priva a los inculpados de su sangre y de su dignidad; esos procedimientos odiosos son mucho más deshonrosos para quienes los ponen en práctica que para sus víctimas; se hacen acreedores a su rencor, provocan un escándalo y nada se ha reparado. Por preciosa que pueda resultarnos la virtud de una hermana, su vida ha de tener a nuestros ojos un valor mucho mayor. La honra se puede restituir, pero no la sangre derramada; así, pues, esa conducta es tan espantosa que si se elevara una queja al gobierno sin duda sería castigada, pero con eso no haríais más que poneros a la altura de vuestros perseguidores y hacer público lo que debe permanecer oculto; no es eso lo que tenemos que hacer. Para ayudaros voy a actuar, señorita, de una forma totalmente distinta, pero os advierto que sólo puedo hacerlo con las siguientes condiciones: primero, tenéis que darme por escrito la dirección de vuestro padre, de vuestra tía, la de la Berceil y la del hombre al que os llevó la Berceil, y segundo, señorita, tenéis que revelarme, sin más requerimientos, el nombre de la persona a la que amáis. Esto último es tan imprescindible que no os voy a ocultar que me sería completamente imposible prestaros mi ayuda, sea en lo que sea, si insistís en ocultarme el nombre que os pido.

Emilia, confusa, comienza por cumplir con el mayor detalle la primera condición, y cuando ya ha dado todas las direcciones al conde:

—Entonces, señor —dijo ruborizándose—, me exigís que os dé el nombre de mi seductor.

—Así es, señorita; sin eso nada puedo hacer.

—Bien, señor… es el marqués de Luxeuil…

—¡El marqués de Luxeuil! —exclamó el conde, no pudiendo ocultar la emoción que le causaba oír el nombre de su hijo—. Ha sido capaz de algo semejante… Él… —Y recuperándose de su sorpresa—: Lo reparará, señorita… Él lo reparará y vos seréis vengada… Os lo prometo. Adiós.

La asombrosa turbación que la última revelación de Emilia acababa de causar al conde de Luxeuil extrañó notablemente a la infortunada, que temió haber cometido alguna indiscreción; no obstante, las palabras pronunciadas por el conde al salir la tranquilizaron, y sin entender nada de la relación de todos estos hechos, relación que le resultaba imposible discernir, ignorando dónde se encontraba, decidió esperar pacientemente el resultado de las gestiones de su benefactor y las atenciones que, mientras tanto, no cesaron de prodigarle, consiguieron calmarla y convencerla de que

su dicha era el único objeto de tanto afán.

Y pudo sentirse plenamente convencida al ver entrar en su habitación al conde, cuatro días después de las explicaciones que le había dado, llevando cogido de la mano al marqués de Luxeuil.

—Señorita —le dijo el conde—, os traigo a un mismo tiempo al autor de vuestros infortunios y a quien va a repararlos, rogándoos de rodillas que no le neguéis vuestra mano.

Tras estas palabras, el marqués se arroja a los pies de su amada, pero la sorpresa había sido excesiva para Emilia; aún no demasiado fuerte para soportarla, se había desmayado en los brazos de la doncella que la atendía; a fuerza de cuidados, pronto volvió, no obstante, en sí, y al verse en los brazos de su amante:

—¡Hombre cruel! —le dice, derramando un torrente de lágrimas—. ¡Qué sufrimientos habéis infligido a aquella que os amaba! ¿Podíais creerla culpable de la infamia que llegasteis a sospechar? Al amaros, Emilia podía ser víctima de su debilidad y de los engaños de los demás, pero jamás podía seros infiel.

—¡Oh, te adoro! —exclamó el marqués—. Perdona un arrebato de espantosos celos basado en engañosas apariencias; ahora todos estamos completamente convencidos, pero todas aquellas apariencias funestas, ¿acaso no estaban contra ti?

—Teníais que quererme, Luxeuil, y así no me habríais creído capaz de engañares; teníais que quererme, teníais que haber prestado menos oídos a vuestra desesperación que a los sentimientos que yo creía dichosa, inspirares. Que este ejemplo enseñe a mi sexo que es casi siempre por un amor excesivo…, casi siempre por ceder demasiado pronto, por lo que perdemos el afecto de nuestros amantes… ¡Oh, Luxeuil!, tal vez me habríais amado más si yo no os hubiera amado tanto desde el primer momento. Me castigasteis por mi debilidad, y aquello que debía reforzar vuestro amor es que os hizo desconfiar del mío.

—¡Que todo sea olvidado por ambas partes! —interrumpió el conde—. Luxeuil, vuestra conducta es incalificable, y si no os hubierais ofrecido a repararla al instante, si no hubiera comprobado esa decisión en vuestro corazón, no os habría vuelto a ver en toda mi vida. «Cuando se ama de verdad —decían nuestros antiguos trovadores—, se oiga lo que se oiga, se vea lo que se vea en contra de la amada, no se debe dar crédito ni a los oídos ni a los ojos; hay que escuchar únicamente al corazón». Señorita, espero con impaciencia vuestro restablecimiento —prosiguió el conde, dirigiéndose a Emilia—. Quiero llevaros de nuevo a casa de vuestros padres, pero en calidad de esposa de mi hijo, y confío en que no rehusarán unirse a mí para reparar vuestros infortunios; si no lo hacen, yo os ofrezco mi casa, señorita; vuestro matrimonio se celebraría entonces aquí y hasta mi postrer suspiro no dejaría de ver en vos a una querida nuera, de quien siempre me sentiría honrado, se apruebe o no se apruebe vuestro himeneo.

Luxeuil se arrojó a los brazos de su padre; la señorita de Tourville se deshacía en lágrimas, apretando entre las suyas las manos de su benefactor, y la dejaron sola unas

horas para que pudiera recobrarse de una escena cuya excesiva duración hubiera perjudicado un restablecimiento que todos deseaban con tanto ardor.

Por fin, quince días después de su regreso a París, la señorita de Tourville se encontró en condiciones de levantarse y de montar en coche. El conde hizo que se pusiera un vestido blanco, análogo a la inocencia de su corazón, y nada se regateó para realzar el brillo de sus encantos, que un resto de palidez y de debilidad hacía aún más cautivadores. El conde, ella y Luxeuil marcharon a casa del presidente de Tourville, que no había sido advertido de nada y cuya sorpresa al ver entrar a su hija fue enorme. Estaba en compañía de sus dos hijos, cuyos semblantes se desencajaron de furia y de rabia ante esta inesperada aparición. Sabían que su hermana se había evadido, pero la creían muerta en algún rincón del bosque y, como puede verse, se consolaban con la mayor facilidad del mundo.

—Señor —dice el conde, presentando a Emilia a su padre—, a vuestros pies traigo a la inocencia en persona —y Emilia se arrojó al suelo—. Imploro su perdón señor —prosiguió el conde—, y no sería yo quien os lo pidiese si no lo mereciera de verdad; por lo demás, señor —continuó con rapidez—, la mejor prueba que puedo daros de la profunda estima que profeso a vuestra hija es pedírosla para mi hijo. Nuestros rasgos están hechos para aliarse, señor, y si hubiera alguna desproporción por mi parte, vendería cuanto tengo para dotar a mi hijo con una fortuna digna de ser ofrecida a vuestra hija. Decidios, señor, y permitid que no me despida de vos hasta haber recibido vuestra palabra.

El anciano presidente de Tourville, que siempre había adorado a su hija, en el fondo era la bondad personificada y que precisamente, por las excelencias de su carácter ya no ejercía su cargo desde hacía más de veinte años, el anciano presidente, repito, bañando con lágrimas el seno de su querida hija, contestó al conde que se consideraba honrado en demasía por semejante elección, que todo lo que le afligía era que su querida Emilia no era digna de ella; y el marqués de Luxeuil, arrojándose a los pies del presidente, le suplicó que perdonara sus errores y que le permitiera repararlos. Todo fue prometido, todo se arregló y todo quedó acordado por ambas partes; sólo los hermanos de nuestra atractiva heroína se negaron a compartir la alegría general, y la rechazaron cuando se acercó a ellos para abrazarlos; el conde, enfurecido ante semejante actitud, intentó detener a uno de ellos que trataba de salir de la sala. El señor de Tourville gritó al conde:

—Dejadles, señor, dejadles; me han engañado de una forma atroz; si mi querida hija hubiera sido tan culpable como ellos me aseguraron, ¿acaso consentiríais vos en darla a vuestro hijo? Ellos han turbado la felicidad de mis días al privarme de Emilia… Dejadles.

Y los miserables se fueron, presa del furor. Entonces el conde reveló al señor de Tourville todos los horrores de sus hijos y las verdaderas faltas de su hija; el presidente, viendo la falta de proporción que había entre aquellas y la indignidad del castigo, juró no volver a ver a sus hijos; el conde le calmó y le hizo prometer que

borraría de su recuerdo semejante conducta. Ocho días después se celebró la boda, sin que los hermanos hicieran acto de presencia, pero se prescindió de ellos y no se les echó en falta; el señor de Tourville se conformó con recomendarles el mayor silencio, bajo pena de encerrarles, y se callaron, pero no lo bastante, sin embargo, como para no acusarse a sí mismos por su infame proceder al condenar la indulgencia de su padre, y quienes tuvieron noticia de esta desdichada aventura exclamaron, horrorizados por los atroces detalles que la caracterizan:

—Oh, justo cielo, ¡estas son las infamias que tácitamente se permiten quienes se dedican a castigar las faltas de los demás! Hay mucha razón al decir que esta clase de infamias son patrimonio de esos frenéticos e ineptos secuaces de la ciega Thermis, que, criados en un estúpido rigorismo, insensibles desde su infancia a los gritos del infortunio, manchados de sangre desde la cuna, censurándolo todo y a todo entregándose, creen que la única manera de encubrir sus secretas bajezas y sus públicas prevaricaciones es la de hacer a arde de un talante de rigidez, que, haciéndoles iguales a ocas por fuera y a tigres por dentro, no tiene otro objeto, enlodándoles con sus crímenes, que infundir respeto a los necios y hacer que el hombre sensato deteste sus odiosos principios, sus sanguinarias leyes y a esos despreciables individuos.

Hágase como se ordena

Hija mía —dice la baronesa De Fréval a la mayor de sus hijas, que iba a casarse al día siguiente—, sois hermosa como un ángel; apenas habéis cumplido vuestro decimotercer año y es imposible ser más tierna y más encantadora; parece como si el mismísimo amor se hubiera recreado en dibujar vuestras facciones, y sin embargo os veis obligada a convertiros mañana en esposa de un viejo picapleitos, cuyas manías son de lo más sospechosas… Es un compromiso que me desagrada extraordinariamente, pero vuestro padre lo quiere. Yo deseaba hacer de vos una mujer de elevada posición, pero ya no es posible; estáis destinada a cargar toda vuestra vida con el ingrato título de presidenta… Lo que más me desespera es que no llegaréis a serlo más que a medias… El pudor me impide explicaros esto, hija mía…, pero es que esos viejos tunantes, que acostumbran a juzgar al prójimo sin saber juzgarse a sí mismos, tienen caprichos tan barrocos, habituados a una vida en el seno de la indolencia… Esos bribones se corrompen desde que nacen, se hunden en el libertinaje, y arrastrándose en el impuro fango de las leyes de Justiniano y de las obscenidades de la capital, como la culebra que no levanta la cabeza más que de cuando en cuando para devorar insectos, sólo se les ve salir de él a base de reprimendas o de alguna detención.

Así, pues, escuchadme, hija mía, y manteneos erguida…, porque si inclináis la cabeza de esa forma complaceréis extraordinariamente al señor presidente, y no me extrañaría que os la pusiera a menudo mirando a la pared… En una palabra, hija mía, se trata de lo siguiente: negado rotundamente a vuestro marido lo primero que os proponga; estamos convencidos de que esa primera proposición será, sin la menor duda, de lo más indecente e intolerable… Conocemos sus gustos; hace ya cuarenta años que, llevado de convicciones totalmente ridículas, ese maldito pícaro afeminado tiene la costumbre de tomarlo todo única y exclusivamente por detrás. Así, pues, hija mía, vos os negaréis, ¿me oís?, y le contestaréis: «No, señor, por cualquier otro sitio que os guste, pero por ahí, de ninguna manera».

Dicho esto, se ponen a engalanar a la señorita De Fréval; la arreglan, la bañan, la perfuman. Llega el presidente, con el pelo ensortijado como un querubín, empolvado hasta los hombros, gangoso, chillón, balbuciendo leyes y diciendo como tiene que ser el Estado. Gracias al arreglo de su peluca, de su traje ajustado, de sus carnes prietas y restallantes, apenas se le calcularían cuarenta años, aunque tenía cerca de sesenta. Aparece la novia, él le hace unas carantoñas y en los ojos del leguleyo se puede ya leer toda la depravación de su alma. Al fin llega el momento… la desnuda, se acuestan y por una vez en su vida, el presidente, bien por tomarse un poco más de tiempo para educar a su discípula o bien por temor a los sarcasmos que podrían ser fruto de las indiscreciones de su mujer, no piensa más que en cosechar placeres legítimos. Pero la señorita De Fréval ha sido bien educada. La señorita De Fréval, que se acuerda de que su mamá le ha aconsejado que rechazara con toda firmeza las

primeras proposiciones que le fueran a hacer, no desperdicia la ocasión y le dice al presidente:

—No, señor, por mucho que queráis no ha de ser así; por cualquier otro sitio que os guste, pero por ahí, de ninguna manera.

—Señora —contesta el presidente estupefacto—, debo protestar… estoy haciendo un esfuerzo… en realidad es una virtud.

—No, señor, por más que insistáis nunca accederé a eso.

—Muy bien, señora, hay que teneros contenta —responde el picapleitos, tomando posesión de su enclave predilecto—. Mucho sentiría disgustaros y más en vuestra noche de bodas, pero tened cuidado, señora, pues en el futuro, por mucho que me lo roguéis, ya no podréis hacer que varíe mi rumbo.

—Me parece muy bien, señor —contesta la joven, buscando la postura—, no temáis que no os lo he de pedir.

—Entonces, ya que así lo queréis, adelante —contesta el hombre de bien, mientras se acomoda—. En nombre de Ganímedes y de Sócrates, ¡hágase como se ordena!

El cornudo de sí mismo

Uno de los peores defectos de las personas mal educadas es el de estar siempre aventurando un sinnúmero de indiscreciones, murmuraciones o calumnias sobre todo ser viviente y, por si fuera poco, delante de gente a la que no conocen. Es imposible calcular la cantidad de enredos que son fruto de esa clase de charlatanería, pues, para ser sinceros, ¿quién es el hombre honrado que oye hablar mal de aquello que le conviene y no aprovecha la ocasión que le sale al paso? A los jóvenes no se les inculca suficientemente el principio de un comportamiento sensato, no se les enseña lo bastante a conocer el medio, los nombres, los atributos o las cualidades de las personas con las que han de vivir; en lugar de eso, les enseñan mil estupideces que sólo sirven para que se rían de ellas tan pronto como alcanzan la edad de la razón. Da siempre la impresión de que están educando a unos capuchinos; en todo momento beaterías, supercherías o inutilidades y nunca una máxima de moral oportuna. Peor aún, preguntad a un joven sobre sus verdaderos deberes para con la sociedad, preguntadle sobre lo que se debe a sí mismo y lo que debe a los demás o cómo hay que comportarse para ser feliz. Os contestará que le han enseñado a ir a misa y a recitar las letanías, pero que no comprende nada de lo que le preguntáis, que le han enseñado a bailar y a cantar, pero no a vivir con las demás personas. La presente historia, fruto del defecto que acabamos de señalar, no llegó a hacer correr la sangre, y sólo dio lugar a una simple broma. Para poder contarla con detalle vamos a abusar unos minutos de la paciencia de nuestros lectores.

El señor de Raneville, de unos cincuenta años de edad, poseía uno de esos caracteres flemáticos que no dejan de tener cierto encanto. Se reía poco, pero hacía reír mucho a los demás, y tanto por sus rasgos de mordaz ingenio como por la frialdad con que los deslizaba, sabía encontrar a menudo, bien sólo con su silencio o bien con las graciosas expresiones de su taciturna fisonomía, la clave del secreto para divertir a las tertulias a las que era invitado, mejor cien veces que esos plúmbeos charlatanes, pesados y monótonos, que siempre están dispuestos a contar una historia de la que ya se están riendo una hora antes de empezar y que no son ni siquiera tan afortunados como para entretener a quienes les escuchaban. Desempeñaba un cargo bastante lucrativo de recaudador de impuestos, y para consolarse de un funesto matrimonio que antaño había contraído en Orleáns, tras dejar allí a su casquivana esposa, se dedicaba a gastar tranquilamente en París veinte o veinticinco mil libras de renta con una bellísima mujer a la que mantenían él y otros amigos tan generosos como él.

La amante del señor de Raneville no era precisamente una muchacha, era una mujer casada y por eso mismo mucho más atractiva, pues, por mucho que se diga, esa pizca de sal del adulterio aporta insospechados alicientes al placer. Era muy hermosa, tenía treinta años y el más bonito cuerpo imaginable. Separada de un marido molesto y anodino, había venido de provincias a buscar fortuna en París, y no había tardado

mucho en encontrarla Raneville, libertino por naturaleza, siempre al acecho de cualquier bocado apetitoso, no había dejado que éste se le escapara, y desde hacía tres años, a base de un trato inteligente, de derroches de ingenio y de dinero hacía olvidar a la joven en cuestión todos los pesares que el himeneo había sembrado anteriormente en su camino. Como los dos habían tenido la misma suerte, se consolaban juntos y podían comprobar esa gran verdad que, sin embargo, a nadie le sirve de escarmiento: la de que hay tantos matrimonios fracasados y, por consiguiente, tanta desdicha en el mundo porque unos padres avaros o imbéciles prefieren unir fortunas en vez de unir caracteres, pues, como decía Raneville a menudo a su amante, no cabe la menor duda de que si el destino nos hubiera unido a ambos en vez de entregaros a vos a un marido tiránico y ridículo y a mí a una desvergonzada, en lugar de haber estado recogiendo espinas durante tanto tiempo, rosas hubieran crecido bajo nuestros pies.

Un asunto sin importancia, que no vale la pena mencionar, condujo cierto día a Raneville a ese poblado cenagoso y malsano llamado Versalles, donde unos reyes que deberían ser objeto de adoración en su propia capital parecen rehuir la presencia de los súbditos que les anhelan, a donde la ambición, la venganza y la soberbia conducen día tras día a multitud de desdichados que, devorados por el hastío, van a ofrecer sacrificios al ídolo del día, donde la flor de la nobleza francesa, que tan importante papel podría desempeñar en sus posesiones, consiente, en ir a humillarse en antecámaras, hacer la corte de manera ruin a los suizos de la puerta o mendigar humildemente una cena, peor que la suya propia, en casa de uno de esos individuos a los que la fortuna saca por un instante de las brumas del olvido para sumirlos de nuevo en él poco después.

Terminadas sus gestiones, el señor de Raneville monta de nuevo en uno de esos coches a los que llaman «orinales» y en su interior se encuentra por pura casualidad con un tal señor Dutour, hombre muy parlanchín, muy gordo, muy pesado y bromista sempiterno, empleado como el señor de Raneville en el departamento de recaudación de impuestos, pero en Orleáns, su tierra, que, como acabamos de decir era igualmente la del señor de Raneville. Empiezan a charlar y Raneville, que, siempre lacónico, no revela su identidad ya conoce el nombre, los apellidos, el lugar de nacimiento y los negocios de su compañero de viaje antes de haber pronunciado una sola palabra. Tras estos detalles, el señor Dutour pasa a los de las relaciones personales.

—¿Habéis estado en Orleáns, verdad, señor? —le pregunta Dutour—. Creo que me lo acabáis de decir.

—Pasé unos meses allí, pero hace ya tiempo.

—Y, ¿conocisteis, os pregunto, a una tal señora de Raneville, una de las mayores p… que hayan vivido nunca en Orleáns?

—¿La señora de Raneville? ¿Una mujer bastante atractiva?

—La misma.

—Sí, la conocí.

—Muy bien, pues os diré confidencialmente que yo pasé con ella unos tres días,

así de sencillo. Si hay un marido cornudo puede decirse sin la menor duda que es ese pobre de Raneville.

—Y a él, ¿le conocéis?

—No, en absoluto. Es un tipo despreciable que, según dicen, se dedica a arruinarse en París con rameras y con libertinos como él.

—Nada puedo contestaros a eso, no le conozco, pero compadezco a los maridos cornudos, ¿no lo seréis vos por casualidad, caballero?

—¿Cuál de las dos cosas: cornudo o marido?

—Cualquiera de las dos; ese tipo de cosas van tan unidas hoy en día que, en verdad, es muy difícil apreciar la diferencia.

—Yo estuve casado, señor. Tuve la desgracia de casarme con una mujer que nunca se llevó bien conmigo, como tampoco a mí me agradaba su carácter. Nos separamos amistosamente; ella quiso venir a París para compartir la soledad de una pariente suya, religiosa en el convento de Sainte-Aure y vive en esa residencia desde donde me envía de vez en vez alguna noticia suya, pero no la veo nunca.

—¿Es que es devota?

—No, quizá eso habría sido mejor.

—¡Ah!, ya comprendo. ¿Y nunca habéis sentido curiosidad por enteraros de su salud, en estas ocasiones en que vuestros asuntos os traen a París?

—Pues, para ser sincero, no me gustan los conventos; amigo de la alegría, de la jovialidad, hecho para todo tipo de placer y bien relacionado en sociedad, no me apetece pasar seis meses de convalecencia por visitar una clausura.

—Pero tratándose de una esposa…

—Es una persona que puede resultar atractiva cuando se hace uso de ella, pero de la que hay que saber alejarse sin vacilaciones cuando poderosas razones así nos lo aconsejan.

—En lo que decís hay cierto resentimiento.

—No, en absoluto… hay filosofía… es la moda actual, el lenguaje de la razón, hay que adoptarlo o pasar por tonto.

—Eso hace pensar en algún defecto de vuestra mujer; contestadme esto: defecto de naturaleza, de compatibilidad o de comportamiento.

—De todo un poco… de todo un poco, caballero, pero dejémoslo, os lo ruego, y volvamos a la querida señora de Raneville. Pardiez, no comprendo que hayáis estado en Orleáns y no os hayáis divertido con esa criatura… todo el mundo lo hace.

—No todo el mundo, pues veis que yo no estuve con ella. No me gustan las mujeres casadas.

—Y si no es demasiada curiosidad, ¿puedo preguntaros en qué empleáis vuestro tiempo?

—En primer lugar en mis negocios, y después en una criatura bastante atractiva con la que voy a cenar de vez en vez.

—¿No estáis casado, caballero?

—Sí, lo estoy.

—¿Y vuestra esposa?

—Vive en provincias y allí la dejo como vos dejáis a la vuestra en Sainte-Aure.

—Casado, señor, casado e incluso sois tal vez de la hermandad; contestadme, por favor.

—¿No os he dicho ya que marido y cornudo son dos términos sinónimos? La relajación de las costumbres, el lujo… hay tantas cosas que hacen caer a una mujer.

—Sí, es muy cierto, caballero, es muy cierto. Contestáis como hombre enterado.

—No, en absoluto. ¿Así que una mujer muy hermosa os consuela, señor, de la ausencia de la esposa repudiada?

—Sí, una mujer muy hermosa, en electo, y quiero que la conozcáis.

—Señor, es un honor excesivo.

—¡Oh!, nada de cumplidos, caballero. Ya hemos llegado, os dejo libre esta noche para vuestros asuntos, pero mañana os espero sin falta a cenar en esta dilección que aquí os doy.

Raneville tiene buen cuidado de darle una falsa y en seguida avisa en su casa para que quien vaya a buscar e preguntando por el nombre que ha dado pueda encontrarle con facilidad.

Al día siguiente, el señor Dutour no falta a la cita, y como se habían tomado todas las precauciones para que incluso con un nombre falso pudiera dar con Raneville en su alojamiento, le encuentra sin dificultad. Tras los cumplidos de rigor, Dutour da muestras de impaciencia al no ver todavía a la divinidad que espera.

—¡Hombre impaciente! —le dice Raneville—, desde aquí puedo ver lo que buscan vuestros ojos… Se os ha prometido una mujer hermosa y ya tenéis ganas de revolotear a su alrededor. No me cabe la menor duda de que acostumbrado a deshonrar la frente de los maridos de Orleáns os gustaría tratar del mismo modo a los amantes de París. Apuesto a que os alegraría enormemente ponerme a la misma altura que a ese desdichado de Raneville, de quien ayer me hablasteis en términos tan elogiosos.

Dutour le contesta como hombre afortunado en amores, fatuo y, por tanto, necio. La conversación se anima un momento y Raneville coge entonces de la mano a su amigo:

—Venid —le dice—, hombre implacable; pasad al templo donde os espera la divinidad.

Con estas palabras le hacen entrar en un voluptuoso gabinete donde la amante de Raneville; que ha sido aleccionada para la broma y está al tanto de todo, se hallaba con la más elegante indumentaria, pero tapada con un velo, sobre la otomana de terciopelo. Nada ocultaba la elegancia y la hermosura de su figura; su rostro era lo único que no se podía ver.

—Una mujer hermosísima, sin lugar a dudas; pero ¿por qué privarme del placer de poder admirar sus facciones? ¿Es este, acaso, el serallo del gran Turco?

—No, de eso ni una sola palabra, es una cuestión de pudor.

—¿Cómo que de pudor?

—Así es. ¿Pensáis que yo iba a contentarme con enseñaros únicamente la figura o el vestido de mi amante? ¿Acaso sería completo mi triunfo si no os pudiera convencer, levantando todos esos velos, de hasta qué punto soy dichoso poseyendo encantos tales? Pero como esta joven es extraordinariamente recatada se ruborizaría con todos esos detalles. Ha dicho que sí a lodo, pero con la condición expresa de permanecer cubierta con un velo. Ya sabéis, señor Dutour, cómo es el pudor y la delicadeza de las mujeres; a un hombre a la moda como vos no tiene uno que enseñarle ese tipo de cosas.

—Entonces, por piedad, ¿vais a dejar que la vea?

—Por completo, ya os lo he dicho, nadie es menos celoso que yo; los placeres que se saborean a solas me resultan insípidos, sólo si puedo compartirlos me siento dichoso.

Y para hacer honor a sus máximas, Raneville empieza por levantar un pañuelo de gasa que al instante deja al descubierto el más hermoso seno que se pueda contemplar… Dutour comienza a excitarse.

—Y bien —pregunta Raneville—, ¿qué os parece esto?

—Que son los encantos de la mismísima Venus.

—Veis cómo unos pechos tan blancos y tan firmes están hechos para despertar la pasión… tocad, tocad, amigo mío, a veces la vista puede engañarnos, mi opinión en lo que se refiere al placer es que hay que emplear todos los sentidos.

Dutour acerca una mano temblorosa y acaricia extasiado el seno más hermoso del mundo y sigue sin dar crédito a la insólita complacencia de su amigo.

—Ahora más abajo —dice Raneville recogiendo hasta la cintura una falda de vaporoso tafetán, sin que nada se oponga a esta incursión—. Y bien, ¿qué decís de estos muslos? ¿Creéis que el templo del amor puede estar sostenido por columnas más hermosas?

Y Dutour sigue acariciando todo lo que Raneville va dejando al descubierto.

—¡Ah!, bribón, ya se lo que pensáis —prosigue el complaciente amigo—, ese delicado templo que las mismas Gracias han cubierto con un suave musgo… ardéis en deseos de entreabrirlo, ¿verdad? Qué digo, de besarlo, lo apuesto.

Y Dutour cegado… balbuciente… sólo contestaba con la violencia de las sensaciones que se reflejaban en sus ojos; le da ánimos… sus dedos libertinos acarician los pórticos del templo que la voluptuosidad ofrece a sus deseos: da el beso divino que le han permitido y lo saborea durante un largo rato.

—Amigo mío —exclama—, ya no puedo más. O me arrojáis de vuestra casa o dejadme que siga adelante.

—¿Cómo adelante? ¿Y a dónde diablos queréis llegar si se puede saber?

—Ay, cielos, no me comprendéis, me siento ebrio de amor, ya no puedo contenerme por más tiempo.

—¿Y si esta mujer es fea?

—Es imposible que lo sea con encantos tan sublimes.

—Si es…

—Que sea lo que quiera, os lo repito, querido amigo, ya no puedo resistir más.

—Entonces adelante, temible amigo, adelante, apagad vuestra sed ya que os es imprescindible. ¿Me estaréis agradecido al menos por mi liberalidad?

—¡Ah!, infinitamente, no lo dudéis.

Y Dutour apartaba suavemente a su amigo con la mano como para insinuarle que le dejara a solas con aquella mujer.

—¡Oh!, ¿que os deje? No, no puedo —contesta Raneville—. ¿Tan escrupuloso sois que no podéis hacerlo en mi presencia? Entre hombres no se hace caso de ese tipo de cosas. Además, esas son mis condiciones: o delante de mí o nada.

—Aunque tuviera que ser delante del diablo —contesta Dutour no pudiendo contenerse por más tiempo y precipitándose al santuario en que va a quemar su incienso; ya que así lo queréis, acepto cualquier cosa…

—Y bien —le pregunta Raneville flemáticamente—, ¿habéis sido engañado por las apariencias?; las delicias que tales encantos os prometían, ¿son reales o ilusorias…? ¡Ah!, nunca, nunca he visto nada tan voluptuoso.

—Pero ese maldito velo, amigo mío, ese pérfido velo, ¿no me dejaréis que lo levante?

—Sí, desde luego… en el último momento, en ese momento tan sublime en que todos nuestros sentidos son seducidos por la embriaguez de los dioses, embriaguez que nos hace sentirnos tan dichosos como ellos y, a menudo, incluso superiores. La sorpresa hará más intenso vuestro éxtasis: al placer de gozar de la mismísima Venus añadiréis la inexpresable delicia de contemplar los rasgos de Flora y, todo a un tiempo para colmar vuestra dicha, os sumergiréis así mucho mejor en ese océano de placer en el que el hombre sabe encontrar tan dulcemente el consuelo de su existencia… Me haréis una señal…

—¡Oh!, ya lo estáis viendo —responde Dutour—, me estoy acercando a ese momento.

—Sí, ya lo veo, estáis excitado.

—Excitado hasta tal punto… ¡Oh!, amigo mío, estoy llegando a ese instante sublime; arrancad, arrancad esos velos para que pueda contemplar el mismísimo cielo.

—Ya está —contesta Raneville retirando la gasa—, pero tened cuidado no vaya a ser que al lado de ese paraíso este el infierno.

—¡Oh, cielos! —exclama Dutour al reconocer a su mujer—, pero cómo… sois vos, señora… caballero, esta pesada broma… mereceríais… esta infame…

—Un momento, hombre fogoso, un momento; vos sois quien os merecéis cualquier cosa. Aprended, amigo mío, que hay que ser algo más circunspecto con la gente a la que no se conoce de lo que ayer fuisteis conmigo. Ese desdichado

Raneville a quien tan mal habéis tratado en Orleáns… soy yo, señor; pero podéis ver cómo os lo devuelvo en París; por lo demás habéis hecho más progresos de los que creéis, pensabais que yo era el único que tenía cuernos y os los acabáis de poner vos mismo.

Dutour entendió la lección, tendió la mano a su amigo y reconoció que había recibido lo que se merecía.

—Pero esta pérfida…

—Y bien, ¿no hace lo mismo que vos? ¿Cuál es esa bárbara ley que encadena a ese sexo de forma tan inhumana dándonos a nosotros toda la libertad? ¿Es eso equitativo? ¿Y con qué derecho de la naturaleza vais a encerrar a vuestra mujer en Sainte-Aure mientras os dedicáis en París o en Orleáns a poner los cuernos a otros maridos? Amigo mío, eso no es justo; esta adorable criatura, cuyo valor no supisteis apreciar, vino también en busca de otras conquistas. Hizo muy bien y se encontró conmigo; yo la hago feliz, haced vos que lo sea la señora de Raneville, lo acepto, vivamos felices los cuatro y que haya víctimas del destino, pero no de los hombres.

Dutour reconoció que su amigo tenía razón, pero por una inconcebible fatalidad se sintió entonces perdidamente enamorado de su esposa; Raneville, a pesar de su causticidad, era demasiado generoso de corazón para resistir a las súplicas de Dutour para que le permitiera volver junto a su mujer, la joven se mostró conforme y este desenlace singular proporcionó un ejemplo inestimable de los designios del destino y de los caprichos del amor.

La Ley del Talión

Un honesto burgués de la Picardía, descendiente tal vez de uno de aquellos ilustres trovadores de las riberas del Oise o del Somme, cuya olvidada existencia acaba de ser rescatada de las tinieblas apenas hace diez o doce años por un gran escritor de este siglo; un burgués bueno y honrado, repito, vivía en la ciudad de San Quintín, tan célebre por los grandes hombres que ha dado a la literatura, y vivían allí honradamente él, su mujer y una prima en tercer grado, religiosa en un convento de la ciudad. La prima en tercer grado era una muchacha morena, de ojos vivaces, nariz respingona y esbelto talle. Fastidiada por tener veintidós años y por ser religiosa desde hacía ya cuatro, la hermana Petronila, pues ese era su nombre, poseía además una bonita voz y mucho más temperamento que religión. En cuanto a Esclaponville, que así se llamaba nuestro burgués, era un joven gordinflón de unos veintiocho años a quien por encima de todo le gustaba su prima y no tanto, ni muchísimo menos, la señora de Esclaponville, pues venía acostándose con ella desde hacía ya diez años y un hábito de diez años resulta verdaderamente funesto para el fuego del himeneo. La señora de Esclaponville —hay que hacer su descripción, pues, ¿qué ocurriría si no cuidásemos las descripciones en un siglo en el que sólo hay demanda de cuadros?, en el que incluso una tragedia puede no ser aceptada si los vendedores de telones no ven en ella seis cambios de decorado, por lo menos—; la señora de Esclaponville, repito, era una rubianca algo insípida pero blanca como la nieve, con unos ojos bastante bonitos, algo entrada en carnes y con esos mofletes que se suelen atribuir a una buena vida.

Hasta el momento en que nos hallamos, la señora de Esclaponville ignoraba que pudiera existir una forma de vendarse de un esposo infiel. Prudente como su madre, que había vivido ochenta y tres años con el mismo hombre sin haberle sido infiel jamás, era todavía tan ingenua y tan candorosa que no podía ni siquiera sospechar ese espantoso crimen que los casuistas han denominado adulterio y que los sofisticados, que todo lo suavizan, han calificado simplemente de galantería. Pero una mujer traicionada pronto recibe consejos de venganza de su resentimiento, y como nadie quiere quedarse a la zaga, en seguida que se le presenta la ocasión no hay cosa alguna que la arredre para que nada le puedan reprochar. La señora de Esclaponville se enteró, al fin, de que su querido esposo visitaba con excesiva frecuencia a la prima en tercer grado; el demonio de los celos se apodera de su alma, acecha, se informa y acaba por descubrir que hay muy pocas cosas en San Quintín tan probadas como los amoríos de su esposo y de sor Petronila. Segura de su efecto, la señora de Esclaponville declara finalmente a su marido que la conducta que observa la desgarra el alma; que ella nunca ha merecido un comportamiento semejante, y le ruega que no siga haciendo de las suyas.

—¿De las mías? —le contesta flemáticamente su marido—. ¿No sabes, amiga mía, que acostándome con mi prima la religiosa gano mi salvación? Con una intriga

tan santa e alma queda limpia; es como identificarse con el Ser supremo; es como si el Espíritu Santo tomara cuerpo dentro de uno mismo. No puede haber ningún pecado, mujer con personas consagradas a Dios; purifican todo lo que se hace con ellas, y frecuentarlas suele despejar el camino hacia la beatitud celestial.

La señora de Esclaponville; no muy satisfecha del éxito de su amonestación, no despegó los labios, pero jura en su fuero interno que ya sabrá encontrar alguna forma de elocuencia más persuasiva… Lo malo de esto es que las mujeres siempre encuentran lo que buscan: por poco atractivas que sean, no tienen más que invocarlos y los vengadores les llueven por todas partes.

En la ciudad vivía cierto vicario de parroquia al que llamaban el padre Bosquet, un buen mozo de unos treinta años que andaba detrás de todas las mujeres y que estaba haciendo un bosque con las frentes de todos los maridos de San Quintín. La señora de Esclaponville conoció al vicario; como es inevitable, el vicario conoció a su vez a la señora de Esclaponville y los dos llegaron a conocerse tan a fondo que ambos hubieran podido pintar un retrato de cuerpo entero del otro sin temor a la más pequeña equivocación. Al cabo de un mes todos acudieron a felicitar al bueno de Esclaponville, que se jactaba de ser el único que había escapado a las temibles galanterías del vicario y de poseer la única frente aún no mancillada por aquel granuja.

—Eso no puede ser —contesta Esclaponville a quienes se lo contaban—, mi mujer es tan virtuosa como una Lucrecia, no lo creería aunque me lo repitieran mil veces.

—Entonces, ven —le dice uno de los amigos—, ven y haré que te convenzas con tus propios ojos y luego ya velemos si sigues dudándolo.

Esclaponville se deja llevar y su amigo le conduce a un paraje solitario, a una media legua de la ciudad, donde el Somme, encajonado entre dos arboledas frescas y cubiertas de flores, invita a los habitantes de la ciudad a un delicioso baile; pero como la cita era a una hora en la que por lo general nadie se está bañando todavía, nuestro infortunado esposo apura el amargo trago de ver cómo aparece primero su virtuosa mujer y acto seguido su rival sin que nadie venga a estorbarles.

—¿Y qué? —le pregunta su amigo a Esclaponville—, ¿ya te empieza a picar la frente?

—Todavía no —contesta el burgués rascándosela, no obstante, sin darse cuenta —, a lo mejor viene aquí a confesarse.

—Entonces esperemos al desenlace —responde su amigo.

No tuvieron que esperar demasiado. Nada más llegar a la deliciosa sombra del oloroso seto, el padre Bosquet se despoja de todo cuanto pudiera constituir un estorbo para los amorosos abrazos que maquina y pone manos a la obra santamente para elevar, quizá ya por trigésima vez, al bueno y honrado de Esclaponville a la altura de los restantes maridos de la ciudad.

—Y bien, ¿ahora lo crees? —le pregunta el amigo.

—Volvamos —responde agriamente Esclaponville— porque a fuerza de creerlo podría muy bien matar a ese maldito cura y me harían pagarlo más caro de lo que vale; volvamos, amigo mío, y guardadme el secreto, os lo ruego.

Sumido en la mayor turbación, Esclaponville regresa a su casa y su beatífica esposa aparece poco después para comer en su casta compañía.

—¡Un momento! —exclama el burgués, furioso—. Mujer, siendo aún un niño juré a mi padre que nunca me sentaría a la mesa con prostitutas.

—¿Con prostitutas? —le contesta beatíficamente la señora de Esclaponville—. Amigo mío, vuestras palabras me asombran, ¿es que tenéis acaso algo que reprocharme?

—¡Pero cómo, carroña! ¿Que si tengo algo que reprocharos? ¿Qué es lo que habéis ido a hacer esta tarde a os baños con nuestro vicario?

—¡Oh, Dios mío! —responde la dulce esposa—. ¿Sólo es eso? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—¡Cómo, diablos, que si es eso todo…!

—Pero, amigo mío, yo he seguido vuestros consejos. ¿No me dijisteis que no había nada de malo en acostarse con gente de la Iglesia, que el alma se purificaba con una intriga tan santa, que era como identificarse con el Ser supremo, hacer que el Espíritu Santo entrara dentro de uno y abrirse; en una palabra, el camino de la beatitud celestial…? Pues bien, hijo mío, yo no he hecho más que lo que me indicasteis, por lo que soy una santa y no una ramera. ¡Ah!, y os añado que si alguna de esas almas elegidas de Dios tiene medios para abrir, como vos decíais, el camino de la beatitud celestial, tiene que ser, sin duda, la del señor vicario, pues yo no había visto nunca una llave tan grande.

El presidente burlado

Con mortal pesadumbre veía el marqués de d'Olincourt, coronel de dragones, hombre rebosante de ingenio, de gracia y de vitalidad, cómo la señorita de Téroze, su cuñada, iba a pasar a los brazos de uno de los seres más nauseabundos que hayan pisado la superficie del globo. Esta encantadora joven, de dieciocho años de edad, fresca como Flora y formada como las Gracias, amada desde hacía cuatro años por el joven conde de Elbéne, segundo coronel del regimiento de d'Olincourt, no podía tampoco dejar de estremecerse al ver cómo se acercaba el instante fatal que debía, al unirla al repelente esposo que le destinaban, separarla para siempre del único hombre que era digno de ella. ¿Pero cómo evitarlo? La señorita de Téroze tenía un padre anciano, hipocondríaco y gotoso que lamentablemente opinaba que ni los atractivos ni las dotes personales eran los que debían informar los sentimientos de una muchacha para con su marido, sino, única y exclusivamente, la razón, la edad madura y sobre todo la profesión; que la profesión de magistrado era la más considerada, la más majestuosa de todas las profesionales de la monarquía, y no sólo eso, sino también la que a él más le gustaba de todas; su hija tenía que ser forzosamente, con un magistrado. No obstante, el anciano barón de Téroze había casado a su hija mayor con un militar, peor aún, con un oficial de dragones; ésta, con un carácter perfecto para serlo en cualquier circunstancia, era tremendamente feliz y no tenía ningún motivo para lamentarse de la elección de su padre. Pero todo eso no importaba lo más mínimo; si ese primer matrimonio había salido bien se debía al azar; de hecho sólo un magistrado podía hacer plenamente feliz a una hija; dando esto por sentado, había que buscar un picapleitos, y de todos los picapleitos imaginables el más grato a los ojos del anciano barón era un tal señor Fontanis, presidente del parlamento de Aix, a quien antaño había conocido en Provenza, por lo que, sin darle más vueltas, el señor de Fontanis era el que tenía que casarse con la señorita de Téroze. Poca gente puede imaginarse a un presidente del parlamento de Aix; es una especie de bestia de la que se ha hablado a menudo, pero sin conocerla a fondo, rigorista por profesión, meticuloso, crédulo, testarudo, vano, cobarde, charlatán y estúpido por carácter, estirado en sus ademanes como un ganso, pronunciando las erres como un polichinela; enjuto, largo, flaco y hediondo como un cadáver por lo general. Se diría que toda la bilis y la severidad de la magistratura del reino habían buscado cobijo en el templo de la Themis provenzal, para trasladarse desde allí en caso de necesidad cada vez que un tribunal francés tiene que presentar alguna queja o tiene que ahorcar a algún ciudadano. Pero el señor Fontanis superaba este ligero esbozo de sus colegas. Por encima de la figura chupada y algo encorvada que acabamos de describir, en el señor de Fontanis podía apreciarse un occipucio estrecho, no muy bajo, empinadísimo hacia arriba, rematado por una frente macilenta tapada magistralmente por una peluca con confeccionada para ocasiones diversas, de un modelo que aún no se había visto en París; dos piernas algo torcidas sostenían con notable esfuerzo ese

campanario ambulante, de cuyo pecho se despedía, no sin ciertas molestias para los circundantes, una voz chillona que declamaba enfáticamente largos cumplidos mitad franceses, mitad provenzales, tras los que él mismo nunca dejaba de sonreír con tal abertura de la boca, que se podía contemplar hasta la campanilla una sima negruzca, desprovista de dientes, excoriada en varios sitios y que no se parecía mal del todo a la abertura de cierto asiento que, dada la estructura de nuestra incorregible humanidad, tan pronto es trono de reyes como lo es de unos pastores. Al margen de estos atractivos físicos, el señor de Fontanis tenía pretensiones de hombre cultivado Después de haber soñado una noche que había subido al séptimo cielo con San Pablo, se consideraba el mejor astrónomo de Francia; comentaba las leyes como Farinacius y Cujas, y a menudo se le oía decir, como a esos grandes hombres y como a sus colegas que no son grandes hombres ni por asomo, que la vida de un ciudadano, su fortuna, su honor, su familia, en fin, todo lo que la sociedad considera sagrado, de nada vale cuando hay que investigar un crimen, y que vale mil veces más arriesgar la vida de quince inocentes que salvar por falta de celo la de un culpable, pues el cielo es justo si los parlamentos no lo son, y el castigo de un inocente no presenta otro inconveniente que enviar un alma al paraíso, mientras que el hecho de salvar a un culpable amenaza con multiplicar los crímenes sobre la tierra. Solamente una clase de individuos tenía cierto albedrío sobre el alma acorazada del señor de Fontanis: Ja de las rameras, por más que, por lo general, no hiciese gran uso de ellas; aunque apasionadísimo, era de naturaleza reacia y poco emprendedora y sus deseos siempre sobrepasaban con mucho sus posibilidades. El señor de Fontanis aspiraba a tramitar su apellido a la posteridad, eso era todo, pero lo que inducía a este ilustre magistrado a mostrarse indulgente con las sacerdotisas de Venus era que, en su opinión, pocas ciudadanas resultaban tan útiles al Estado como ellas, pues, por medio de sus trapacerías, de sus imposturas y de su charlatanería, se podía llegar a descubrir una infinidad de delitos ocultos, y el señor de Fontanis, eso hablaba en su favor, era un enemigo jurado de todo lo que los filósofos llaman debilidades humanas.

Esta mezcla un tanto grotesca de físico ostrogodo y de moral de Justiniano salió por primera vez de la ciudad de Aix en abril de 1779 y fue a alojarse, reclamado por el señor barón de Téroze, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, al hotel de Dinamarca, no lejos de la residencia del barón. Como era la época de la feria de Saint-Germain, todo el mundo en ese hotel pensó que el sorprendente animal había venido a exhibirse. Uno de esos seres oficiosos que siempre prestan sus servicios en esa clase de establecimientos públicos, incluso llegó a proponerle que fuera a avisar a Nicolet, que estaría encantado de prepararle un camerino, a menos que prefiriera debutar con Audinot. El presidente contestó: «Cuando era un niño, mi niñera me advirtió que el parisino era un pueblo cáustico y chistoso que nunca haría justicia a mis cualidades, pero mi proveedor de pelucas añadió, a pesar de eso, que mi peluca les impresionaría. ¡Ah, el pueblo; bromea cuando se muere de hambre y canta cuando le machacan! ¡Oh!, siempre lo he dicho: a esa gente le haría falta una inquisición

como en Madrid o un patíbulo siempre levantado, como el de Aix».

Entretanto, el señor de Fontanis, tras el aseo que no hizo sino realzar el brillo de sus sexagenarios encantos, con unas inyecciones de agua de rosas y de lavanda, que en este caso no eran precisamente ornamentos ambiciosos, como dice Horacio, después de todo esto, y tal vez de algunas otras precauciones que no han llegado a nuestro conocimiento, fue a hacer acto de presencia a casa de su amigo, el anciano barón. Se abre la puerta de par en par, se le anuncia y el presidente pasa adentro. Por desgracia para él, las dos hermanas y el conde de d’Olincourt estaban divirtiéndose juntos como verdaderos niños en un rincón de la sala, y cuando apareció esta figura, por más que se esforzaron, les fue imposible evitar tal carcajada que la grave compostura de magistrado provenzal se vio prodigiosamente alterada; largo tiempo había ensayado delante de un espejo su reverencia de presentación y la estaba repitiendo bastante pasablemente cuando la desafortunada carcajada que profirieron nuestros jóvenes casi hizo que el presidente permaneciera curvado en forma de arco mucho más tiempo del que había previsto; se alzó, no obstante; una severa mirada del barón a sus tres hijos les hizo recobrar la seriedad y el respeto y empezó la conversación.

El barón, que quería liquidar de prisa aquel asunto y que ya había hecho todas las composiciones de lugar, no dejó que acabara esta primera entrevista sin anunciar a la señorita de Téroze que ése era el marido que le destinaba y que debería entregarle su mano dentro de ocho días como muy tarde. La señorita de Téroze no contestó nada; el presidente se marchó y el barón volvió a repetir que deseaba ser obedecido. La circunstancia era de las más crueles: no sólo esta hermosa joven adoraba al señor de Elbéne, no sólo le idolatraba, sino que, además, tan frágil como sensible, ya había por desgracia permitido a su delicioso amante cortar esa flor que, muy distinta de las rosas con las que a veces se la compara, no posee como aquéllas la facultad de renacer a cada primavera. Ahora bien, ¿qué iba a pensar el señor de Fontanis…, un presidente del Parlamento de Aix…, cuando viese ya hecha su tarea? Un magistrado provenzal puede tener sus ridiculeces, son normales en su clase, pero aun así sabe lo que son las primicias y se siente muy contento de recibir las de su mujer al menos una vez en su vida. Esto era lo que paralizaba a la señorita de Téroze, la cual, aunque muy juguetona y muy vital, poseía sin embargo toda la delicadeza que conviene a una mujer en esas circunstancias y sabía perfectamente lo poco que la iba a estimar su marido si llegaba a darse cuenta de que había sido capaz de faltarle al respeto aun antes de conocerle; pues no hay nada tan rígido como nuestros prejuicios sobre esa materia: no sólo una desventurada muchacha tiene que sacrificar todos los sentimientos de su corazón al marido que sus padres le buscan, sino que incluso se la considera culpable si antes de conocer al tirano que va a esclavizarla ha podido, prestando oídos tan sólo a la naturaleza, seguir su voz. La señorita de Téroze confió sus preocupaciones a su hermana, que, mucho más jovial que mojigata y mucho más comprensiva que devota, se puso a reír como una loca ante la revelación y dio parte a

su grave esposo, quien decidió que estando ciertas cosas en tal estado de rotura y de deterioro había que guardarse muy bien de ofrecerlas a los sacerdotes de Themis, pues esos señores no se andan con bromas en cosas de semejante importancia, y tan pronto como su pobre hermanita se encontrara en la ciudad del «patíbulo siempre levantado», podían muy bien hacer que subiese a él para convertirla en víctima del pudor. El marqués afirmó después de la cena que poseía cierta erudición y que los provenzales eran una colonia egipcia, que los egipcios hacían sacrificios muy a menudo con muchachas jóvenes y que un presidente del Parlamento de Aix, que se considera a sí mismo un colono egipcio, podría hacer que le cortaran a su hermanita el más hermoso cuello del mundo…

Esos «colonos presidentes» son auténticos rebanadores de cabezas; cortan una nuca con la misma facilidad que una corneja arroja nueces, sea justo o no sea justo, no se paran en mientes; el rigorismo lleva, como la propia Themis, una venda sobre los ojos puesta por la estupidez, y en la ciudad de Aix los filósofos nunca han conseguido quitársela…

Decidieron reunirse a deliberar: el conde, el marqués, la señora de d’Olincourt y su adorable hermana fueron a cenar a un pequeño pabellón del marqués en el bosque de Bolonia y allí el severo areópago dictaminó, en un enigmático estilo parecido a las respuestas de la sibila de Cumas o a las sentencias del Parlamento de Aix, pues el pretendido origen egipcio servía de pretexto para el jeroglífico, que «el presidente se casaría y no se casaría lo más mínimo». Dictada la sentencia, instruidos convenientemente los actores, regresan todos a casa del barón: la joven no pone el menor reparo a su padre; d’Olincourt y su mujer le aseguran que un enlace tan bien concertado es para ellos una auténtica alegría, se muestran extrañamente cariñosos con el presidente, procuran no reírse cuando está presente y se granjean tan a fondo las simpatías del yerno y del cuñado que uno y otro dan su consentimiento para celebrar los misterios del himeneo en el castillo de d’Olincourt, cerca de Melun, espléndida finca perteneciente al marqués. Todos aceptan, únicamente el barón —dice— esta desolado por no poder participar en los placeres de una fiesta tan deliciosa, pero si puede irá a verlos. Al fin llega el día, los cónyuges son sacramentalmente unidos en Saint-Sulpice, muy temprano por la mañana, sin el menor boato, y aquel mismo día parten para Olincourt. Disfrazado con el nombre y uniforme de La Brie, ayuda de cámara de la marquesa, el conde de Elbéne recibe a la comitiva a su llegada y, terminada la cena, conduce a los esposos a la cámara nupcial, cuya decoración y maquinaria eran de su invención y por él igualmente iban a ser manejadas.

—Verdaderamente, preciosa —exclama el enamorado provenzal tan pronto como se queda a solas con su pretendida—. Poseéis encantos que podrían ser los de la mismísima Venus. Ignoro dónde los habréis adquirido, pero se podría recorrer toda Provenza sin encontrar nada que os iguale.

Y acto seguido empieza a pasar la mano por las enaguas de la pobre Téroze, que

no sabía qué hacer, si dejarse llevar de la risa o del miedo.

—Por aquí, por allá y por todas partes, que Dios me condene y que no vuelva nunca a juzgar a una ramera si estas no son las formas del amor bajo los espléndidos faldones de su madre.

Mientras tanto entra La Brie llevando dos platillos dorados; ofrece uno a la joven esposa y otro al señor presidente:

—Bebed, castos esposos —dice—, y que ambos halléis en este bebedizo las dádivas del amor y los dones del himeneo.

—Señor presidente —continúa La Brie a ver que el magistrado quiere saber a qué viene ese brebaje—, esta es una tradición parisiense que se remonta al bautismo de Clodoveo: es costumbre entre nosotros que antes de que celebréis los misterios a los que ambos os vais a consagrar encontréis en este lenitivo, purificado por la bendición del obispo, las fuerzas necesarias para una empresa.

—¡Ah!, claro que sí, con mucho gusto —contesta el magistrado—, traed, traed, amigo mío… Pero ¡diantre!, si echáis leña al fuego que vuestra joven ama se ponga en guardia, pues ya estoy excitadísimo, y si me ponéis en un estado tal que ni me reconozca, no sé lo que va a pasar.

El presidente bebe, su joven esposa le imita, los criados se retiran y ellos se acuestan, pero apenas lo han hecho cuando le acometen al presidente unos dolores de tripas tan intensos, una necesidad tan apremiante de aliviar su débil naturaleza por el lado opuesto al que tendría que ser, que, sin el menor cuidado por el sitio en que se halla, sin ningún respeto hacia aquella que comparte su lecho, inunda la cama y sus inmediaciones con un diluvio de bilis tan considerable que la señorita de Téroze, despavorida, tiene el tiempo justo para bajarse y pedir auxilio. Van acudiendo el señor y la señora de d’Olincourt, que habían tenido buen cuidado de no irse a la cama; llegan a toda prisa. El consternado presidente se cubre con las sábanas para que no le vean, sin darse cuenta de que cuanto más se tapa más se ensucia, y al final presenta un aspecto tan horroroso y repugnante que su joven esposa y todos los presentes se retiran, lamentando vivamente su estado y asegurándole que al instante avisarán al barón para que envíe en seguida a castillo a uno de los mejores médicos de la capital.

—¡Oh, cielos! —exclama el desdichado presidente, presa de la consternación, cuando se queda a solas—. ¿Qué aventura es ésta? Yo creía que sólo se podía descargar de esta forma en palacio y sobre flores de lis, pero la noche de bodas y en el lecho de la parienta, realmente no lo comprendo.

Un teniente del regimiento de Olincourt, llamado Delgatz, que para cuidar de los caballos del regimiento había estudiado dos o tres cursos en la escuela de Veterinaria, no dejó de acudir al día siguiente con los títulos y emblemas de uno de los más famosos hijos de Esculapio. Aconsejaron al señor de Fontanis que hiciera acto de presencia con una simple bata de casa, y la señora presidente de Fontanis, a la que, no obstante, aún no deberíamos dar ese nombre, no ocultó a su marido lo atractivo que le encontraba con ese atuendo: llevaba una bata de casa de damasco amarillo con rayas

rojas hasta la cintura, adornada con cenefas y chorreras; por debajo, un corto chaleco de estameña marrón, calzones de marinero del mismo color y un bonete de lana roja; todo, ello realzado por la atractiva palidez que el accidente de la víspera incrementó de tal manera el amor de la señorita de Téroze que no quería dejarle solo ni un minuto.

—¡Pobrecita! —decía el presidente—. ¡Cómo me quiere! Sin duda es la mujer que el cielo me destinaba para ser feliz; me he portado muy mal la noche pasada, pero no siempre tiene uno diarrea.

Entretanto llega el médico, toma el pulso a su paciente y, sorprendido por su debilidad, le demuestra con los aforismos de Hipócrates y los comentarios de Galeno que si no se restablece por Ja noche bebiéndose para cenar media docena de botellas de vino de España o de Madeira, le será imposible lograr la deseada desfloración; en cuanto a la indigestión de la víspera, le aseguró que no era nada.

—Eso ocurre —le dijo— cuando la bilis no ha sido bien filtrada por los vasos del hígado.

—Pero —le pregunta el marqués—, ¿no era peligroso ese trastorno?

—Os ruego que me perdonéis, señor —contestó gravemente el acólito del templo de Epidauro—, pero en medicina no hay nunca causas pequeñas que no puedan llegar a tener consecuencias si la profundidad de nuestro arte no corta en seguida sus efectos. Ese trastorno podría producir una alteración considerable en el organismo del señor; esa bilis infiltrada, llevada por el cayado de la aorta a la arteria subclavia, transportada desde allí por las carótidas a las delicadas membranas del cerebro, al alterar la circulación de los espíritus animales, pues anula su actividad natural, hubiera podido producir la locura.

—¡Oh, cielos! —exclamó la señorita de Téroze sollozando—. ¡Mi marido loco! Hermana mía, ¡mi marido loco!

—Tranquilizaos, señora, no es nada, gracias a la prontitud de mis cuidados, y yo me hago responsable del enfermo.

Con estas palabras la alegría renació en todos los corazones. El marqués de d’Olincourt abrazó con ternura a su cuñado, le testimonió de forma provinciana e impetuosa el vivo interés que le inspiraba y ya no hubo más que animación. El marqués recibía aquel día a sus vasallos y vecinos; el presidente quiso ir a acicalarse, se lo prohibieron y se divirtieron presentándole con la mencionada indumentaria a toda la población de los alrededores.

—¡Pero qué bien está así! —comentaba a cada momento la marquesa con mordacidad—. Realmente, señor de Olincourt, si antes de conoceros hubiera sabido que la soberana magistratura de Aix contaba con personas tan encantadoras como mi querido cuñado, os aseguro que habría elegido esposo entre los miembros de esa respetable asamblea.

Y el presidente le daba las gracias y se agachaba, riéndose burlonamente, haciendo muecas de vez en vez delante de los espejos y diciéndose a sí mismo en voz

baja: «Realmente no estoy nada mal». Al fin llegó la hora de la cena; hicieron que se quedara el maldito médico, a quien como bebía como un suizo, no le costó demasiado convencer a su paciente para que le imitara. Habían tenido buen cuidado de colocar a su alcance vinos espiritosos que, al trastornar con notable rapidez los órganos de su cerebro, pusieron al presidente en el estado que deseaban. Se levantaron de la mesa, el teniente, que había representado magistralmente su papel, se fue a la cama y a la mañana siguiente desapareció. En cuanto a nuestro héroe, su mujer se había hecho cargo de él y le condujo al lecho nupcial. Todos le escoltaron triunfalmente, y la marquesa, siempre encantadora pero mucho más cuando había bebido un poco de champaña, le comentó que se había excedido y que se temía que, trastornado por los vapores de Baco, el amor aún no pudiera encadenarle aquella noche.

Esto no es nada, señora marquesa —contestó el presidente—. Esos dioses seductores, cuando se juntan, son todavía más temibles. En cuanto a la razón, que se pierda con el vino o en las llamas del amor, como se puede prescindir de ella, ¡qué importa a cuál de esas dos divinidades se la sacrifique! Nosotros, los magistrados, de lo que mejor sabemos prescindir es de la razón; desterrada de nuestros tribunales tanto como de nuestras cabezas, nos divertimos pisoteándola, y eso es lo que hace que nuestras sentencias sean verdaderas obras maestras, pues aunque no tienen el menor sentido común son ejecutadas con tanta firmeza como si se supiera lo que quieren decir. Aquí donde me veis, señora marquesa —prosiguió el presidente dando traspiés y recogiendo su rojo bonete que una momentánea pérdida de equilibrio acababa de separar de su cráneo pelado—, sí, en honor a la verdad, aquí donde me veis, soy uno de los mejores cerebros de mi cuadrilla; fui yo quien convenció a mis ingeniosos colegas, el año pasado, para que desterraran por diez años de la provincia, arruinándole de esa forma para siempre, a un gentilhombre que había servido cabalmente al rey en todo momento, y todo por un puñado de rameras. Hubo discusiones, yo di mi opinión y el rebaño se plegó a mi voz… Sabéis, señora, a mí me gustan las buenas costumbres, la templanza y la sobriedad; todo lo que está en contra de tales virtudes me subleva y lo castigo sin miramientos; hay que ser severo, la severidad es la hija de la justicia… y la justicia es la madre de… Os ruego que me disculpéis, señora, hay ocasiones en que la memoria me juega estas pasadas.

—Sí, sí, eso es muy justo —contestó la marquesa marchándose y llevándose a todo el mundo—. Cuidad tan sólo de que esta noche no os pase como vuestra memoria, pues, en fin, hay que terminarlo y mi hermanita, que os adora, no va a conformarse eternamente con abstinencia semejante.

—No temáis nada, señora, no temáis nada —continuó el presidente queriendo seguir de nuevo a la marquesa con pasos un tanto circunflejos—. No tengáis miedo; os prometo que mañana os la devuelvo como señora de Fontanis; tan cierto como que soy hombre de honor. ¿Verdad, pequeña? —prosiguió el picapleitos volviéndose hacia su esposa—. ¿No estáis de acuerdo conmigo en que esta noche nuestra tarea quedará hecha de una vez…? Ya podéis ver cómo lo desean; no hay un solo miembro

de vuestra familia que no se sienta orgulloso de emparentar conmigo; nada honra tanto a una casa como un magistrado.

—¿Y quién lo duda, señor? —contestó la joven—. Os aseguro que en lo que a mí respecta jamás me he sentido tan orgullosa como desde que oigo que me llaman señora presidente.

—No me cuesta creeros; vamos, desnudaos, astro mio, siento cierta pesadez y me gustaría, si es posible, concluir nuestra operación antes de que el sueño me venza por completo.

Pero como la señora de Téroze, como es habitual entre las recién casadas, nunca ponía punto final a su aseo, como nunca encontraba lo que buscaba, no paraba de regañar a sus doncellas y no acababa nunca, el presidente, que no podía con su alma, optó por meterse en la cama conformándose con gritar durante un cuarto de hora:

—Pero, venga pardiez, venid; no puedo explicarme lo que estáis haciendo. Dentro de un momento ya no tendremos tiempo.

Pero a pesar de todo no terminaba nunca, y como en el estado de embriaguez en que se hallaba nuestro moderno Licurgo le era difícil apoyar la cabeza sobre una almohada sin quedarse dormido, se dejó vencer por la más apremiante de sus necesidades. Y estaba ya roncando como si hubiera juzgado a alguna ramera de Marsella antes de que la señorita de Téroze se hubiera siquiera cambiado de camisa.

—Así está muy bien —dice el conde de Elbéne entrando sigilosamente en la habitación—. Ven, amor mío, ven a concederme los momentos de dicha que esa grosera bestia desearía arrebatarnos.

Con estas palabras se lleva al adorado objeto de su idolatría. Las luces se apagan en la cámara nupcial, cubren en seguida el suelo con colchones y, a una señal, la parte del lecho ocupada por nuestro picapleitos es separada del resto y por medio de unas poleas se eleva a veinte pies del suelo, sin que el soporífero estado en que se encuentra nuestro legislador le permita darse cuenta de nada. Sin embargo, hacia las tres de la mañana, despertado por cierta plenitud de la vejiga, acordándose de que ha visto cerca de él una mesita con el recipiente apropiado para vaciarla, extiende su mano a tientas. Extrañado al no encontrar más que vacío a su alrededor se incorpora, pero la cama que está suspenda únicamente por unas cuerdas sigue el movimiento del que se inclina y acaba por ceder de tal forma que, basculando todo su peso, vomita en medio del dormitorio el lastre que la sobrecarga. El presidente cae sobre los colchones allí dispuestos y su sorpresa es tan grande que se pone a aullar como un ternero al que llevan al matadero.

—Pero ¿qué diablos es esto? —se pregunta—. Señora, señora, estáis ahí, ¿verdad? Muy bien. ¿Comprendéis algo de esta caída? Ayer me acuesto a cuatro pies del suelo y, mira por donde, para coger mi orinal me caigo desde más de veinte de altura.

Pero como nadie contesta a sus delicadas quejas el presidente, que después de todo no se sentía tan mal acomodado, renuncia a sus averiguaciones y acaba allí la

noche como si la hubiera pasado en su jergón provenzal. Tuvieron buen cuidado tras la caída de bajar un poco la cama de nuevo y acoplarla a la parte de la que se había separado No parecía formar más que un único lecho, y hacia las nueve de la mañana la señorita de Téroze regresó sigilosamente a su alcoba; apenas entra abre las ventanas y llama a sus doncellas.

—Realmente, señor —le dice al presidente—, hay que reconocer que vuestra compañía no es nada agradable, y no voy a dejar de quejarme a mi familia de los modales que estáis mostrando conmigo.

—¿Qué es esto? —dice el presidente algo más sobrio, frotándose los ojos y sin entender nada del accidente que le hace estar por tierra.

—Pero ¿cómo?, pues es que —contesta la joven esposa haciendo gala de su mejor sentido del humor—, cuando guiada por los movimientos que debían unirme a vos me iba acercando a vuestra persona para recibir la confirmación de esos mismos sentimientos de vuestra parte, me rechazáis con furor y me arrojáis al suelo…

—¡Oh, cielos! —exclama el presidente—. Mirad, pequeña mía, empiezo a entender algo de todo esto. Os pido mil perdones… Es que esta noche, apremiado por la necesidad, intentaba satisfacerla por cualquier medio, y con los movimientos que hice cuando me bajé de la cama sin duda os eche fuera a vos también; pero todo esto es tanto más disculpable, puesto que sin duda estaba soñando y creí que me había caído desde más de veinte pies de altura. Vamos, no es nada, no es nada, ángel mío. Esta noche volveremos a empezar y os aseguro que me portaré como es debido. No voy a beber más que agua; pero, por lo menos, dadme un beso, corazoncito mío, y hagamos las paces antes de aparecer en público, pues de lo contrario pensaría que seguís enfadada conmigo y eso no lo desearía ni por un imperio.

La señorita de Téroze accede a presentar una de sus mejillas de rosa, aún encendida por el fuego del amor, a los sucios besos del viejo fauno. Acuden los demás y los dos cónyuges ocultan cuidadosamente la desdichada catástrofe nocturna.

Todo el día transcurre consagrado a distracciones y sobre todo a paseos que, al alejar al señor de Fontanis del castillo, daban tiempo a La Brie para preparar nuevas escenas. El presidente, totalmente resuelto a poner el broche final a su matrimonio, se comportó de tal forma en las comidas que les fue imposible utilizar esa oportunidad para poner su entendimiento en entredicho, pero afortunadamente teman más de un resorte para mover y el atractivo Fontanis contaba con demasiados enemigos conjurados contra él para poder escapar a sus trampas. Se van a la cama.

—¡Oh! Esta noche, ángel mío —anuncia el presidente a su joven mitad—, estoy seguro de que no os podréis librar.

Pero ya que se hacía el valiente era menester que las armas con las que amenazaba estuvieran en condiciones, y como quería lanzarse al asalto como Dios manda, el pobre provenzal hacía terribles esfuerzos en su lado de la cama. Se Ponía tieso, se crispaba, todos sus nervios estaban en una tensión tal que le hacían presionar sobre el lecho con una fuerza dos o tres veces superior a la que hubiera hecho en

estado de reposo, y así las vigas preparadas en el techo acabaron rompiéndose y precipitaron al desdichado magistrado a un establo de puercos que estaba instalado precisamente debajo de la habitación. Los habitantes del castillo de Olincourt discutieron durante muchísimo tiempo quién debió ser más sorprendido, si el presidente, hallándose de esa forma entre un tipo de animales tan frecuentes en su patria, o los animales en cuestión al descubrir entre ellos a uno de los más ilustres magistrados del Parlamento de Aix. Varios sugirieron que el placer debió ser igual por ambas partes.

Realmente, ¿no debió sentirse por las nubes el presidente al hallarse de nuevo en sociedad, por llamarlo de alguna manera, y al poder oler por un instante el tufo de su terruño?, y, por otra parte, los impuros animales prohibidos por el bondadoso Moisés debieron dar gracias al cielo por contar al fin con un legislador a su cabeza, y nada menos que un legislador del Parlamento de Aix que, acostumbrado desde su infancia a juzgar causas relacionadas con el elemento favorito de esas amables bestias, podría un día evitar o zanjar cualquier discusión sobre ese elemento tan común a la organización de los unos y de los otros.

Fuera como fuese, la amistad no cuajó desde un primer momento, y como la civilización, madre de la cortesía, apenas está más adelantada entre los miembros del Parlamento de Aix que entre los animales que desprecia el israelita, se produjo al principio una especie de choque en el que el presidente no cosechó laureles precisamente. Le golpearon, le magullaron, le hostigaron a golpes de hocico; se quejó, no le hicieron caso; juró que lo recogería en acta, nada; amenazó con condenas, nadie se inmutó lo más mínimo; amenazó con el exilio, le tiraron por el suelo, y el desventurado Fontanis, empapado de sangre, empezaba ya a dictar una sentencia a la hoguera nada menos cuando al fin acudieron en su auxilio.

Eran La Brie y el coronel que, provistos de antorchas, trataban de rescatar al magistrado del fango en que se estaba hundiendo. Pero había que encontrar un sitio por donde pudieran agarrarle, pues como estaba rebozado de la cabeza a los pies, sacarle no resultaba ni fácil ni desde luego agradable para el olfato. La Brie fue a buscar una horquilla, un palafrenero al que llamaron en seguida apareció con otra y como mejor pudieron sacaron a nuestro hombre de la infame cloaca a la que su caída le había precipitado. Pero ¿a dónde podían llevarle después de esto? Eso era lo peliagudo y la solución no se antojaba fácil. Tenían que expiar la sentencia, tenían que lavar al culpable; el coronel propuso una carta de abolición, pero el palafrenero, que no entendía ninguno de estos términos rimbombantes, sugirió que debían meterle sencillamente un par de horas en el abrevadero, tras lo cual, cuando estuviera suficientemente a remojo, podían acabar de ponerle a punto a base de manojos de paja. Pero el marqués alegó que el frío del agua podía afectar la salud de su hermano y, ante esto, como La Brie había asegurado que el lavadero de la cocina aún estaba lleno de agua caliente, transportaron allí al presidente y le confiaron a los cuidados de aquel discípulo de Comus, que, en menos que canta un gallo, le devolvió tan limpio

como un plato de porcelana.

—No os propongo que volváis junto a vuestra esposa —le comenta d’Olincourt mientras está enjabonándose—, demasiado conozco vuestra delicadeza. Así, pues, La Brie va a conduciros a una pequeña habitación de soltero donde podéis pasar tranquilamente el resto de la noche.

—Bien muy bien, mi querido marqués —contesta el presidente—, apruebo vuestro plan, pero reconoceréis que debo estar embrujado para que todas las noches que paso en este maldito castillo me ocurran aventuras de este tipo.

—Detrás de todo ello existe alguna causa física —responde el marqués—. Mañana el médico volverá a estar con nosotros, os recomiendo que le consultéis.

—Sí, lo deseo —contesta el presidente, y al entrar con La Brie en su pequeña habitación añade mientras se mete en la cama—: realmente, querido amigo, nunca había estado tan cerca del fin.

—Por desgracia, señor —le contesta el diligente muchacho—, hay en todo esto una fatalidad del cielo, y os aseguro que os compadezco con toda mi alma.

Tras tomarle el pulso al presidente, Delgatz le aseguró que la ruptura de las vigas se debía únicamente a una excesiva obstrucción de los vasos linfáticos que, al duplicar la masa de los humores, aumentaba en proporción el volumen animal; que, por consiguiente, era necesaria una dieta rigurosa que, depurando la acritud de los humores disminuyera lógicamente el peso físico y coadyuvara a la tarea que se había propuesto, y que además…

—Pero, señor —le interrumpe Fontanis—, tengo la cadera destrozada y el brazo izquierdo dislocado por esa espantosa caída.

—Os creo —le respondió el doctor—, pero ese tipo de trastorno secundario no es precisamente el que más me preocupa, yo siempre me remonto a las causas. Hay que investigar en la sangre, señor. Al disminuir la acritud de la linfa conseguimos descongestionar los vasos, y al hacer más fluida la circulación por los vasos acabamos reduciendo la masa física, y el resultado será que los techos ya no cederán bajo vuestro peso y así, en adelante, podréis entregaros en vuestra cama a todos los ejercicios que os apetezcan sin correr nuevos peligros.

—Pero ¿y mi brazo, caballero, y mi cadera?

—Haremos una purga, señor, una purga. Ahora mismo empezaremos con un par de sangrías locales y todo se irá arreglando sin que os deis cuenta.

Aquel mismo día comenzó la dieta. Delgatz, que no abandonó a su paciente en toda la semana, le puso a caldo de gallina y le hizo tres purgaciones seguidas, prohibiéndole por encima de todo que pensase en su mujer. Aunque el teniente Delgatz no tenía ni la menor idea su régimen funcionó a las mil maravillas. Él aseguró a sus amigos que hacía tiempo había seguido ese mismo tratamiento cuando estuvo trabajando en la escuela de veterinaria, con un asno que se había caído a un profundo bache y al cabo de un mes el animal podía otra vez acarrear sus sacos de yeso como siempre había hecho. En efecto, el presidente, que no dejaba de estar

bilioso, se fue poniendo sano y coloradote, sus contusiones fueron desapareciendo y nadie se ocupó de otra cosa más que de su recuperación y de dotarle de las fuerzas necesarias para que pudiera soportar lo que aún le esperaba.

A los doce días de tratamiento, Delgatz cogió de la mano a su paciente y se lo presentó a la señorita de Téroze:

—Aquí le tenéis, señora —le dijo—, aquí le tenéis. Os traigo sano y salvo a un hombre que se rebela contra las leyes de Hipócrates y que si se deja llevar sin freno de las fuerzas que yo le he devuelto antes de seis meses tendremos el placer de ver… —prosiguió Delgatz, poniendo suavemente la mano sobre el vientre de la señorita de Téroze—. Sí, señora, a todos nos cabrá la satisfacción de ver ese hermoso seno torneado por las manos del himeneo.

—Dios os oiga, doctor —contestó la bribonzuela—, porque reconoceréis que es muy duro ser esposa desde hace quince días y seguir siendo doncella.

—No tiene nada que ver —exclamó el presidente—. No se tienen indigestiones todas las noches ni todas las noches la necesidad de orinar saca a un esposo de su lecho, ni siempre que uno cree que va a hallarse en los brazos de una hermosa mujer se cae a un establo de cerdos.

—Ya veremos —contesta la joven Téroze lanzando un hondo suspiro—, ya veremos, señor; pero si me amarais como yo os amo, sin duda no os ocurrirían todas esas desgracias.

La cena fue muy animada, la marquesa estuvo divertida y mordaz. Apostó contra su marido por el éxito de su cuñado y se retiraron todos.

Los preparativos se hacen a toda prisa, la señorita de Téroze ruega a su marido por pudor que no deje ninguna luz encendida en la habitación. Él, demasiado desmoralizado para decir que no a algo, hace cuanto le piden y se meten en la cama. Aunque no sin esfuerzo, el intrépido presidente triunfa y logra cortar, o se cree que lo logra, por fin, esa preciosa flor a la que estúpidamente tan gran valor se concede. Cinco veces consecutivas ha sido coronado por el amor cuando se hace de día. Se abren las ventanas y los rayos del astro que dejan penetrar en la habitación muestran al fin a los ojos del vencedor la víctima que acaba de inmolar… ¡Cielos!, cómo se queda cuando descubre a una vieja negra en lugar de su mujer, cuando ve que mía figura tan oscura como repelente reemplaza a los delicados encantos que creyó poseer. Se echa hacia atrás, grita que está embrujado y entonces aparece su mujer, y al sorprenderle con aquella divinidad de Ténaro le pregunta con acritud qué es lo que ella ha podido hacerle para que la traicione de forma tan cruel.

—Pero, señora, ¿no fue con vos con quien ayer…?

—Yo, señor, avergonzada, humillada, al menos nadie puede reprocharme que no me haya mostrado sumisa con vos. Visteis a esta mujer a mi lado, me rechazasteis brutalmente para poder abrazarla. Habéis hecho que ocupe mi sitio en el lecho que me estaba destinado y yo me retiré confusa y con mis lágrimas como único consuelo.

—Pero, ángel mío, decirme, ¿estáis totalmente segura de lo que afirmáis?

—¡Monstruo! ¡Aún quiere insultarme después de tan tremendos ultrajes y cuando esperaba consuelo el sarcasmo es mi única recompensa…! ¡Venid, hermana mía, venid! ¡Qué venga toda mi familia y contemple el indigno objeto al que he sido sacrificada…! Aquí está, aquí está… esa odiosa rival —gritaba la joven esposa frustrada en sus prerrogativas mientras vertía un torrente de lágrimas—, y aún en mi presencia se atreve a seguir en sus brazos. ¡Oh, amigos míos! —prosiguió desesperada la señorita de Téroze congregando a todo el mundo a su alrededor—. ¡Ayudadme! ¡Dadme armas contra este perjuro! ¿Era esto lo que me podía esperar adorándole como le adoraba?

Nada más hilarante que el semblante de Fontanis ante estas sorprendentes palabras. Miraba con ojos extraviados a la negra y dirigiéndolos luego hacia su joven esposa la contemplaba con una especie de estúpida atención que, a decir verdad, empezaba a resultar inquietante para la buena marcha de su cerebro. Por una curiosa fatalidad, desde que el presidente se hallaba en d'Olincourt, La Brie, el encubierto rival al que hubiera debido tener más miedo que a nadie, se había convertido en un personaje en el que más plenamente confiaba. Le llama.

—Amigo mío —le dice—, vos me parecisteis siempre un joven de lo más sensato. ¿Tendríais la bondad de decirme si realmente habéis advertido algún trastorno en mi cabeza?

—Para ser sincero, señor presidente —le contesta La Brie con aire triste y compungido—, no me había atrevido nunca a decíroslo, pero como me hacéis el honor de solicitar mi opinión no os voy a ocultar que desde vuestra caída al establo de los cerdos las ideas no han vuelto nunca a emanar puras de las membranas de vuestro cerebro. Que eso no nos preocupe, señor, porque el médico que ya os atendió en una ocasión es uno de los hombres más eminentes que han pasado por esta casa… Por ejemplo, estuvo aquí con nosotros el juez de la hacienda del señor marques que se había vuelto loco hasta tal punto que no había un solo joven libertino en toda la comarca, que se lo pasara bien con una muchacha, a quien ese truhán no abriera en seguida un sumario por criminal, y condenas y sentencias y el destierro y todas las infamias que esos bribones tienen siempre a flor de labios. Pues bien, señor, nuestro doctor, ese hombre eminente que ya tuvo el gran honor de recetaros dieciocho sangrías y treinta medicamentos, le volvió la cabeza tan cuerda a con hubiera sido juez en toda su vida. Pero, un momento —prosiguió La Brie volviéndose hacia el ruido que oía—, parece muy cierto eso que se dice de que tan pronto como se nombra a una bestia ya se le está viendo el plumero… pues aquí viene en persona.

—Oh, buenos días, querido doctor —exclama la marquesa al ver llegar a Delgatz —, realmente no creo que hayamos tenido nunca tanta necesidad de vuestro ministerio. Nuestro querido amigo el presidente sufrió ayer por la noche un pequeño trastorno mental que le llevó, a pesar de los esfuerzos de todos, a poseer, en vez de a su mujer, a una negra.

—¿A pesar de todos? —replica el presidente—. Pero ¿quién trata de

impedírmelo?

—Yo mismo en primer lugar, y con todas mis fuerzas —contestó La Brie—, pero el señor insistía con tal violencia que preferí dejarle hacer antes que exponerme a que me lastimara.

Y al oír esto, el presidente se rascaba la cabeza y empezaba a no saber ya a qué atenerse cuando el médico se acerca a él y le toma el pulso:

—Esto es más grave que el primer accidente —dice Delgatz bajando los ojos—. Es un residuo subrepticio de vuestra última enfermedad, un fuego oculto que escapa a mirada inteligente del artista y que estalla en el momento en que menos se piensa. Se trata de una clara obstrucción del diafragma y de un terrible eretismo en la organización.

—¿Heretismo? —exclamó el presidente enfurecido—. ¿Qué quiere decir ese cretino con eso de heretismo? Bellaco, entérate de que yo no he sido herético jamás. Bien se ve, viejo imbécil, que, poco versado en la historia de Francia, ignoras que somos nosotros los que quemamos a los heréticos. Ve a visitar nuestra tierra, olvidado bastardo de Salerno; ve, amigo mío, ve a ver como Merindol y Cabriéres siguen humeando tras los incendios que allí provocamos; paséate por los ríos de sangre con que los honorables miembros de nuestro tribunal regaron tan a conciencia la provincia; párate a escuchar los lamentos de los desdichados que inmolamos a nuestra furia, los sollozos de las mujeres a las que arrancamos de los brazos de sus maridos, el grito de los niños que asesinamos en el regazo de sus madres, todos y cada uno de los santos horrores que cometimos y verás si después de una conducta tan intachable se puede consentir a un pillo como tú que venga a tacharnos de heréticos.

El presidente, que seguía en la cama al lado de la negra, le había propinado tan tremendo puñetazo en el calor de su alocución en la nariz que la desdichada se había ido aullando como una perra a la que le roban sus cachorros.

—¡Bien! ¿Furioso, amigo mío? —preguntó d’Olincourt acercándose al enfermo —. ¿Es así como os comportáis, presidente? ¿Sabéis que vuestra salud se resiente y que es imprescindible cuidaros?

—Perfectamente. Cuanto se me hable así haré caso, pero escuchar cómo ese barrendero de Saint-Cóme me tacha de herético admitiréis que no lo puedo soportar.

—No ha sido esa su intención, mi querido amigo —comentó la marquesa amablemente—. Eretismo es sinónimo de inflamación y nunca tuvo nada que ver con herejía.

—¡Ah!, perdón, señora marquesa, perdonadme, es que a veces soy un poco duro de oído. Venga, que se acerque ese grave discípulo de Averroes y me diga algo, le escucharé…, es más, haré cuanto me mande.

Delgatz, a quien la ardorosa salida del Presidente había obligado a echarse a un lado por temor a que le pasara como a la negra, se acercó de nuevo junto a la cama.

—Os lo repito, señor —dijo el moderno galeno tomando otra vez el pulso a su

paciente—, un tremendo eretismo en la organización.

—Here…

—Eretismo, señor —corrigió apresuradamente el doctor, escondiendo la cabeza por miedo a otro puñetazo—, por lo que diagnostico una brusca flebotomización en la yugular que habrá que tratar con frecuentes baños de agua helada.

—No soy demasiado partidario de las sangrías —observó d'Olincourt—. El señor presidente ya no tiene edad para soportar esa clase de pruebas a no ser que exista una necesitad imperiosa. Además, no comparto esa obsesión por la sangre que tienen los hijos de Themis y de Esculapio. Opino que hay tan pocas enfermedades que merezcan su efusión como escasos son los delitos que exijan su derramamiento. Espero, presidente, que ahora que se trata de ahorrar la vuestra os mostréis de acuerdo conmigo; si no fuera por vuestro interés en este caso no me sentiría tal vez tan seguro de vuestra opinión.

—Señor —contestó el presidente—, apruebo la primera parte de vuestro discurso, pero me permitiréis que disienta de la segunda. El delito ha de ser lavado con sangre, sólo con ella se le extirpa y se le previene. Comparad, señor, todos los males que el crimen puede llegar a producir sobre la tierra con la insignificancia de una docena de miserables ejecutados al año para prevenirlo.

—Vuestra paradoja, amigo mío, carece de sentido común —contesta d'Olincourt—, es dictada por el rigorismo y la estupidez; es en vos una tara de vuestra profesión y de vuestro terruño de la que deberéis abjurar para siempre. Aparte de que vuestros estúpidos rigores jamás consiguieron contener el crimen, decir que una fechoría hace perdonar la siguiente y que la muerte de un hombre puede resultar beneficiosa para la del anterior es un absurdo. Vos y los que son como vos deberíais avergonzaros de tales procedimientos que, más que de vuestra integridad, dan testimonio de vuestra desmesurada afición al despotismo. Tienen toda razón al llamaros los verdugos del género humano; vosotros solos destruís a más hombres que todos los azotes de la naturaleza juntos.

—Caballeros —interrumpe la marquesa—, no me parece que sea esta la ocasión ni el momento para una discusión semejante. En vez de tranquilizar a mi querido hermano, señor —prosiguió dirigiéndose a su marido—, estáis encendiendo su sangre y vais quizá a hacer incurable su enfermedad.

—La señora marquesa tiene toda la razón —añadió el doctor—, permitidme, señor, ordenar a La Brie que haga poner cuarenta libras de hielo en la bañera, que la llenen después con agua del pozo y mientras lo preparan yo ayudaré a mi paciente a levantarse.

Todos se van en seguida. El presidente se levanta y regatea de nuevo a propósito del baño helado que, según decía, iba a dejarle otra vez fuera de combate por seis semanas como mínimo, pero no hay forma de evitarlo. Baja, le sumergen, le tienen en él diez o doce minutos, a la vista de todos, apostados por los rincones en derredor suyo para regocijarse con la escena, y el enfermo, seco ya del todo, se viste y se une

al grupo como si nada hubiera pasado.

La marquesa, después de cenar, propone ir a dar un paseo.

—La distracción ha de sentarle bien al presidente, ¿verdad, doctor? —le pregunta a Delgatz.

—Por supuesto —contesta éste—. La señora recordará que no hay ningún hospital en donde no asignen un patio a los locos para que puedan tomar el aire.

—Me alegro —dice el presidente— de que todavía no penséis que no tengo remedio.

—Ni mucho menos, señor —le contesta Delgatz—. Se trata de un ligero trastorno que cuidado oportunamente no tiene por qué tener ninguna consecuencia, pero es preciso que el señor presidente repose y se tranquilice.

—Pero ¿cómo, señor? ¿Creéis que esta noche no podré tomarme la revancha?

—¿Esta noche, señor? La sola mención me hace estremecer; si en vuestro caso yo hiciese gala del rigor con que tratáis a los demás os prohibiría las mujeres durante tres o cuatro meses.

—¡Tres o cuatro meses, cielos…! —Y volviéndose hacia su esposa—: tres o cuatro meses, querida, ¿lo podríais soportar, ángel mío, lo podríais soportar?

—¡Oh!, el señor Delgatz se ablandará, eso espero —responde la joven Téroze con fingida ingenuidad—, al menos si no se apiada de vos se apiadará de mí…

Y salieron a pasear. Había un bote para pasar a la otra orilla y dirigirse a la casa de un gentilhombre vecino que estaba al tanto de todo y les esperaba para merendar. Una vez en la barca nuestros jóvenes se ponen a hacer diabluras y Fontanis, para complacer a su mujer, no deja de imitarles.

—Presidente —le dice el marqués—, apuesto a que no podéis colgaros como yo del cable de la barca y a que no resistís así varios minutos seguidos.

—Nada más fácil —contesta el presidente, apurando su carga de tabaco y empinándose sobre la punta de los pies para agarrar mejor la cuerda.

—Muy bien, muy bien, infinitamente mejor que vos, hermano —dice la pequeña Téroze al ver a su marido colgando.

Pero mientras el presidente así suspendido hace una exhibición de su destreza y de su donaire, los barqueros, que habían sido advertidos, doblan la fuerza de sus remos y al deslizarse velozmente la barcaza deja al desdichado entre el cielo y el agua… Grita, pide auxilio, estaban tan sólo a la mitad de la travesía y aún quedaban más de quince toesas para alcanzar la orilla.

—Haced lo que podáis —le gritaban—, acercaos nadando hasta la orilla, podéis ver que el viento nos arrastra y no es posible volver hacia donde estáis.

Y el presidente, resbalándose, pataleando, forcejeando, hacía cuanto podía para agarrar el bote que seguía escapándosele a fuerza de remos. Si hubiera un espectáculo divertido sería, sin duda, el de ver a uno de los más adustos magistrados del Parlamento de Aix, con su gran peluca y su negra toga, colgando de esa forma.

—Presidente —le gritaba el marqués desternillándose de risa—, sin duda esto es

un designio de la providencia, es el talión, amigo mío, la ley del talión, la ley predilecta de vuestros tribunales, ¿por qué os quejáis de estar colgado así? ¿Acaso no condenasteis a menudo al mismo suplicio a quienes no se lo merecían tanto como vos?

Pero el presidente ya no podía oírle: terriblemente agotado por el violento esfuerzo que tenía que hacer, las manos le abandonan y cae al agua como una plomada. Al instante, dos buceadores que estaban preparados corren en su auxilio y le suben de nuevo a bordo, chorreando como un perro de aguas y blasfemando como un carretero.

Lo primero que hizo fue protestar por una bioma que no venía a cuento. Le juran que en ningún momento han tenido la intención de gastarle broma alguna, que un golpe de viento había arrastrado el bote, le hacen entrar en calor en el camarote del barco, le cambian de ropa, le hacen carantoñas y su tierna esposa hace cuanto puede para que se olvide del pequeño accidente, y Fontanis, enamorado y débil, pronto está ya riéndose con todo el mundo del espectáculo que acaba de ofrecer.

Llegan, por fin, a casa del gentilhombre, son maravillosamente recibidos y se sirve una merienda espléndida; procuran que el presidente pruebe una crema de pistacho que tan pronto como llega a sus entrañas le obliga en el acto a informarse de dónde se encuentra el retrete. Le abren uno, terriblemente oscuro, y con una prisa espantosa se sienta y hace sus necesidades con diligencia, pero, concluida la operación, el presidente no puede levantarse.

—¿Y qué es esto ahora? —exclama tirando de los riñones.

Pero por más esfuerzos que hace o bien deja allí esa parte o le resulta imposible despegarse; mientras tanto su ausencia está causando cierta sensación; se preguntan dónde puede estar y los gritos que oyen conducen por fin a todos los reunidos a la puerta del fatídico gabinete.

—¿Pero qué diablos hacéis ahí tanto tiempo, amigo mío? —le pregunta d’Olincourt—. ¿Os ha dado un cólico?

—Qué demonios —contesta el pobre diablo redoblando sus esfuerzos para poder incorporarse— no os dais cuenta de que me he quedado metido…

Pero para ofrecer a la concurrencia un espectáculo aún más divertido y para colaborar en los esfuerzos del presidente por levantarse del maldito asiento le pasaban por las nalgas, desde abajo, una llama de alcohol y agua que le chamuscaba el vello y que al aplicársela un poco más cerca le obligaba a dar los saltos más increíbles y a hacer las muecas más espantosas… Cuanto más se reían, más se encoleriza el presidente, increpaba a las damas, amenazaba a los caballeros y cuanto más se irritaba más cómico resultaba su congestionado semblante; con las sacudidas que daba la peluca se le había desprendido del cráneo y su occipucio al aire hacía aún mucho más divertidas las contorsiones de su rostro; al fin acude el gentilhombre, pide mil disculpas al presidente por no habérsele advertido que aquel retrete no estaba en condiciones de recibirle; él y sus servidores des pegan como mejor pueden al

paciente, no sin que éste pierda una tira circular de piel que, por más esfuerzos que se hicieron, sigue pegada al borde del asiento y que los pintores tuvieron que remojar con cola fuerte para poderla pintar enseguida del color con que se deseaba decorar.

—A decir verdad —exclama Fontanis con descaro al salir—, bien contentos estáis de tenerme con vosotros y bien que os sirvo para vuestras diversiones.

—Injusto amigo —replica d'Olincourt—, ¿por qué tenéis siempre que achacarnos las desgracias que os envía la fortuna? Creía que bastaba con llevar puesto el ronzal de Themis para que la equidad constituyera una virtud natural, pero bien puedo ver que me equivocaba.

—Es que vuestras ideas sobre lo que se entiende por equidad no son muy acertadas —responde el presidente—. En la abogacía nosotros distinguimos varias clases de equidad: está la que se llama equidad relativa y la equidad personal…

—Más despacio —contesta el marqués—; no he visto nunca que la virtud que tanto se analiza se practique demasiado; a lo que yo llamo equidad, amigo mío, es pura y simplemente a la ley de la naturaleza; aquel que la observe será siempre íntegro y sólo cuando se aparte de ella se volará injusto. Contéstame, presidente, si tú te hubieras librado a algún capricho de la fantasía en la intimidad de tu casa, ¿te parecería muy equitativo que una turba de zopencos irrumpiera con sus antorchas en el seno de tu familia y que valiéndose de artimañas inquisitoriales, de engaños y de delaciones compradas, llegaran a descubrir ciertas faltas, disculpables cuando se tienen treinta años, y se aprovecharan de todas esas atrocidades para perderte, para desterrarte, para mancillar tu honor, deshonrar a tus hijos y saquear tus bienes? Dime, amigo mío, ¿te parecerían muy equitativos todos esos bribones? Y si es verdad que admites un Ser supremo, ¿adorarías ese modelo de justicia si así la ejerciera con los hombres? ¿No temblarías al estar sometido a él?

—¿Y cómo lo entendéis vos, os pregunto? Pues que, ¿es que vais a censurarnos por descubrir un delito…? Ese es nuestro deber.

—Eso es falso, vuestro deber no consiste más que en castigarlo cuando se descubre por sí mismo; dejad a las estúpidas y feroces máximas de la inquisición la bárbara y vulgar tarea de descubrirlo, como viles espías o infames delatores. ¿Qué ciudadano podrá estar tranquilo cuando, rodeado de sirvientes sobornados por vuestro celo, su honor o su vida estén en todo momento en manos de gentes que, amargadas por la cadena que arrastran, crean librarse de ella o aligerarla vendiéndoos a aquel que se la impone? Habréis multiplicado los bribones de la nación, habréis hecho pérfidas a las esposas, calumniadores a los lacayos, desgraciados a los hijos, habréis duplicado el cúmulo de los vicios y no habréis conseguido que florezca una sola virtud.

—Es que no se trata de que florezcan las virtudes, se trata, única y exclusivamente, de acabar con el crimen.

—Pero vuestros métodos los multiplican.

—Por supuesto, pero es la ley y debemos atenemos a ella; nosotros no somos

legisladores, nosotros, mi querido marqués, somos «operadores».

—Decid más bien, presidente, decid más bien —replicó d’Olincourt, que ya empezaba a acalorarse— que sois «ejecutores», «verdugos distinguidos» que, enemigos del Estado por naturaleza, no os sentís a gusto más que oponiéndoos a su prosperidad, poniendo trabas a su bienestar, mancillando su gloria y haciendo que corra sin motivo alguno la preciosa sangre de sus súbditos.

A pesar de los dos baños de agua helada que Fontanis había tomado a lo largo del día, la bilis es una cosa tan difícil de eliminar en un magistrado que el pobre presidente se estremecía de rabia al oír cómo se denigraba de aquella manera a un oficio que consideraba tan respetable; no daba crédito a que eso que se llama la magistratura pudiera ser atacada de aquel modo y se disponía ya a replicar, tal vez como un marinero marsellés, cuando las damas se acercaron y pi opusieron regresar a casa. La marquesa preguntó al presidente si alguna nueva necesidad no le hacía ir al retrete.

—No, no, señora —contestó el marqués—; este respetable magistrado no siempre tiene cólicos, hay que disculparle si se ha tomado el ataque un poco a la tremenda; esa pequeña convulsión de las entrañas es una enfermedad habitual en Marsella o en Aix, y desde que hemos visto cómo una turba de bribones, colegas de este buen mozo, juzgaban como «envenenadas» a unas cuantas rameras que no tenían más que un cólico, no debemos extrañarnos de que un cólico sea un grave asunto para un magistrado provenzal.

Fontanis, uno de los jueces más comprometidos en aquel caso que había cubierto de vergüenza para siempre a los magistrados de Provenza, estaba ya en un estado difícil de describir, balbuceaba, pataleaba, echaba espuma por la boca, se parecía a esos dogos que en un combate de toros no consiguen morder a su adversario y d’Olincourt, aprovechándose de su situación:

—Miradle, señoras, y decidme, os ruego, si no os parecería horrible la suerte de un desdichado gentil hombre que, confiado en su inocencia y en su buena fe, se encontrara con Quince mastines como éste ladrándole en sus talones.

El presidente estaba ya a punto de enfadarse en serio, pero el marqués, que no deseaba todavía el estallido final, se metió en su coche prudentemente y dejó que la señorita de Téroze extendiera un bálsamo sobre las llagas que acababa de abrir. Mucho le costó, pero al fin lo consiguió; no obstante, volvieron a cruzar a la otra orilla sin que el presidente mostrara deseos de bailar bajo la cuerda y llegaron en paz al castillo. Cenaron y el doctor se encargó de recordar a Fontanis la necesidad de seguir observando su abstinencia.

—A fe mía que la recomendación es innecesaria —le contestó el presidente—. ¿Cómo queréis que un hombre que ha pasado la noche con una negra, que ha sido tachado de herético por la mañana, al que le han hecho tomar un baño helado como almuerzo, que poco después se ha caído al río, que, atrapado en un retrete como un pierrot pegado con cola, le han calcinado el trasero mientras hacía sus necesidades y

al que tienen la osadía de decirle en su cara que los jueces que investigaban el crimen no eran más que unos pillos despreciables y que las rameras, que tenían un cólico no habían sido envenenadas?; ¿cómo queréis, os repito, que ese hombre siga pensando en desvirgar a una muchacha?

—Me alegra mucho el veros tan razonable —respondió Delgatz, mientras acompañaba a Fontanis al pequeño dormitorio de soltero que ocupaba cuando no tenía planes respecto a su mujer—. Os exhorto a que sigáis así y pronto veréis todo el bien que eso ha de haceros.

Al día siguiente los baños helados se reanudaron; durante todo el tiempo que se emplearon, el presidente no se hizo repetir la necesidad de su régimen y la encantadora Téroze pudo al menos, durante aquel intervalo, disfrutar tranquilamente de todos los placeres del amor en los brazos de su encantador Elbéne; al fin, al cabo de quince días Fontanis, fresco como ya se sentía, empezó de nuevo a cor tejar a su esposa.

—Oh, en verdad, señor —le dijo la joven cuando se en el trance de no poder seguir ya dando largas—, en estos momentos tengo en la cabeza asuntos muy distintos al amor; leed esto que me han escrito, señor, estoy arruinada.

Y le tiende a su marido una carta en la que éste lee que el castillo de Téroze, a una distancia de cuatro leguas de donde se hallaban y situado en un rincón del bosque de Fontainebleau, en el que nadie penetraba jamás, mansión cuya renta constituye la dote de su esposa, está habitado desde hace seis meses por fantasmas que producen un estruendo terrible, molestan al granjero, estropean la tierra y van a impedir que el presidente y su mujer, a no ser que se ponga orden, vean ni un sol de toda su hacienda.

—Es una noticia espantosa —dice el magistrado, devolviéndole la carta—. Pero ¿no podríais decir a vuestro padre que nos diera alguna otra cosa en lugar de ese siniestro castillo?

—¿Y qué queréis que nos dé, señor? Tened en cuenta que no soy más que la hija menor, ya le ha dado mucho a mi hermana y estaría muy mal por mi parte que le pidiera otra cosa; hay que conformarse con esto y tratar de poner orden.

—Pero vuestro padre conocía ese inconveniente cuando os casó.

—Sí, es cierto, pero no creía que llegara a ese extremo; además, eso no quita nada al valor del regalo, no hace más que retrasar sus efectos.

—¿Y el marqués lo sabe?

—Sí, pero no se atreve a hablaros de ello.

—Hace mal, pues tenemos que pensar algo entre los dos.

Llaman a d’Olincourt, éste no puede negar los hechos y se decide por último que lo más sencillo es ir, por muchos peligros que eso pueda entrañar, y habitar el castillo dos o tres días para poner fin a tales desórdenes y ver, en fin, que Partido se puede sacar de sus rentas.

—¿Tenéis un poco de valor, presidente? —le pregunta el Marqués.

—Yo, pues depende —contesta Fontanis—; el valor es una virtud que se usa poco en nuestro ministerio.

—Sí, ya lo sé —responde el marqués—, con la ferocidad tenéis bastante; os pasa con esa virtud, poco más o menos como con todas las demás: os dais tal maña para desvirtuarlas que no os quedáis nunca de ellas más que con lo que las echa a perder.

—Bien, seguid con vuestros sarcasmos, marqués, pero os suplico que hablemos en serio y que dejemos los improperios a un lado.

—Muy bien, hay que ir allí, tenemos que instalarnos en Téroze, destruir a los fantasmas, poner orden en vuestras posesiones y regresar para que os podáis acostar con vuestra esposa.

—Un momento, señor, un momento, os lo ruego, no vayamos tan deprisa. ¿Habéis pensado en los peligros que entraña entrar en relación con seres semejantes? Un buen sumario, seguido de un decreto, valdría mucho más que todo eso.

—Bueno, ya estamos otra vez con sumarios, decretos… ¿A quién no excomulgáis también como los curas? ¡Armas atroces de la tiranía y de la estupidez! ¿Cuándo dejarán de creer todos esos hipócritas con faldas, todos esos pedantes con casaca, esos secuaces de Themis y de María, que su insolente charlatanería y su estúpida función pueden tener efecto alguno en el mundo? Entérate, hermano, de que no es con papeluchos con lo que hay que reducir a unos bribones tan atrevidos, sino con la espada, con pólvora y con balas, disponte, pues, a morir de hambre o a tener el coraje de luchar contra ellos.

—Señor marqués, razonáis como coronel de dragones que sois; dejadme a mí que vea las cosas como magistrado, persona sagrada e indispensable al Estado y que no se expone jamás a la ligera.

—¿Tú persona indispensable al Estado, presidente? Hacía mucho tiempo que no me reía, pero veo que tienes ganas de que me dé esa convulsión. ¿Y a qué santo te has creído, te lo juego, que un hombre de oscura extracción por lo general, que un individuo siempre rebelde contra todo lo bueno que pueda desear su señor, al que no sirve ni con su bolsa ni con su persona, que se opone sin cesar a todos sus buenos propósitos, cuyo único fin es el de fomentar la división de los particulares, ahondar la del reino y vejar a los ciudadanos…?, te repito, ¿cómo puedes creer que un ser semejante puede ser precioso para el Estado?

—Me niego a responder, pues de nuevo aparece la ironía.

—Muy bien, de acuerdo, amigo mío, me parece muy bien, de acuerdo, pero aunque tengas que cavilar durante treinta días sobre esta aventura, aunque tengas que recabar ridículamente la opinión de tus cofrades al respecto, seguiré diciéndote que no hay más solución que ir a instalarnos nosotros mismos a casa de esos tipos que tratan de impresionarnos.

El presidente puso aún algunas objeciones, se defendió con mil contradicciones más absurdas y pretenciosas las unas que las otras, y acabó por decidir con el marqués que partiría a la mañana siguiente con él y con dos lacayos de la mansión; el

presidente propuso a La Brie, ya lo dijimos, no se sabe demasiado bien por qué, pero tenía gran confianza en ese muchacho d’Olincourt, muy al corriente de los importantes asuntos que iban a retener a La Brie en el castillo durante su ausencia, contestó que era imposible llevarle con ellos, y al día siguiente, al despuntar el alba, se prepararon Para ello, colocaron al presidente una vieja armadura que habían encontrado en el castillo, su joven esposa le puso el casco, deseándole toda suerte de venturas, y le instó a volver lo antes posible para recibir de sus manos los laureles que marchaba a cosechar; él la besa tiernamente, monta a caballo y sigue al marqués. Por más que habían anunciado por los alrededores la mascarada que iba a tener lugar, el enjuto presidente, con su ridículo atavío militar, resultaba tan grotesco que fue acompañado, de un castillo al otro, de carcajadas y silbidos. Por todo consuelo, el coronel, que se mantenía lo más serio posible, se acercaba a él de cuando en cuando y le decía:

—Ya lo veis, amigo mío, este mundo no es más que una farsa, o se es público o se es actor, o contemplamos la escena o la representamos.

—Sí, perfecto, pero ahí nos están silbando —contesta el presidente.

—¿De verdad? —respondía flemáticamente el marqués.

—No cabe la menor duda —replicaba Fontanis—, y reconoceréis que resulta muy duro.

—¿Por qué? —decía d’Olincourt—. ¿Acaso no estáis acostumbrado a esos pequeños desastres? ¿Creéis que a cada estupidez que cometéis en vuestros estrados ornados con flores de lis, el público no os silba también? Hechos por naturaleza para que se mofen de vosotros en vuestro oficio, trajeados de una manera ridícula que hace reír en cuanto se os ve, ¿cómo vais a imaginar que con tantas cosas desfavorables por un lado, os van a perdonar todas vuestras estupideces por el otro?

—¿No os gusta la toga, verdad, marqués?

—No os lo oculto, presidente; sólo me gustan las profesiones útiles: todo aquel que no tiene talento más que para fabricar dioses o para matar hombres, me ha parecido siempre un individuo consagrado a la indignación pública y al que se le debe ridiculizar u obligar a que trabaje a la fuerza. ¿No creéis, amigo mío, que con esos dos hermosos brazos que os ha dado la naturaleza, no seríais infinitamente más útil en un carro que en una sala de justicia? En el primer caso haríais honor a todas las facultades que habéis recibido del cielo… En el segundo, no hacéis más que envilecerlas.

—Pero es necesario que haya jueces.

—Más valdría que no hubiera más que virtudes, podrían adquirirse sin necesidad de jueces, con ellos se las pisotea por doquier.

—¿Y cómo queréis vos que se gobierne un Estado…?

—Con tres o cuatro sencillas leyes promulgadas en el palacio del monarca y observadas en cada clase por los ancianos de la clase en cuestión; de esa manera cada estamento tendría sus pares y un gentilhombre que fuera condenado no tendría que

sufrir la espantosa afrenta de serlo por algún bellaco como tú, tan prodigiosamente lejos de ser digno de ello.

—¡Oh!, todo eso nos llevaría a discusiones…

—Que van a acabar en seguida —interrumpió el marqués—, pues ya hemos llegado a Téroze.

Estaban, en efecto, entrando ya en el castillo; el granjero se presenta, se encarga de los caballos de sus señores y pasan a una sala en donde en seguida se ponen a discutir con él sobre los inquietantes hechos de aquella mansión.

Todos los días un ruido espantoso se dejaba oír por igual en todas las estancias de la casa, sin que se haya podido averiguar la causa; por las noches se había montado guardia y varios campesinos contratados por el granjero, según afirmaban, habían sido terriblemente apaleados y nadie se atrevía ya a exponerse. Pero resultaba imposible precisar qué se sospechaba; la opinión general era sencillamente que el espíritu que se aparecía era el de un antiguo arrendatario de aquella mansión, que había tenido la desgracia de perder su vida injustamente en el cadalso y que había jurado volver todas las noches y causar un terrible estrépito en la casa hasta poder tener la satisfacción de retorcer el cuello a un magistrado.

—Mi querido marqués —exclamó el presidente corriendo hacia la puerta—, me parece que mi presencia aquí es bastante inútil, nosotros no estamos acostumbrados a ese género de venganzas y preferimos, como los médicos, matar indiferentes a quien nos venga en gana sin que el difunto pueda protestar jamás.

—Un momento, hermano, un momento —responde d’Olincourt, deteniendo al presidente que estaba decidido a salvarse—; acabemos de oír las explicaciones de este hombre —y dirigiéndose al granjero—: ¿Eso es todo, maese Pedro, no hay en todo este acontecimiento singular ninguna otra particularidad que podáis señalarnos? ¿A todos los funcionarios sin excepción odia ese diablillo?

—No, señor —contestó Pedro—; el otro día dejó una nota sobre una mesa en la que decía que sólo detestaba a los prevaricadores; cualquier juez que sea íntegro no corre con él ningún peligro, pero no perdonará a aquellos que, guiados únicamente por el despotismo, por la estupidez o por la venganza, hayan sacrificado a sus semejantes a la sordidez de sus pasiones.

—Bien, ya veis que debo irme de aquí —comentó el presidente, consternado—; en esta casa no existe la menor seguridad para mí.

—¡Ah!, miserable —le contesta el marqués—; conque ahora tus crímenes empiezan a hacerte estremecer…, ¿eh? Atentados contra el honor, destierros de diez años a causa de una partida de rameras, infames connivencias con otras familias, el dinero recibido por arruinar a un gentilhombre, y tantos otros desdichados sacrificios a tu furor o a tu ineptitud, esos son los fantasmas que ahora vienen a turbar tu imaginación, ¿verdad? ¡Cuánto darías en este momento por haber sido un hombre honrado toda tu vida! Que esta cruel situación te sirva de algo algún día, que te haga sentir por adelantado el horrible peso de los remordimientos y que te enseñe que no

hay ni una sola felicidad mundana, por valiosa que nos pueda parecer, que valga lo que la tranquilidad de espíritu y las satisfacciones de la virtud.

—Mi querido marqués, os pido perdón —dice el presidente con lágrimas en los ojos—; soy hombre perdido, no me sacrifiquéis, os lo suplico, y dejadme volver al lado de vuestra querida hermana que deplora mi ausencia y que nunca os perdonará los males a los que vais a entregarme.

—¡Cobarde! Cuánta verdad hay cuando se dice que la cobardía acompaña siempre a la falsedad y a la traición… No, tú no saldrás de aquí, ya no es tiempo de volverse atrás; mi hermana no tiene más dote que este castillo; si quieres disfrutarlo, hay que limpiarlo de esos bribones que lo ensucian. Vencer o morir, no hay término medio.

—Os ruego que me disculpéis, querido hermano; pero si que hay un término medio: escapar de aquí a toda prisa y renunciar a todos esos beneficios.

—Vil cobarde, ¿así es como queréis a mi hermana, prefieres verla consumirse en la miseria que combatir para salvar su herencia…? ¿Quieres que le diga a la vuelta que esos son los sentimientos que le profesas?

—¡Cielos, a qué horrible estado me veo reducido!

—Vamos, vamos, recobra el valor y prepárate para lo que se espera de nosotros.

Sirvieron la cena, el marqués quiso que el presidente cenara con la armadura completa; maese Pedro comió con ellos, afirmó que hasta las once de la noche no había absolutamente nada que temer, pero que a partir de ese momento, hasta el amanecer, el lugar era indefendible.

—Pues nosotros vamos a defenderlo —contestó el marqués—, y aquí tenéis a un bravo camarada de quien os respondo como de mí mismo. Estoy seguro de que no nos abandonará.

—No respondamos de nada hasta ver qué pasa —replicó Fontanis—; yo soy un poco como César, lo confieso, el valor en mí es muy voluble.

Mientras tanto, pasaron el tiempo que quedaba reconociendo los alrededores, paseando, haciendo cuentas con el granjero, y cuando se hizo de noche el marqués, el presidente y sus dos criados se repartieron el castillo.

Al presidente le tocó un gran dormitorio, flanqueado por dos siniestras torres cuya sola visión le hacía estremecer de antemano: era por allí precisamente por donde, según decían, el espíritu iniciaba su ronda, con lo que iba a toparse con él antes que nadie; un valiente hubiera gozado ante esta halagadora perspectiva, pero el presidente, que, como todos los presidentes del universo y los presidentes provenzales en particular, no era valiente ni por asomo, se dejó llevar de tal acto de debilidad al conocer la noticia, que tuvieron que cambiarle de pies a cabeza; ninguna medicina hubiera tenido un efecto más fulminante. Le vuelven a vestir, le arman de nuevo, le dejan dos pistolas sobre la mesa de su alcoba, le colocan en las manos una lanza de quince pies de largo por lo menos, le encienden tres o cuatro velones y le abandonan a sus reflexiones.

—Oh, desdichado Fontanis —exclamó al verse solo—. ¿Qué genio del mal te ha conducido a esta galera? ¿No podías haber encontrado en tu provincia a alguna joven que valiera más que ésta y que no te hubiera acarreado tantos sinsabores? Tú lo has querido, pobre presidente, tú lo has querido, amigo mío, y aquí estás, te sentiste tentado por una boda en París y ya ves en lo que acaba… Pobrecito, a lo mejor vas a morir aquí como un perro sin poder ni siquiera confesar y comulgar y entregar tu alma a un sacerdote… Estos malditos incrédulos, con su equidad, con sus leyes la naturaleza y su filantropía, parece como si el paraíso fuera a abrírseles cuando pronuncian esas tres impresionantes palabras… Menos naturaleza, menos equidad y menos filantropía, firmemos decretos, desterremos, quememos, condenemos a la rueda y vayamos a misa, más valdría esto que todo lo demás. Este d’Olincourt insiste furiosamente en el proceso de aquel gentilhombre al que juzgamos el año pasado; debe de haber algún tipo de parentesco que yo ni sospechaba… Pues que, ¿no se trataba de un asunto escandaloso, no vino un criado de trece años, al que habíamos sobornado, a decirnos, porque nosotros queríamos que nos lo dijese, que aquel hombre se dedicaba a matar prostitutas j en su castillo, no nos contó un cuento de Barba Azul con el que las nodrizas no pretendieran hoy en día dormir a sus criaturas? Tratándose de un crimen tan importante como es el asesinato de una ramera…, un delito probado de forma tan concluyente como es la declaración de un niño de trece años al que hicimos que le dieran cien latigazos porque no quería decir lo que queríamos nosotros, no me parece a mí que sea obrar con excesivo rigor hacer las cosas como las hicimos. ¿Es que se necesitan cien testigos para cerciorarse de un delito; no basta una simple relación? ¿Acaso tuvieron tantos miramientos nuestros doctos colegas de Toulouse cuando condenaron a la rueda a Calas? Si no castigásemos más que aquellos crímenes de los que estamos seguros, no tendríamos el placer de arrastrar al cadalso a nuestros semejantes ni cuatro veces en todo un siglo, y sólo eso hace que seamos respetados. Desearía que me explicaran qué sería un parlamento cuya bolsa estuviera siempre abierta para las necesidades del Estado, que no presentara nunca ninguna queja, que registrara todos los delitos y que no matara nunca a nadie… Eso sería una asamblea de necios a la que no se le haría el menor caso en la nación… Valor, presidente, valor, no has hecho más que cumplir con tu deber, amigo mío; deja que griten los enemigos de la magistratura, no podrán destruirla; nuestro poderío, establecido a costa de la blandura de los reyes, durará tanto como la monarquía, y ya puede Dios velar por los soberanos para que no acabe derribándolos; unos cuantos descalabros más como los del reinado de Carlos VII y la monarquía, destruida al fin, dará paso a esa forma de gobierno que ambicionamos desde hace tanto tiempo y que al elevarnos al pináculo como el senado de Venecia, pondrá en nuestras manos, como poco, las cadenas con que tan ardientemente deseamos aplastar al pueblo.

Así razonaba el presidente, cuando un ruido espantoso se dejó oír a un mismo tiempo en todas las habitaciones y en todos los corredores del castillo… Un

escalofrío universal se apodera de él, se arrebuja sobre la silla y apenas se atreve a levantar los ojos. ¡Seré insensato! —exclama—. ¡Que yo, que un miembro del Parlamento de Aix tenga que luchar contra unos espíritus! ¿Qué tuvisteis nunca que ver con el Parlamento de Aix? Entre tanto el ruido aumenta, las puertas de las dos torres se vienen abajo, aterradoras figuras penetran en la habitación… Fontanis se arroja al suelo, implora que le perdonen, suplica por su vida.

—Miserable —le contesta uno de los fantasmas con pavorosa voz—. ¿Acaso supo tu corazón qué era la compasión cuando condenaste injustamente a tantos desgraciados, su espantosa suerte te conmovió, acaso te sentías menos orgulloso, menos glotón, menos crapuloso el día que tus injustas sentencias hundían en el infortunio o en la sepultura a las víctimas de tu estúpido rigorismo? ¿Y de dónde provenía en ti esa temeraria impunidad de tu momentáneo poder, de esa fuerza ilusoria que por un momento corrobora la opinión y que al punto destruye toda filosofía…? Sufre que nos guiemos por los mismos principios y sométete, pues eres el más débil.

Tras estas palabras, cuatro de estos espíritus físicos agarran con fuerza a Fontanis y al instante le dejan desnudo como la palma de la mano, sin obtener otra cosa más que sollozos, gritos y un sudor fétido que le cubría de pies a cabeza.

—¿Qué hacemos ahora con él? —pregunta uno de ellos.

—Espera —le contesta el que parecía el jefe—, aquí tengo la lista de los cuatro principales asesinatos que ha cometido jurídicamente, vamos a leérsela.

En 1750, condenó a la rueda a un desdichado que no había cometido más delito que negarle a su hija, a la que el miserable quería violar.

En 1754, propuso a un hombre salvarle por dos mil escudos; al no podérselos pagar, hizo que le ahorcaran.

En 1760, al enterarse de que un hombre de su ciudad había hecho algunos comentarios sobre él, le condenó a la hoguera al año siguiente, acusándole de sodomía, aunque el desventurado tenía mujer y un tropel de hijos, cosas todas ellas que desmentían su crimen.

En 1772, un joven de elevado rango de la provincia quiso, por una venganza trivial, dar una zurra a una cortesana que le había jugado una mala pasada, y este indigno cernícalo convirtió la broma en un asunto criminal, lo consideró asesinato, envenenamiento, arrastró a todos sus cofrades a esta ridícula opinión, perdió al joven, le arruinó y, no habiendo podido atraparle, le hizo condenar en rebeldía.

Estos son sus principales crímenes; decidid, amigos míos.

—El talión, señores, el talión; ha condenado injustamente a la rueda, pues yo quiero que a la rueda se le condene.

—Yo propongo la horca —dijo otro— y por los mismos motivos que mi colega.

—Que sea quemado —dice un tercero— por haber empleado ese suplicio sin motivo alguno y por haberlo Crecido él mismo tantas veces.

—Démosle ejemplo de clemencia y de moderación, camaradas —dice el jefe—, y sigamos nuestro texto nada más que en la cuarta aventura: azotar a una ramera es un crimen digno de muerte, en opinión de este cernícalo imbécil, pues que sea azotado.

Entonces agarran al desdichado presidente, le tumban boca abajo sobre un estrecho banco, le agarrotan de los pies a la cabeza; los cuatro etéreos espíritus cogen cada uno una correa de cuero de una longitud de cinco pies y la dejan caer cadenciosamente y con toda la fuerza de sus brazos sobre los desnudos miembros del desgraciado Fontanis, que, lacerado tres cuartos de hora seguidos por las vigorosas manos que se encargan de su educación, pronto no es más que una llaga de la que brota sangre por todas partes.

—Ya basta —dice el jefe—; ya lo dije antes, démosle ejemplo de compasión y de cómo hacer el bien; si el bribón nos atrapara nos haría descuartizar; pero ahora le tenemos a él, despidámonos con este correctivo fraternal y que aprenda en nuestra escuela que no siempre se hace mejores a los hombres asesinándoles; no ha recibido más que quinientos latigazos, pero apuesto al que quiera que ya está escarmentado de sus injusticias y que en el futuro va a ser uno de los magistrados más íntegros de su gremio; soltadle y continuemos nuestras operaciones.

—Ouf —exclamó el presidente cuando vio que sus verdugos se habían ido—. Ahora veo que si entramos con saña en los actos del prójimo, si tratamos de exagerarlos por el placer de castigarlos, ahora veo que nos lo devuelven en seguida. ¿Y quién habrá contado a esa gente todo lo que yo he hecho? ¿Cómo es que estaban tan bien informados de mi conducta?

Fuere como fuese, Fontanis se arregla como puede, per apenas se ha puesto su traje de nuevo cuando oye unos espantosos gritos por el lado por donde los espectros habían salido de su habitación; aguza el oído y reconoce la voz del marqués pidiendo socorro con todas sus fuerzas.

—¡Que el diablo me lleve si doy un paso! —dice el vapuleado presidente—. Que esos pillos le zurren como a mí si les apetece; no pienso intervenir, cada uno tiene ya bastante con sus propias querellas mara meterse en las de los demás.

Mientras tanto el ruido va creciendo, y d’Olincourt entra al fin en el aposento de Fontanis, seguido por sus dos sirvientes y poniendo los tres el grito en el cielo, como si les llevaba un brazo en cabestrillo, otro una venta en la frente y se habría jurado al verles pálidos, desgreñados y ensangrentados, que acababan de batirse contra una legión de diablos escapados del infierno.

—Oh, amigo mío, ¡qué asalto! —exclama d’Olincourt—. ¡Creí que nos iban a estrangular a los tres!

—Apuesto a que no estáis más maltrechos que yo —responde el presidente, mostrándoles su magullado lomo—. Mirad cómo me han tratado.

—Oh, a fe mía, amigo —le contesta el coronel—, por una vez os veis en el caso

de poder presentar una querella justa; no ignoráis el vivo interés que vuestros colegas han mostrado a lo largo de los siglos por Jos traseros flagelados; convocad a las cámaras, amigo mío, buscad a algún célebre abogado que quiera desplegar su elocuencia en favor de vuestras nalgas magulladas; usando el ingenioso artificio con el que un orador antiguo conmovía al areópago al descubrir ante los ojos del tribunal los soberbios senos de la bella a la que defendía; que vuestro Demóstenes descubría esas atractivas nalgas en el momento más patético de su legato, que hagan enternecer al auditorio; recordad en espacial a los jueces de París ante los que os veréis obligado a comparecer, aquella famosa aventura de 1769, en la que su corazón, mucho más conmovido por el azotado trasero de una buscona que por el pueblo del que se dicen padres y al que dejan, no obstante, morir de hambre, les indujo a abrir un proceso criminal contra un joven militar que, al volver de sacrificar sus mejores años al servicio del príncipe, no encontró otros laureles a su regreso que la humillación perpetrada por la mano de uno de los mayores enemigos de esa misma patria que venía de defender… Vamos, querido camarada de infortunio, démonos prisa, partamos, no hay ninguna seguridad para nosotros en este maldito castillo, corramos a vengarnos, volemos a implorar la equidad de los protectores del orden público, de los defensores del oprimido y de los pilares del Estado.

—Yo no puedo tenerme en pie —contesta el presidente—, y además esos malditos bribones me volverían a mondar como a una manzana; os ruego que hagáis que me traigan una cama, y que me dejéis tranquilo en ella al menos veinticuatro horas.

—Ni se os ocurra, amigo mío, os estrangularán.

—Que lo hagan, me lo tendré merecido, pues los remordimientos se despiertan ahora con tanta fuerza en mi corazón, que tendría por una orden del cielo todas aquellas desgracias que le plazca enviarme.

Como el estruendo había cesado por completo y d’Olincourt vio que realmente el pobre provenzal necesitaba algo de descanso, mandó llamar a maese Pedro y le preguntó si había que temer que aquellos bribones volviesen de nuevo a la noche siguiente.

—No, señor —contestó el granjero—; ahora se estarán quietos durante ocho o diez días y podréis descansar con absoluta tranquilidad.

Condujeron al tundido presidente a una alcoba en la que se acostó y descansó como pudo una buena docena cíe horas; allí seguía cuando de repente se sintió mojado en la cama; levanta la vista y ve que el techo está horadado por mil agujeros por los que caía un raudal de agua que amenazaba con inundarle si no se levantaba a toda prisa; baja velozmente y completamente desnudo a las salas del primer piso, en donde encuentra al coronel y a maese Pedro olvidando sus penas alrededor de un pastel y de una montaña de botellas de vino de Borgoña; su primer impulso fue reírse al ver correr hacia ellos a Fontanis, con un atuendo tan indecente; él les contó sus nuevos infortunios y le hicieron sentar a la mesa sin darle tiempo para ponerse sus

calzones, que seguía sujetando bajo el brazo como hacen los habitantes del Pégu. El presidente se puso a beber y halló consuelo para sus males al término de la tercera botella de vino; como aún les sobraban dos horas antes de tener que regresar a Olincourt, prepararon los caballos y partieron.

—Duro aprendizaje, marqués, el que me habéis hecho hacer aquí —dice el provenzal, ya en la silla.

—Y no será el último, amigo mío —le contesta d’Olincourt—; el hombre ha nacido para superar pruebas y los hombres de leyes más que nadie; bajo el armiño es donde la estupidez erigió su templo y no respira en paz más que en vuestros tribunales; pero aparte de lo que podáis objetar, ¿era necesario abandonar el castillo sin averiguar lo que allí ocurría?

—¿Acaso hemos ganado algo con saberlo?

—Por supuesto, ahora podemos presentar vuestra querella con mucho más fundamento.

—¿Querella? Que me lleve el diablo si presento alguna, me guardaré, lo que me ha tocado en suerte y os estaré infinitamente agradecido si no le habláis a nadie de ello.

—Amigo mío, no sois consecuente; si es ridículo presentar una querella cuando le molestan a uno, ¿por qué las estáis siempre buscando, por qué la recomendáis sin cesar? ¡Cómo! Vos que sois uno de los mayores enemigos del crimen, ¿queréis que quede impune cuando ha quedado tan manifiesto? ¿No es uno de los mayores axiomas de la jurisprudencia suponer que aunque la parte lesionada de su desistimiento, resulta de ello una satisfacción para la justicia? ¿No ha sido visiblemente violada con todo lo que os acaba de suceder? ¿Vais a rehusarle el legítimo incienso que ella exige?

—Todo lo que queráis, pero no diré una sola palabra.

—¿Y la dote de vuestra esposa?

—Confiaré en la equidad del barón y le encargaré la tarea de limpiar esta afrenta.

—Él no se meterá en esto.

—Muy bien, pues comeremos mendrugos.

—¡El valiente! Conseguiréis que vuestra esposa os maldiga y se arrepienta toda su vida de haber unido su suerte a la de un cobarde de vuestra especie.

—Oh, sí, me parece que remordimientos vamos a tener muchos cada uno por su parte, pero ¿por qué queréis que yo presente ahora una denuncia cuando tanto lo desaprobabais antes?

—Yo no sabía de lo que se trataba; mientras pensé que se podía vencer sin ayuda de nadie elegí esa solución como la más sensata, y ahora, cuando me parece indispensable reclamar en nuestro favor el apoyo de las leyes os lo propongo. ¿Qué hay de inconsecuente en mi conducta?

—De maravilla, de maravilla —contesta Fontanis desmontando, pues ya habían llegado a Olincourt—; pero os ruego no decir una sola palabra, es el único favor que

os pido.

Aunque no habían estado ausentes más que dos días, en casa de la marquesa había muchas novedades; la señorita de Téroze estaba en cama, una presunta indisposición provocada por la inquietud, por la angustia de saber a su marido en peligro la retenía en el lecho desde hacia veinticuatro horas; un atractivo camisón, veinte varas de gasa alrededor de su cabeza y de su cuello…, una palidez verdaderamente conmovedora que, al hacerla cien veces aún más hermosa, reavivó los ardores del presidente a quien la pasiva flagelación que acaba de sufrir inflamaba aún más el físico. Delgatz se hallaba junto al lecho de la enferma y advirtió a Fontanis en voz baja que ni siquiera diera muestras de deseo en la dolorosa situación en que se encontraba su mujer, el momento crítico había sobrevenido en el periodo de la masturbación, se trataba nada menos que de una hemorragia.

—Diablos —exclamaba el presidente—, bien desdichado tengo que ser, acabo de hacerme desollar por esta mujer, y desollar de mano maestra, y aún se me priva del placer de tomarme la revancha con ella. Por lo demás, la población del castillo se había incrementado con tres personajes de los que es indispensable dar cuenta. El señor y la señora de Tottenville, gente acomodada de los alrededores, que traían con ellos a la señorita Lucila de Tottenville, su hija, jovencita morena y despabilada de unos dieciocho años de edad y que en nada desmerecía junto a los lánguidos encantos de Téroze.

(A fin de no tener por más tiempo en suspenso al lector, vamos a indicarle en seguida quiénes eran estos tres nuevos personajes que habían sido reclutados para la escena, bien para posponer su desenlace o bien para conducirla con mayor seguridad al fin propuesto. Tottenville era uno de esos arruinados caballeros de Saint-Louis que arrastran su orden por el fuego por unas cuantas cenas o por unos cuantos escudos y que aceptan con indiferencia cualquier papel que les propongan interpretar; su presunta mujer era una antigua aventurera en otro campo que, no teniendo ya edad para comerciar con sus encantos, se desquitaba traficando con los de los demás; en cuanto a la bella princesa que pasaba por hija suya, teniendo en cuenta semejante familia, fácil es imaginar a qué genero pertenecía: discípula de Paphos desde su infancia, ya había arruinado a tres o cuatro recaudadores de impuestos y era por su arte y por sus atractivos por lo que se la había especialmente adoptado; sin embargo, cada uno de estos personajes, escogidos de entre lo mejor que ofrecía su especie, con gran estilo, adiestrados a la perfección y poseyendo eso que se llama el barniz del buen tono, cumplía inmejorablemente lo que se esperaba de ellos, y resultaba difícil, al verles en compañía de caballeros y de damas de elevada condición, no creer que también ellos lo fueran).

Apenas entró el presidente, la marquesa y su hermana le pidieron informes de su aventura.

—No es nada —respondió el marqués, siguiendo las instrucciones de su cuñado —; es una cuadrilla de bribones que serán reducidos tarde o temprano, habrá que

saber lo que el presidente decida al respecto; para todos nosotros será un placer intercambiar opiniones con él.

Y como d'Olincourt se había apresurado a advertir en voz baja de sus éxitos y del deseo que tenía el presidente de que se relegasen al olvido, la conversación cambió de tema y no se volvió a hablar de los aparecidos de Téroze.

El presidente testimonió toda su inquietud a su mujercita y más aún el extremo pesar que sentía porque aquella maldita indisposición hubiera aún de aplazar el instante de su felicidad. Y como era tarde cenaron y se fueron a acostar sin que aquel día ocurriera nada extraordinario.

El señor de Fontanis, que, como buen leguleyo, añadía al cúmulo de sus buenas cualidades una extraordinaria inclinación por las mujeres, descubrió, no sin cierta veleidad, a la joven Lucila en el círculo de la marquesa de d'Olincourt, empezó por informarse, por medio de su confidente La Brie, sobre quién era la joven en cuestión, y éste, tras contestare de forma que alentaba el amor que veía nacer en el corazón del magistrado, le instó a seguir adelante.

—Es una joven de calidad —le contestó el pérfido confidente—, pero no por eso está a salvo de una proposición amorosa de un hombre de vuestra índole. Señor presidente —prosiguió el joven bribón—, vos sois el espanto de los padres y el terror de los maridos, y por muchos propósitos de sensatez que una persona del sexo femenino se haya podido fijar, muy difícil es que se muestre rigurosa con vos. Dejando a un lado la figura, y aunque sólo contara vuestra profesión, ¿qué mujer puede resistirse a los encantos de un servidor de la justicia, con esta gran toga negra, con este birrete cuadrado? ¿Acaso creéis que no se dice todo esto?

—Es cierto que es muy difícil defenderse de nosotros, a nuestras ordenes tenemos a cierto personaje que fue siempre el terror de las virtudes… Tú crees entonces, La Brie, que si yo dijera una palabra…

—Capitularía, no lo dudéis.

—Pero habría que guardarme el secreto. Bien sabes que en la situación en que me hallo es muy importante para mí no dar los primeros pasos con mi mujer con una infidelidad.

—¡Oh, señor!, la hundiríais en la desesperación, con la ternura que siente por vos.

—Sí, ¿crees que me ama un poco?

—Os adora, señor, y engañarla sería un crimen.

—Sin embargo, ¿crees que por otra parte…?

—Vuestros intereses progresarán de modo infalible, si así lo creéis, es sólo cuestión de actuar.

—¡Oh, mi querido La Brie!, me colmas de alegría. ¡Qué placer manejar dos intrigas al mismo tiempo y engañar a dos mujeres a la vez! ¡Sí, engañar, amigo mío engañar! ¡Qué voluptuosidad para un hombre de la ley!

Como consecuencia de estos estímulos, Fontanis se arregla, se emperifolla, se olvida de los latigazos que le abren las carnes, y mientras engatusa a su mujer, que

sigue guardando cama, apunta sus baterías hacia la astuta Lucila, que, tras escucharle al principio con pudor, va poco a poco poniéndole buena cara.

Cuatro días aproximadamente duraba ya esta intriga sin que nadie pareciese reparar en ella cuando se recibieron en el castillo avisos de las gacetas y de los mercurios invitando a todos los astrónomos a observar a la noche siguiente el paso de Venus bajo el signo de Capricornio.

—¡Oh, diablos, singular acontecimiento! —comentó el marqués como versado en ello nada más leer la noticia—. No me hubiera esperado nunca este fenómeno. Poseo, como sabéis, señoras, algunas nociones de esta ciencia; incluso yo mismo he escrito una obra en seis volúmenes sobre los satélites de Marte.

—¿Sobre los satélites de Marte? —contestó la marquesa con una sonrisa—. Pues no os son muy propicios, presidente; me asombra que hayáis escogido esa materia.

—Siempre bromeando, adorable marquesa; veo que mi secreto no ha sido guardado. Bien, sea como sea, siento mucha curiosidad por el acontecimiento que nos anuncian… ¿Y tenéis aquí algún sitio, marqués, a dónde podamos ir para observar la trayectoria de ese planeta?

—Desde luego —respondió el marqués—. ¿Acaso no hay encima de mi palomar un observatorio muy bien equipado? En él encontraréis magníficos telescopios, cuartos de círculo, compases, en una palabra, todo lo que caracteriza a un gabinete de astronomía.

—¡Con que sois un poco del oficio!

—No, en absoluto, pero uno tiene ojos como cualquiera, se tropieza con personas cultas y uno se alegra, por ellas, de estar instruido.

—Muy bien, para mí será un placer daros algunas lecciones en seis semanas; os enseñaré a conocer la tierra mejor que Descartes o Copérnico.

Mientras tanto llega el momento de trasladarse al observatorio: el presidente estaba desolado porque la indisposición de su esposa fuera a privarle del placer de hacerse el erudito delante de ella, sin sospechar, el pobre diablo, que era ella quien iba a representar el papel principal en esta singular comedia.

Aunque los globos no fuesen conocidos por el público eran ya conocidos en 1789, y el hábil físico que había ingenia o este del que vamos a hablar, más sabio que ninguno de os que le siguieron, tuvo el buen sentido de quedarse mirando como los demás y de no decir una sola palabra cuando unos intrusos fueron a robarle su descubrimiento. En el centro de un aeróstato perfectamente construido, a la hora fijada la señorita de Téroze debía elevarse en brazos del conde de Elbéne, y esta escena, vista desde muy lejos e iluminada tan solo por una luz artificial y tenue, había de ser lo bastante bien representada como para impresionar a un necio como el presidente, que no había leído en toda su vida ni una sola obra sobre la ciencia de la que se jactaba.

Todo el grupo sube a lo alto de la torre, se proveen de catalejos y el globo se eleva.

—¿Lo veis? —se preguntan unos a otros.

—Todavía no.

—Sí, ya lo tengo, lo veo.

—No, no es eso.

—Perdonad, a la izquierda, a la izquierda; poneos mirando hacia el Oriente.

—¡Ah, ya lo tengo! —exclama el presidente entusiasmado—. ¡Ya lo tengo, amigos míos! Haced lo que yo haga… Un poco más cerca de Mercurio, no tan lejos como Marte, muy por encima de la elipse de Saturno. Allí está, ¡ah, gran Dios! ¡Qué hermoso es!

—Lo estoy viendo como vos —dice el marqués—. Realce es algo soberbio. ¿Podéis ver la conjunción?

—La tengo al extremo de mi lente…

Y el globo pasa en este momento por encima de la torre.

—¿Y bien? —pregunta el marqués—. ¿Estaban equivocados los avisos que recibimos? ¿No está aquí Venus por encima del Capricornio?

—Sin lugar a dudas —responde el presidente—. Es el espectáculo más hermoso que he visto en toda mi vida.

—Quién sabe —añadió el marqués si tendréis que subir tan arriba para verlo a vuestro gusto.

—¡Ah, marqués! ¡Qué fuera de lugar están vuestras bromas en un momento tan sublime!

Y cuando el globo se perdió en la oscuridad, todos bajaron contentísimos por el alegórico fenómeno que el arte acababa de prestar a la naturaleza.

—Estoy verdaderamente desolado porque no hayáis venido a compartir con nosotros el placer que nos ha proporcionado este acontecimiento —aseguró al volver el señor de Fontanis a su esposa, a la que halló de nuevo en su lecho—. Es imposible contemplar nada más hermoso.

—Os creo —responde la joven—, pero me han dicho que había en todo ello tal cantidad de cosas indecentes que, en el fondo, no siento en absoluto no haber visto nada.

—¿Indecentes? —replica el presidente con una sonrisa burlona, llena de encanto —. ¡Oh, no!, en absoluto; es una conjunción. ¿Acaso hay algo en la naturaleza que no lo sea? Es lo que tanto me gustaría que sucediera al fin entre nosotros, y que se llevara a efecto en cuanto lo deseéis. Pero decidme, en honor a la verdad, dueña soberana de mis pensamientos… ¿No es bastante tener en suspenso a vuestro esclavo? ¿No vais a concederle pronto la recompensa a sus pesares?

—¡Ay, ángel mío! —le responde amorosamente su joven esposa—. Creed que lo procuro con tanta ansiedad como vos, por lo menos, pero ya veis mi estado… Y lo veis sin lamentarlo, cruel, aunque sea obra vuestra del principio al fin: no os atormentéis tanto por lo que os interesa y antes me repondré.

El presidente se sentía por las nubes al verse lisonjeado de esta forma; se

pavoneaba, erguía la cabeza. Jamás picapleitos alguno, ni siquiera los que acaban de colgar a alguien, había mostrado nunca un cuello tan estirado. Pero como, con todo ello, los obstáculos se multiplicaban por el lado de la señorita de Téroze, mientras que por el de Lucila, por el contrario, todo eran mieles, Fontanis no dudó en preferir los mirtos floridos del amor a las tardías rosas del himeneo. La una no se me puede escapar —decía para sí—, la tendré siempre que me apetezca, pero la otra a lo mejor no se queda aquí más que un momento.

Hay que darse prisa y sacarle partido, y de acuerdo con estos principios Fontanis no desperdiciaba ninguna ocasión que pudiera servir a sus intrigas.

—¡Ay, señor! —le decía un día esta joven con fingido candor—. ¿No me convertiré en la más desdichada de las criaturas si os concedo lo que me pedís…? Comprometido como vos lo estáis, ¿podréis alguna vez reparar el daño que infringiríais a mi reputación?

—¿Qué queréis decir con reparar? No se repara nada en esos casos, es lo que se llama arar en el mar; no tendremos más que reparar uno que otro. Con un hombre casado no hay nunca nada que temer, porque él es el primer interesado en el secreto, y así, pues, eso no os impedirá encontrar un marido.

—Y la religión y el honor, señor…

—Todo eso son pamplinas, corazón mío; bien veo que como una Inés y que necesitáis pasar algún tiempo en escuela. ¡Ah, cómo voy a hacer que desaparezcan todos esos prejuicios de la infancia!

—Pero yo creía que vuestra condición os obligaba a respetarlos.

—Pues claro que sí, por fuera; nosotros no tenemos para nosotros más que el exterior; hay que impresionar con él al menos, pero una vez despojados de ese vano decoro que nos obliga a ciertos miramientos nos parecemos en todo al resto de los mortales. ¡Oh!, ¿cómo podríais creemos libres de sus vicios? Nuestras pasiones, mucho más encendidas por el relato o la continua pintura de las de los demás, no nos hacen diferentes más que por los excesos que ellos no saben apreciar y que constituyen nuestras delicias diarias; al amparo casi siempre de las leyes con que hacemos temblar al prójimo, esa impunidad nos inflama y nos va haciendo más y más alevosos…

Lucila escuchaba todas estas futilidades, y a pesar del horror que le inspiraban el físico y la moral de este abominable personaje, seguía dándole facilidades, pues sólo con esa condición le había sido prometida la recompensa. Cuanto más progresaban los amoríos del presidente, más insoportable le iba volviendo su fatuidad: no hay en el mundo nada tan divertido como un picapleitos enamorado; es el cuadro más acabado de la torpeza, de la impertinencia y de la necesidad. Si el lector ha visto en alguna ocasión a un pavo cuando se dispone a multiplicar su especie, ya tiene la idea más cabal del esbozo que querríamos ofrecerle. Por más esfuerzos que hacía por disimular, un día en que su insolencia le había puesto, no obstante, demasiado al descubierto, el marqués quiso emprenderla con él en la mesa y humillarle delante de

su diosa.

—Presidente —le dijo—, acabo de recibir ciertas noticias que os habrán de afligir.

—¿Cuáles, pues?

—Se asegura que el Parlamento de Aix va a ser suprimido; el pueblo se queja de que es inútil. A Aix le hace mucha menos falta un Parlamento que a Lyon, y esta última ciudad, demasiado alejada como para depender de París, englobará a toda la Provenza; la domina y está muy convenientemente situada para albergar en su seno a los jueces de una provincia tan importante.

Ese arreglo carece de sentido común. Es acertado. Aix esta en el fin del mundo; un provenzal, viva donde viva, siempre preferirá ir a Lyon para sus asuntos que a vuestro lodazal de Aix. Caminos espantosos, ni un solo puente sobre ese Durance que, como vuestras cabezas, se sale de sus cauces nueve meses al año, y además, no os lo voy a ocultar, ciertos a los particulares. Ante todo se censura vuestra composición, no hay, según se afirma, ni un solo individuo en todo el Parlamento de Aix que tenga un nombre… Comerciantes de atún, marineros, contrabandistas; en una palabra, una cuadrilla de picaros despreciables con los que la nobleza no quiere tener el menor trato y que oprime al pueblo para resarcirse del descrédito en que vive: zopencos, imbéciles… Perdonad, presidente, os digo lo que me han comunicado; después de cenar os dejaré la carta para que la leáis. Unos bellacos, en suma, que llevan el fanatismo y el escándalo hasta el punto de dejar en su ciudad, como prueba inequívoca de su integridad, un patíbulo siempre levantado, que no es sino un monumento de su zafio rigorismo, cuyas piedras debería arrancar el pueblo para lapidar a esos insignes verdugos que con tanta insolencia aún se atreven a imponerle su yugo; uno se extraña de que no lo haya hecho todavía, y parece ser que no va a tardar demasiado… Un sinnúmero de injustas detenciones, una afectación de severidad cuyo único objeto es el de permitirse todos los crímenes legales que les viene en gana perpetrar y otras cosas, en fin, mucho más serias que habría que añadir a todo esto… Se llega a decir abiertamente que son encarnizados enemigos del Estado y que lo han sido en todas las épocas. El público horror que inspiraron vuestros excesos de Mérindol aún no se ha extinguido en los corazones. ¿No ofrecisteis en aquella ocasión el espectáculo más espantoso que se pueda describir? ¿Puede uno imaginar sin estremecerse a los depositarios del orden, de la paz y de la justicia asolando la provincia como enloquecidos, con una antorcha en una mano y el puñal en la otra, quemando, matando, violando y masacrando cuanto se les ponía por delante, como una partida de tigres enfurecidos escapados de la selva? ¿Es propio de unos magistrados conducirse de esa manera? Se recuerdan asimismo varias circunstancias en las que os negasteis obstinadamente a socorrer al rey en sus necesidades, y en diversas ocasiones estuvisteis más dispuestos a sublevar a la provincia que a permitir que se os incluyera en la nómina de contribuyentes. ¿Creéis que está olvidada aquella desdichada época en que, sin que os amenazara peligro

alguno, fuisteis, a Ja cabeza de los habitantes de vuestra ciudad, a entregar sus llaves al condestable de Borbón, que había traicionado a su rey, y aquella otra, cuando temblando nada más que por la proximidad de Carlos V, os apresurasteis a rendirle homenaje y a hacerle entrar dentro de vuestros muros? ¿No es bien sabido que fue en el seno del Parlamento de Aix donde se sembraron las primeras semillas de la Liga, y que en todos los tiempos no fuisteis más que unos facciosos, unos rebeldes, unos asesinos o unos traidores? Vosotros lo sabéis mejor que nadie, señores magistrados provenzales: cuando se desea perder a alguien se averigua todo cuanto haya podido hacer anteriormente; se sacan a relucir sus antiguas faltas para agravar la suma de las nuevas.

No os extreméis, pues, de que se comporten con vos como vos hicisteis con los desgraciados que inmolasteis en aras de vuestra pedantería. Aprended, mi querido presidente, que ultrajar a un ciudadano honrado y pacífico no le está más permitido a una corporación que a un particular, y si ese gremio persiste en una insensatez semejante, que no se sorprenda cuando vea alzarse contra él todas las voces, apelando a los derechos del débil y de la virtud en contra del despotismo y de la iniquidad.

El presidente, sin poder soportar estas acusaciones ni tampoco responder a ellas, se levantó de la mesa como un poseso, jurando que iba a abandonar la casa. Tras el espectáculo de un picapleitos enamorado no existe nada tan irrisorio como el de un picapleitos encolerizado; los músculos de su rostro, naturalmente moldeados por la hipocresía, forzados a pasar de súbito a las contorsiones de la ira, sólo lo van consiguiendo mediante violentas gradaciones cuya evolución es sumamente cómica de ver. Cuando ya se habían divertido bastante con su arrebato de despecho, como aún no se había llegado a la escena que debía, o al menos eso esperaban, librarles de él para siempre, se esforzaron en tranquilizarle, acudieron junto a él y le apaciguaron. Olvidando con notable facilidad por la noche todas las pequeñas vejaciones de la mañana, Fontanis recobró su talante habitual y todo se olvidó.

La señorita de Téroze iba mejorando, y aunque algo abatida exteriormente, bajaba, no obstante, para las comidas e incluso salía a pasear un poco con todos los demás. El presidente, ya con menos prisas, pues Lucila le tenía totalmente ocupado, comprendió que bien pronto no iba a poder ocuparse más que de su mujer. Por consiguiente, decidió precipitar la otra intriga. Había llegado el momento crítico; la señorita de Tottenville no oponía ya el menor reparo, y no se trataba más que de encontrar un lugar seguro para el encuentro. El presidente propuso su dormitorio de soltero. Lucila, que no dormía en la habitación de sus padres, aceptó encantada ese sitio para la noche siguiente y en seguida se lo comunicó al marqués; le señalan su papel y el resto de la jornada transcurre tranquilamente. Hacia las once, Lucila, debía acudir antes que él al lecho del presidente, con ayuda de una llave que éste le había confiado, pretextó un dolor de cabeza y salió. Un cuarto de hora después, el impaciente Fontanis va a retirarse, pero la marquesa decide que aquella noche, para honrarle, quiere acompañarle hasta su aposento. Todos los presentes comprenden la

broma, la señorita de Téroze es la primera en regocijarse, y haciendo caso omiso del presidente, que está con el alma en vilo y que habría deseado sustraerse a aquella ridícula atención, o al menos prevenir a la que pensaba que iba a ser sorprendida, cogen unos candelabros, los hombres pasan delante, las damas rodean a Fontanis y en este divertido cortejo llegan a la puerta de su habitación… Nuestro infortunado galán apenas podía respirar.

—Yo no respondo de nada —decía balbuceando—. Pensad en la imprudencia que cometéis. ¿Quién os asegura que el objeto de mis amores no esté tal vez esperándome en este preciso instante en mi cama? Y si así fuera, ¿os dais cuenta de todo lo que puede resultar de la inconsecuencia de vuestro proceder?

—A todo evento —contesta la marquesa abriendo la puerta de golpe—. Vamos, belleza, que por lo visto estáis esperando al presidente en su cama; dejaos ver y no tengáis miedo.

Pero cuál no sería la sorpresa general cuando las luces colocadas enfrente del lecho descubren a un asno monstruoso blandamente recostado sobre las sábanas y que, por una divertida fatalidad, satisfechísimo sin duda del papel que le hacían representar, se había dormido apaciblemente sobre el lecho del magistrado y roncaba con voluptuosidad.

—¡Ah, pardiez! —exclamó d'Olincourt, reprimiendo la risa—. Presidente, contempla un instante la dichosa sangre fría de este animal. ¿No se podría decir que es uno de tus colegas de la audiencia?

El presidente, sin embargo, muy contento por salir bien librado con esta broma, se figuraba que así se correría un velo sobre todo lo demás, y que Lucila, al darse cuenta, habría tenido la prudencia de no dejar que se sospechara su intriga en lo más mínimo; el presidente, repito, se empezó a reír con el resto. Sacaron como mejor pudieron al jumento, muy afligido por haber sido interrumpido en su sueno, pusieron sábanas blancas y Fontanis reemplazó muy dignamente al más soberbio asno que se había encontrado en la comarca.

—Verdaderamente es igual —comentó la marquesa cuando le vio acostado—. Nunca pensé que existiera un parecido tan asombroso entre un asno y un presidente del Parlamento de Aix.

—Qué equivocación la vuestra, señora —replico el marqués—. ¿No sabéis que ese tribunal ha elegido siempre sus miembros de entre estos doctores? Apostaría a que el que habéis visto salir de aquí fue su primer presidente.

La primera preocupación de Fontanis a la mañana siguiente fue preguntarle a Lucila cómo se las había arreglado para salir del aprieto: ella, bien asesorada, le contestó que al darse cuenta de la broma se había retirado en seguida, pero con la inquietud, no obstante, de haber sido traicionada, cosa que le había hecho pasar una noche espantosa, deseando ardientemente que llegara el momento en que pudiese aclararlo todo. El presidente la tranquilizó y obtuvo la revancha para el día siguiente; la pudibunda Lucila se hizo un poco de rogar, Fontanis se puso aún más ardoroso y

todo quedó fijado conforme a sus deseos. Pero si la primera cita había sido estropeada por una cómica escena, ¡qué fatal acontecimiento iba a dar al traste con la segunda! Los detalles se arreglan como dos días antes; Lucila se retira la primera, el presidente la sigue poco después, sin que nadie se interponga; la encuentra en el lugar convenido, y estrechándola entre sus brazos se disponía ya a darle pruebas inequívocas de su pasión… De pronto las puertas se abren: son el señor y a señora de Tottenville, la marquesa, la señorita de Téroze en persona.

—¡Monstruo! —exclama esta última, arrojándose enfurecida sobre su marido—. ¿Así es como te ríes de mi candor y mi ternura?

—Hija atroz —le dice el señor de Tottenville a Lucila, que se ha arrojado a los pies de su padre—. Es así como abusas de la honesta libertad que te concedíamos…

Por su parte, la marquesa y la señora de Tottenville lanzan miradas enfurecidas a los dos culpables, y la señora de d'Olincourt pasa de este primer gesto a recoger a su hermana, que se desmaya en sus brazos. Difícilmente se podría describir el semblante de Fontanis en medio de esta escena: la sorpresa, la vergüenza, el terror, la inquietud, todos estos dispares sentimientos le agitan a la vez y le inmovilizan como a una estatua; entretanto llega el marqués, se informa y se entera con indignación de cuanto sucede.

—Señor —le dice con severidad el padre de Lucila—, nunca me habría esperado que en vuestra casa una joven honesta pudiera temer afrentas de esta índole; no os extrañe que no esté dispuesto a tolerarlo y que mi mujer, mi hija y yo partamos al instante para pedir justicia a aquellos de quienes debemos esperarla.

—En verdad, señor —dice entonces el marqués con sequedad al presidente—, convendréis en que estas son escenas que poco podía esperarme. ¿No fue para deshonrar a mi cuñada y a mi casa por lo que quisisteis uniros a nosotros?

Después, dirigiéndose a Tottenville:

—Nada más justo, señor, que la reparación que exigís, pero me atrevo a rogaros encarecidamente que procuréis evitar el escándalo. No es por este bellaco por quien os lo pido, no es digno más que de desprecio y de escarmiento, es por mí, señor, por mi familia, por mi desdichado suegro, que, después de depositar toda su confianza en este pantalón, va a morir del pesar de haberse equivocado.

—Me gustaría complaceros, señor —responde con altivez el señor de Tottenville, llevando a su mujer y a su hija—, pero me permitiréis que ponga mi honor por encima de todas esas consideraciones. No os veréis comprometido, caballero, en la querella que voy a presentar; sólo este malnacido lo estará… Me permitiréis que no escuche nada más y que acuda al instante allí donde la venganza me reclama.

Con estas palabras, los tres personajes se van, sin que ningún esfuerzo humano pueda detenerlos, y vuelan, según dicen, a París, a presentar un recurso contra las humillaciones que ha querido infligirles el presidente Fontanis… Mientras tanto, en el desdichado castillo no reina ya más que la inquietud y la desesperación; la señorita de Téroze, apenas restablecida, vuelve a caer enferma en el lecho con una fiebre que

se asegura que es peligrosa; el señor y la señora d'Olincourt prorrumpen en amenazas contra el presidente, que, no disponiendo contra los rigores que le amenazan de mas asilo que aquella mansión, no se atreve a revolverse contra las reprimendas que con tanta justicia le dirigen. Y ya duraba tres días este estado de cosas, cuando ciertos informes secretos comunican al marqués al fin que el asunto empieza a ser de lo más serio, que se está viendo por lo criminal y que están a punto de condenar a Fontanis.

—¿Pero cómo? ¿Sin escucharme? —pregunta el asustado presidente.

—Es la regla —le contesta d'Olincourt—. ¿Acaso se conceden medios de defensa a quien la ley condena? ¿Uno de vuestros hábitos más respetables no es el de deshonrarle antes de escucharle? Contra vos no emplean más que las armas de que os habéis servido contra los demás. Después de ejercer la justicia durante treinta años, ¿no es razonable que, al menos una vez en vuestra vida, seáis vos su víctima?

—¿Pero por un asunto de mujeres…?

—¿Cómo que por un asunto de mujeres? ¿Acaso no sabéis que ésos son los más peligrosos? El desdichado incidente, cuyos recuerdos os han costado quinientos a Sazos, ¿qué otra cosa era sino un asunto de mujerzuelas? ¿No creísteis en cierta ocasión que por un asunto de mujerzuelas os estaba permitido deshonrar a un gentilhombre? El talión, presidente, la ley del talión; esa es vuestra brújula Acatadla con entereza.

—¡Cielos! —exclama Fontanis—. En el nombre de Dios ¡no me abandonéis, hermano mío!

—Estad seguro de que os ayudaremos —le contesta d'Olincourt—, a pesar de la injuria que nos habéis infligido y de las quejas que tenemos contra vos, pero el único medio es riguroso…, vos lo conocéis.

—¿Cuál es?

—La magnanimidad del rey o una orden de detención; es lo único que se me ocurre.

—¡Qué funestos extremos!

Convengo en ello, pero ¿sabéis de otros? ¿Preferís salir de Francia y desaparecer para siempre o que unos años de cárcel arreglen tal vez todo esto? Además, este procedimiento que tanto os subleva, ¿no lo habéis empleado vos y los vuestros? ¿No fue con vuestras bárbaras recomendaciones como acabasteis de hundir a aquel gentilhombre al que los espíritus tan cumplidamente han vengado? ¿No llegasteis a poner a aquel desventurado militar, a base de prevaricaciones tan peligrosas como castigables, entre la prisión o la infamia? ¿No cesasteis en vuestra despreciable persecución a condición de que fuera aniquilado por la del rey? No hay, pues, nada sorprendente querido amigo, en lo que yo os propongo; no sólo conocéis ya esa solución, sino que en este momento os debería parecer deseable.

—¡Oh, recuerdos atroces! —exclama el presidente, derramando lágrimas—. ¡Quién iba a decirme que la venganza del cielo estallaría sobre mi cabeza en el momento casi en que se consumaban mis crímenes! Me devuelven cuanto he hecho,

sufrámoslo, sufrámoslo y callemos.

Pero como cualquier gestión corría prisa, la marquesa aconsejó decididamente a su marido que fuera a Fontainebleau, en donde se hallaba entonces la Corte. En lo que respecta a la señorita de Téroze, ella no entraba en modo alguno en esta recomendación; el rencor, por fuera, y el conde de Elbéne, por dentro, la seguían reteniendo en su alcoba, cuya puerta estaba invariablemente cerrada para el presidente. Éste se había llegado hasta allí varias veces y había tratado de que se le abriera como pago a sus remordimientos y a sus lágrimas, pero siempre infructuosamente.

El marqués, pues, partió. El trayecto era corto y regresó dos días después, escoltado por dos oficiales de justicia y provisto de una orden cuya simple visión hizo estremecer al presidente en todos sus miembros.

—No podíais haber llegado más a propósito —dijo la marquesa, que fingía haber recibido ciertos informes de París mientras su marido estaba en la Corte—. El proceso se sigue por lo extraordinario, y mis amigos me escriben que hay que hacer que el presidente se escape, cuanto antes mejor. Mi padre ha sido informado; está sumido en la desesperación; nos recomienda que atendamos cumplidamente a su amigo y que le transmitamos el pesar que le ha producido todo esto… Su salud no le permite ayudarle más que con deseos, que más sinceros serían si él hubiera sido más cuerdo… Esta es la carta.

El marqués la leyó con rapidez, y después de exhortar a Fontanis, a quien le costaba un tremendo esfuerzo decidirse por la prisión, le encomendó a sus dos guardias, que no eran sino dos sargentos de caballería de su regimiento, y le instó a que se consolara, con tanto más motivo puesto que no iba a perderle de vista.

—He obtenido con muchísimo esfuerzo —le dijo— una fortaleza situada a cinco o seis leguas de aquí; allí estaréis a las órdenes de un viejo amigo mío que os tratará como si fuerais yo mismo; le envío con vuestros guardias un mensaje para recomendaros aún con mayor interés, así, pues, estad tranquilo.

El presidente lloró como un niño; nada es tan amargo como los remordimientos del crimen, que ve cómo se vuelven en su contra todas las calamidades que él mismo ha desencadenado… Pero no por eso era menos necesario ponerse en marcha. Suplicó encarecidamente que le permitieran abrazar a su esposa.

—Vuestra esposa —le contestó la marquesa secamente— por fortuna aún no lo es, y en medio de todas nuestras calamidades ese es el único consuelo que nos queda.

—Sea —respondió el presidente—, me armaré de valor para soportar este nuevo golpe —y subió al coche de los oficiales.

El castillo al que conducían al desdichado era el de una posesión de la dote de la señora de d’Olincourt, y todo estaba preparado para recibirle. Un capitán del regimiento de Olincourt, hombre severo y huraño, estaba encargado de representar el papel de gobernador. Recibió a Fontanis, despidió a los guardias, y al tiempo que enviaba a su prisionero a una pésima habitación, le dijo sin ambages que tenía

respecto a él órdenes ulteriores de una severidad que le era imposible eludir. Abandonaron en esta cruel situación al presidente durante cerca de un mes. Nadie le visitaba, no le servían más que sopa, pan y agua; se acostaba sobre un montón de paja, en una habitación de una humedad espantosa, y no entraban en ella más que como en la Bastilla, es decir, como en un parque de fieras, única y exclusivamente para llevarle la comida. Durante esta funesta reclusión el desventurado leguleyo se entregó a crueles reflexiones, que nadie estorbó lo más mínimo. Al fin, el falso gobernador apareció y tras consolarle a medias le habló de la siguiente manera:

—No os puede caber la menor duda, señor —le dijo—, de que el primero de vuestros errores fue querer uniros a una familia tan por encima de vos en todos los aspectos, barón de Téroze y el conde d'Olincourt son gentes de la más rancia nobleza, considerados en toda Francia, y vos no mis más que un miserable picapleitos provenzal, tan sin nombre como sin crédito, sin patrimonio como sin reputación; simplemente con que os hubierais mirado un instante vos mismo habríais tenido que confesar al barón de Téroze que se engañaba acerca de vos y que no erais en modo alguno digno de su hija. ¿Cómo pudisteis, además, creer ni por un momento que esa joven, hermosa como el amor, pudiera ser la esposa de un mono viejo y feo como vos? Lino se puede ofuscar, pero no hasta ese extremo. Las reflexiones que, sin duda, habréis hecho durante vuestra estancia aquí deben haberos convencido de que desde que estáis en casa del marqués d'Olincourt, hace cuatro meses, no habéis servicio más que de juguete y de objeto de mofa. Gentes de vuestra condición y de vuestro carácter, de vuestra profesión y vuestra estupidez, de vuestra maldad y de vuestra bellaquería, no deben esperar más que un trato ele esa índole. Con mil ardides, más divertidos los unos que los otros, os han impedido gozar de aquella a la que pretendíais, han hecho que os den quinientos correazos en un castillo poblado de fantasmas, os han mostrado a vuestra esposa en brazos e aquella quien ella adora, cosa que neciamente tomasteis por un fenómeno; os han puesto frente a frente con una ramera contratada que se ha burlado de vos, y para acabar, os han encerrado en este castillo donde sólo e d'Olincourt, mi coronel, depende teneros en él hasta el fin de vuestros días, cosa que se cumplirá, sin lugar a dudas, si os negáis a firmar este documento que tengo aquí. Considerad, antes de leerlo, señor —prosiguió el supuesto gobernador—, que en el mundo pasáis por un hombre que iba a casarse con la señorita de Téroze, pero en modo alguno no por su marido; vuestro himeneo se efectuó lo más en secreto posible; los escasos testigos han accedido a retirar sus firmas; el cura ha devuelto el acta, aquí está; el notario ha enviado el contrato, podéis verlo delante de vuestros ojos; además, nunca os habéis acostado con vuestra esposa. Vuestro matrimonio es, por tanto, nulo; ha sido disuelto tácitamente y por propia voluntad de todas las partes, cosa que da a la ruptura tanta fuerza como si fuera obra de las leyes civiles y religiosas; aquí tenéis también las renuncias del barón de Téroze y de su hija, ya no falta más que la vuestra; aquí está, señor, elegid entre firmar este papel por las buenas o la seguridad de acabar aquí vuestros días… Responded, no

tengo nada más que decir.

El presidente, tras reflexionar un poco, cogió el papel y leyó estas palabras:

«Declaro a cuantos lean esto que yo no he sido jamás esposo de la señorita de Téroze; le restituyo por escrito todos los derechos que en una ocasión se pensó darme sobre ella, y aseguro que no los reclamaré en toda mi vida. Además, no tengo más que palabras de agradecimiento por el comportamiento que tanto ella como su familia han observado conmigo a lo largo del verano que he pasado en su casa. De común acuerdo, por propia voluntad de uno y otro, renunciamos mutuamente a los proyectos de unión que se habían forjado respecto a nosotros y nos devolvemos recíprocamente la libertad de disponer de nuestras personas, como si la intención de unirnos no hubiera existido jamás. Y es con plena libertad de cuerpo y espíritu como firmo esto en el castillo de Valnord, propiedad de la señora marquesa d'Olincourt».

—Me habéis dicho, señor —preguntó el presidente tras la lectura de estas líneas—, lo que me esperaba si no lo firmaba, pero no habéis dicho ni una palabra de lo que me ocurriría si accediese a todo esto.

—La recompensa, señor, será vuestra libertad inmediatamente —le contestó el falso gobernador—, el ruego de que aceptéis esta joya de doscientos luises de parte de la señora marquesa d'Olincourt y la seguridad de encontrar a la puerta del castillo a vuestro criado y dos caballos que os esperan para llevaros de nuevo a Aix.

—Firmo y me voy, caballero; demasiadas ganas tengo de librarme de toda esta gente para vacilar ni un solo instante.

—Eso está muy bien, presidente —respondió el capitán recogiendo el escrito firmado y entregándole la alhaja—, pero tened cuidado con vuestra conducta. Si una vez fuera la manía de vengaros se apoderase en alguna ocasión de vos, pensad bien antes de pasar a la acción que os las tenéis que ver con un adversario temible; que esta poderosa familia a la que ofenderíais, a toda ella, con vuestro proceder, os haría pasar por loco, y que el hospital de esos desgraciados sería hasta el final vuestra última morada.

—No temáis nada, señor —replicó el presidente—, yo soy el más interesado en no volver a tener nada que ver con tales personas, y os aseguro que sabré cómo evitarlas.

—Os lo aconsejo, presidente —contestó el capitán, abriéndole al fin su prisión—, y que esta comarca no os vuelva a ver jamás.

—Tenéis mi palabra —respondió el picapleitos, montando en un caballo—. Con esta pequeña aventura estoy escarmentado de todos mis vicios; aunque viviera aún mil años no volvería otra vez a buscar esposa en París. Alguna vez llegué a comprender el pesar de ser cornudo después de la boda, pero jamás oí que fuera posible serlo antes… Con la misma prudencia, con idéntica discreción en mis actuaciones, ya no me volveré a erigir en mediador entre unas rameras y gentes que valen mucho más que yo. Demasiado caro cuesta tomar partido por esa clase de damiselas, y no deseo volver a tener nada que ver con personas que cuentan con

espíritus prestos a vengarlas.

El presidente desapareció, y tras hacerse juicioso a sus expensas no se volvió a oír hablar de él. Las rameras se querellaron, pero en Provenza no se las siguió ya protegiendo y las costumbres ganaron con ello, pues las jovencitas, al verse privadas de este indecente sostén, prefirieron el camino de la virtud a los peligros que podían acecharlas en la senda del vicio, cuando los magistrados fuesen lo bastante cuerdos como para ver el terrible disparate de mantenerlas en ella gracias a su protección.

Parece indudable que durante el arresto del presidente, el marqués d’Olincourt, después de hacer que el barón de Téroze se retractara de sus demasiado favorables prejuicios sobre Fontanis, se ocupó de que todas las disposiciones que acabamos de ver fueran celosamente cumplidas. Su habilidad y su reputación obraron tan brillantes resultados, que tres meses después la señorita de Téroze se desposó públicamente con el conde Elbéne, con el que vivió perfectamente dichosa.

—A veces siento cierto pesar por haber maltratado de esa manera a aquel hombre despreciable —decía un día el marqués a su encantadora cuñada—, pero cuando veo, por un lado, la felicidad que resulta de mi comportamiento, y por otro, me convenzo de que no he humillado más que a un truhán inútil a la sociedad, profundamente enemigo del Estado, perturbador de la paz pública, verdugo de una familia honrada y respetable, difamador notorio de un gentilhombre al que estimo y a quien tengo el honor de corresponder, me consuelo repitiendo con el filósofo: «¡Oh, Providencia soberana! ¿Por que los recursos de los hombres han de ser tan limitados que nunca se pueda alcanzar el bien sino a costa de un poco de mal?».

Este cuento fue terminado el 16 de julio de 1787, a las diez de la noche.

Hay sitio para los dos

Una hermosísima burguesa de la calle Saint-Honoré, de unos veinte años de edad, rolliza, regordeta, con las carnes más frescas y apetecibles, de formas bien torneadas aunque algo abundantes y que unía a tantos atractivos presencia de ánimo, vitalidad y la más intensa afición a todos los placeres que le vedaban las rigurosas leyes del himeneo, se había decidido desde hacía un año aproximadamente a proporcionar dos ayudas a su marido que, viejo y feo, no sólo le asqueaba profundamente, sino que, para colmo, tan mal y tan rara vez cumplía con sus deberes que, tal vez, un poco mejor desempeñados hubieran podido calmar a la exigente Dolméne, que así se llamaba nuestra burguesa. Nada mejor organizado que las citas concertadas con estas dos amantes, a Des-Roues, joven militar, le tocaba de cuatro a cinco de la tarde, y de cinco y media a siete era el turno de Dolbreuse, joven comerciante con la más hermosa figura que se pudiera contemplar. Resultaba imposible fijar otras horas, eran las únicas en que la señora Dolméne estaba tranquila: por la mañana tenía que estar en la tienda, por la tarde a veces tenía que ir allí igualmente o bien su marido regresaba y había que hablar de sus negocios. Además, la señora Dolméne había confesado a una amiga que ella prefería que los momentos de placer se sucedieran así de seguidos: el fuego de la imaginación no se apagaba de esta forma —sostenía—, nada tan agradable como pasar de una placer a otro, no cabía el fastidio de tener que volver a empezar; pues la señora Dolméne era una criatura encantadora que calculaba al máximo todas las sensaciones del amor, muy pocas mujeres las analizaban como ella y gracias a su talento había comprendido que, bien mirado, dos amantes valían mucho más que uno solo; en cuanto a la reputación, daba casi lo mismo, el uno tapaba al otro, la gente podía equivocarse, podía tratarse siempre del mismo que iba y venía varias veces al día, y en lo que atañe al placer, ¡qué diferencia!

La señora Dolméne tenía un miedo cerval a los embarazos y convencida de que su marido no cometería nunca con ella la locura de estropearle el tipo, había asimismo calculado que con dos amantes existía mucho menos peligro de lo que tanto temía que con uno solo, pues —decía ella como bastante buena anatomista— los dos frutos se destruyen entre sí.

Cierto día, el orden establecido en las citas se alteró y nuestros dos amantes, que no se habían visto nunca, se hicieron amigos de una manera bastante divertida, como vamos a ver. Des-Roues era el primero, pero había llegado demasiado tarde y, como si fuese cosa del diablo, Dolbreuse, que era el segundo, llegó un poco antes.

El lector inteligente se dará cuenta en seguida de que la combinación de estos dos pequeños errores debía abocarles a un encuentro inevitable; se produjo, por supuesto. Pero mostremos cómo sucedió y si es posible aprendamos de ello con todo el recato y el comedimiento que exige semejante materia, ya de por sí de lo más licenciosa.

A instancias de un capricho bastante singular —y los hombres son propensos a tantos— nuestro joven militar, cansado del papel de amante, quiso interpretar por un

momento el de amada; en lugar de tenderse amorosamente a abrazado por los brazos de su divinidad, prefirió abrazarla a su vez; en una palabra, lo que suele quedar debajo, él lo puso encima, y tras este intercambio de papeles quien se inclinaba sobre el altar en el que habitualmente tenía lugar el sacrificio era la señora Dolméne, que desnuda como la Venus calipigia y tendida como estaba sobre su amante, enseñaba, en línea recta con la puerta de la habitación en la que se celebraba el misterio, eso que los griegos adoraban con tanta devoción en la estatua que acabamos de citar, esa región tan hermosa, en una palabra, que, sin que tengamos que irnos demasiado lejos para poner un ejemplo, cuenta en París con tantos adoradores. Tal era su postura cuando Dolbreuse, que tenía la costumbre de entrar sin más preámbulos, abre la puerta tarareando una cancioncilla y por todo panorama se le presenta aquello que, según se dice, una mujer verdaderamente honesta no debe nunca mostrar.

Lo que habría colmado de júbilo a tantísima gente, hace retroceder a Dolbreuse.

—¡Qué veo! —exclamó—. ¡Traidora…! ¿Esto es, pues; lo que me reservas?

La señora Dolméne, que en ese preciso instante se encontraba en una de esas crisis en las que la mujer actúa mejor de lo que razona, se apresura a contestar a semejante pretensión:

—Pero ¿qué diablos te pasa? —pregunta al segundo Adonis sin dejar de entregarse al primero—. No veo por qué ha de decepcionarte nada de esto; no nos molestes, amigo mío, y acomódate aquí, que puedes; como bien puedes ver hay sitio para los dos.

Dolbreuse, que no puede contener su risa ante la sangre iría de su amante, comprendió que lo mejor era seguir su consejo, no se hizo de rogar y parece ser que los tres ganaron con ello.

El marido escarmentado

A un hombre de edad ya madura, por más que hasta ese momento había vivido siempre sin una esposa, se le ocurrió casarse, y lo que tal vez hizo más en contradicción con sus sentimientos fue escoger a una jovencita de dieciocho años con el rostro más atractivo del mundo y el talle más adorable. El señor de Bernac, pues así se llamaba este marido, cometía una increíble estupidez al buscar una esposa, pues era menos versado que nadie en los placeres que procura el himeneo y las manías con que reemplazaba los castos y delicados placeres del vínculo conyugal distaban mucho de agradar a una joven de la manera de ser de la señorita de Lurcie, que así se llamaba la desdichada que Bernac acababa de encadenar a su vida. Y la misma noche de bodas confesó sus gustos a su joven esposa, tras hacerle jurar que no revelaría nada de ello a sus padres; se trataba —como señala el célebre Montesquieu— de ese ignominioso comportamiento que hace retroceder a la infancia: la joven esposa en la postura de una niña merecedora de un correctivo, se prestaba de esa forma, quince o veinte minutos más o nietos, a los brutales caprichos de su decrépito esposo, y era con la ilusión de esta escena con lo que él lograba saborear esa sensación de deliciosa embriaguez que todo hombre, con más sanos instintos, de seguro no habría querido más que en los amorosos brazos de Lurcie. La operación le pareció un poco dura a una muchacha delicada, bonita, criada en la comodidad y ajena a toda pedantería; no obstante, como le habían recomendado mostrarse sumisa pensó que todos los maridos se comportaban igual; tal vez el propio Bernac había alentado esa idea, y ella se entregó con la mayor honestidad del mundo a la depravación de su sátiro; todos los días se repetía lo mismo y a menudo dos veces en vez de una.

Al cabo de dos años la señorita de Lurcie, a la que seguiremos llamando con este nombre, ya que seguía siendo tan virgen como el día de su boda, perdió a su padre y a su madre, y con ellos la esperanza de lograr que hicieran más llevaderos sus sufrimientos, cosa que ya había empezado a pensar desde hacía algún tiempo.

Esa pérdida no hizo sino volver a Bernac aún más osado y si, en vida de sus padres, se había mantenido dentro de ciertos límites, cuando ella los perdió y vio que ya no le era posible acudir a nadie que pudiera vengarla, dejó a un lado todo comedimiento. Lo que al principio había parecido simplemente una broma se fue convirtiendo, poco a poco, en una auténtica tortura; la señorita de Lurcie no podía soportarlo por más tiempo, su corazón se fue agriando y no pensó ya más que en la venganza. La señorita de Lurcie veía a muy poca gente, su marido la hacía vivir tan retirada como le resultaba posible; el caballero d’Aldour, primo de ella, a pesar de todas las indirectas de Bernac, nunca había dejado de ir a visitarla; el joven poseía la más hermosa figura del mundo y, no desinteresadamente por cierto, seguía manteniendo con su prima un trato frecuente; el celoso, como era conocidísimo en sociedad, por temor a las burlas, no se atrevía a vedarle la entrada en su casa… La señorita de Lurcie puso sus esperanzas en aquel familiar para librarse de la esclavitud

en que vivía; escuchaba los requiebros que día tras día le dirigía su primo y por fin se abrió totalmente a él y se lo confesó todo.

—Vengadme de este infame —le dijo—, y hacedlo por medio de una escena tal que jamás se atreva a divulgarla; el día que así lo hagáis será el de vuestro triunfo, sólo a ese precio he de ser vuestra.

D'Aldour, encantado, se lo promete y su único afán es ya sólo el éxito de una aventura que había de proporcionarle momentos tan gratos. Cuando todo está preparado:

—Señor —le dice un día a Bernac—, tengo el honor de estar demasiado estrechamente ligado a vos y asimismo tengo en vos demasiada confianza como para no revelaros el secreto himeneo que acabo de contraer.

—¿Un himeneo secreto? —le contesta entusiasmado Bernac, viéndose ya libre de un rival que le hacía estremecer.

—Pues sí, señor; acabo de ligar mi destino al de una adorable esposa y mañana es cuando tiene que hacerme feliz; es una muchacha carente de fortuna, lo confieso, pero ¿qué me importa si yo la tengo por los dos? Me caso, para ser sincero, con toda una familia; son cuatro hermanas que viven juntas, pero como su compañía es tan agradable eso no hace sino aumentar mi felicidad… Me alegraría, señor —prosigue el joven—, que mañana vos y mi prima me hicierais el honor de asistir aunque no fuera más que al banquete de bodas.

—Señor, yo salgo muy poco y mi mujer todavía menos, ambos vivimos en un completo retiro, pero si a ella le apetece yo no tendré nada que objetar.

—Conozco vuestros gustos, señor —contesta d’Aldour— y os aseguro que seréis servido a la medida de vuestros deseos… A mí la soledad me gusta tanto como a vos; ademas, como ya os he dicho, tengo buenas razones para ser discreto: será en el campo, hace buen tiempo, todo os es propicio y yo os doy mi palabra de honor de que estaremos completamente solos.

Lurcie, en efecto, deja entrever ciertos deseos, su marido no se atreve a llevarle la contraria delante d’Aldour y la excursión queda fijada.

—¡Teníais que decir que sí a algo semejante! —exclama entre gruñidos tan pronto como se queda a solas con su mujer—. Sabéis perfectamente que todo eso no me importa lo más mínimo, ya me encargaré yo de acabar con esa clase de caprichos y os advierto que tengo la intención de conduciros dentro de poco a una de mis posesiones, donde no volveréis a ver jamás a nadie, excepto a mí.

Y como el pretexto, fundado o no, era un aliciente más para las lujuriosas escenas que el propio Bernac inventaba cuando la realidad no le parecía suficiente, no pierde la ocasión, hace pasar a Lurcie a su habitación y le dice:

—Iremos, sí…, lo he prometido, pero pagaréis caro el deseo que habéis mostrado…

La pobre desdichada, creyéndose ya cerca del desenlace, lo soporta todo sin queja alguna.

—Haced lo que os plazca, señor —dice humildemente—; me habéis concedido una gracia y sólo os debo por mi parte agradecimiento.

Tanta ternura y tanta resignación hubieran desarmado a cualquiera, salvo a un corazón petrificado por el vicio como el del libertino Bernac, pero nada le detiene, se siente dichoso y luego se acuestan en silencio; a la mañana siguiente, d’Aldour, cumpliendo lo acordado, va a recoger a los esposos y se ponen en marcha.

—¿Veis? —dice el joven primo de Lurcie al entrar con el marido y su mujer en una casa extraordinariamente apartada—. Podéis comprobar que esto no se parece en nada a una fiesta pública; ni un coche ni un lacayo, estamos, como os dije, completamente solos.

En ese momento, cuatro corpulentas mujeres, de unos treinta años de edad más o menos, fuertes, llenas de vigor y de cinco pies y medio de estatura cada una, aparecen bajando la escalera y dan la bienvenida de la manera más cortés al señor y a la señora de Bernac.

—Esta es mi mujer, señor —dijo d’Aldour, presentándole a una de ellas—, y estas otras tres son sus hermanas; nos hemos casado esta mañana en París al despuntar el alba y os esperamos para celebrar la boda.

Todo discurre en medio de recíprocas cortesías; tras unos minutos de tertulia en el salón, donde Bernac se convence con gran admiración por su parte de que están tan solo como se pueda desear, un criado llama para el almuerzo y se sientan a la mesa; nada tan animado como la comida, las cuatro presuntas hermanas, muy dadas a las frases ingeniosas, hicieron gala de toda la vivacidad y alegría imaginables, pero como ni por un momento olvidaron la debida corrección, Bernac, completamente engañado, se creía en la mejor compañía del mundo; entretanto, Lurcie, tirano y desesperadamente decidida a poner punto final a una continencia que hasta aquel momento no le había acarreado más que lágrimas y sufrimientos, se divertía con su primo y lo celebraban con champaña, a la vez que le colmaba de las más tiernas miradas; nuestras heroínas, que tenían Bernac, dejándose llevar, y no viendo más que pura y simple alegría en todo aquello, tampoco se mostraba mucho más comedido que los demás. Pero como no había que perder la cabeza, d’Aldour les interrumpe oportunamente y propone que vayan a tomar café.

—Por cierto, primo —le dice cuando ya lo han tomado—, os ruego que os dignéis a recorrer mi casa, sé que sois hombre de buen gusto, la he comprado y amueblado expresamente para mi matrimonio, pero temo que no he hecho muy buen negocio y, si no os importa, podríais darme vuestra opinión.

—Con mucho gusto —responde Bernac—, nadie entiende de esas cosas tanto como yo y veréis cómo acierto a calcular el total con una diferencia de diez luises, os lo apuesto.

D'Aldour se adelanta hacia la escalera dando la mano a su hermosa prima; Bernac queda entre las cuatro hermanas y en ese orden llegan a una alcoba, muy apartada y sombría, al otro extremo de la casa.

—Esta es la cámara nupcial —le dice d'Aldour al viejo celoso—. ¿Veis este lecho, primo?, pues aquí es donde vuestra esposa va a dejar de ser virgen. ¿No es ya hora de que no siga esperando?

Esa era la señal: al instante las cuatro impostoras se abalanzan sobre Bernac, armada cada una con un haz de varas; le bajan los calzones, dos de ellas le sujetan y las otras dos se turnan para azotarle, y mientras se afanan en ello con todas sus fuerzas:

—Querido primo —le grita d'Aldour—, ¿os dije que seríais servido a la medida de vuestros deseos? Pues para complaceros no se me ha ocurrido nada mejor que devolveros lo que dais todos los días a vuestra adorable esposa; no vais a ser tan bárbaro como para infligirle algo que os gustaría recibir vos mismo, por lo que me alegro de poder trataros con tanta galantería; no obstante, aún sigue faltando otra circunstancia para la ceremonia: mi prima, según creo, a pesar de vivir con vos desde hace ya mucho tiempo, sigue siendo tan virgen como si os hubierais casado ayer mismo; un descuido semejante por vuestra parte no puede proceder más que de la ignorancia; apuesto a que es que no sabéis cómo hacerlo… Pues os lo voy a enseñar, amigo mío.

Y con estas palabras, al compás de la agradable música, el apuesto primo arroja a su prima sobre el lecho y la hace mujer a la vista de su indigno esposo… Sólo entonces la ceremonia concluye.

—Señor —dice d'Aldour a Bernac, descendiendo del altar—, tal vez la lección os parecerá un poco fuerte, pero convendréis en que la injuria lo era por lo menos otro tanto; yo ni soy ni quiero ser el amante de vuestra esposa, señor, aquí la tenéis, os la devuelvo pero os recomiendo que en el futuro os comportéis con ella de una manera más digna; si no fuera así, ella hallaría de nuevo en mí a un vengador que no os trataría ya con tantos miramientos.

—Señora —exclama Bernac enfurecido—, en verdad este proceder…

—Es el que os habéis merecido, señor —le contesta Lurcie—; pero si no estáis conforme con él, sois muy dueño de divulgarlo, los dos expondremos nuestras razones y ya veremos de cuál de los dos se ríe el público.

Bernac, confuso, reconoce sus errores, no intenta inventarse más sofismas para legitimarlos y se arroja a los pies de su esposa para implorar perdón. Lurcie, dulce y generosa, le hace levantar y le abraza, los dos regresan a su casa e ignoro qué medios empleó Bernac, pero desde aquel momento la capital no conoció nunca una pareja más íntima, unos amigos más tiernos y un marido más virtuoso.

El marido cura

Entre la villa de Menerbe, en el condado de Avinón, y la de Apt, en Provenza, existe un pequeño convento de carmelitas, muy apartado, que se llama Saint-Hilaire, asentado en la cima redondeada de una montaña en la que a las mismísimas cabras les resulta difícil pastar; esa pequeña residencia es, poco más o menos, como la cloaca de todas las comunidades cercanas del Carmelo, todas relegan allí cuanto las deshonra, por lo que fácil es juzgar lo refinada que debía de ser la sociedad de semejante casa: bebedores, mujeriegos, sodomitas, tahúres, tal es, poco más o menos, la noble composición de los recluidos que en ese escandaloso asilo ofrecen a Dios, como pueden, unos corazones que el mundo desecha. Uno o dos castillos cercanos y el burgo de Menerbe, que está a sólo una legua de Saint-Hilaire, esa es toda la compañía de esos buenos religiosos, que, a pesar de su hábito y de su condición, distan mucho de encontrar abiertas todas las puertas de sus alrededores.

Desde hacía mucho tiempo, el padre Gabriel, uno de los santos de aquel cenobio, codiciaba a cierta mujer de Menerbe, cuyo marido, cornudo si alguna vez hubo alguno, era el señor Rodin. La señora Rodin era una jovencita morena, de veintiocho años de edad, mirada picara, y que tenía todas las trazas de ser un excelente bocado de monje. En cuanto al señor Rodin, era un buen hombre que cultivaba su hacienda sin abrir la boca; había sido tratante de paños, había sido también funcionario municipal; era, pues, lo que se llama un honesto burgués. No demasiado seguro de la castidad de su tierna mitad, era, sin embargo, lo bastante filósofo como para saber que la mejor manera de contener el crecimiento excesivo de un «tocado» de marido, es la de dar la impresión de no sospechar que se lleva. Había estudiado para ser cura, hablaba latín como Cicerón y jugaba a las damas muy a menudo con el padre Gabriel, quien, como hábil y solícito cortesano, sabía que hay que hacer siempre un poco la corte al marido de la mujer que se desea. El padre Gabriel era el verdadero semental de los hijos de Elias: al verle se hubiera podido decir que toda la raza humana podía delegar en él con tranquilidad el cuidado de su reproducción; hacedor de niños, si hubo uno alguna vez con unas sólidas espaldas, una cintura del diámetro de una vara, un rostro negro y tostado por el sol, las cejas como las de Júpiter, seis pies de estatura, y en cuanto a lo que caracteriza especialmente a un carmelita, de un tamaño, que, según decían, igualaba al de los mejores mulos de la provincia. ¿A qué mujer no le va a gustar soberanamente estafermo semejante? Y por esto mismo agraciaba en sumo grado a la señora Rodin, que distaba mucho de encontrar tan sublimes facultades en el pobre diablo que sus padres le habían dado por esposo. El señor Rodin, ya lo dijimos, fingía cerrar los ojos a todo, pero no por eso se sentía menos celoso, no despegaba los labios, pero seguía allí, y seguía estando allí en ocasiones en que le hubiera deseado muy lejos; la fruta, no obstante, estaba madura. La candorosa Rodin había confesado lisa y llanamente a su amante que ya sólo esperaba la ocasión para corresponder a unos deseos que le parecían demasiado fogosos como para

reprimirlos por más tiempo y por su parte, el padre Gabriel había hecho saber a la señora Rodin que estaba dispuesto a satisfacerla… En brevísimo intervalo en que Rodin había tenido que salir, Gabriel había llegado a enseñarle a su encantadora amante esa clase de cosas que hacen que una mujer se decida por mucho que lo siga dudando… No faltaba, pues, más que la ocasión.

Un día que Rodin había ido a invitar a almorzar a su amigo de Saint-Hilaire, con la intención de proponerle una cacería, tras vaciar varias botellas de vino de Lanerte, Gabriel creyó ver en esa circunstancia el momento propicio para su deseos.

—Oh, diablos, señor funcionario —dice el monje a su amigo—, ¡cómo me alegro de veros! No habríais podido venir, para mí, más oportunamente, pues hoy tengo un asunto de la mayor importancia en el que me vais a ser de una utilidad incomparable.

—¿De qué se trata, padre?

—¿Conocéis a un tipo de nuestra ciudad llamado Renoult?

—¿Renoult el sombrerero?

—El mismo.

—¿Y qué?

—Pues que ese bribón me debe cien escudos y me acabo de enterar hace un momento que se encuentra al borde de la quiebra; tal vez mientras os lo estoy contando se ha ido ya del Condado… Tengo que ir allí sin pérdida de tiempo y no puedo.

—¿Qué os lo impide?

—Mi misa, ¡qué diablos!, la misa que tengo que decir; preferiría que la misa se fuera al infierno y que los cien escudos estuvieran en mi bolsillo.

—Pero ¿no os pueden conceder una dispensa?

—Oh, sí, una dispensa, ¡no faltaba más! Nosotros aquí somos tres; si no dijéramos tres misas cada día, el portero, que no dice nunca ni una, nos denunciaría al tribunal de Roma. Pero hay un modo de ayudarme, querido amigo, pensad si queréis hacerlo, sólo depende de vos.

—A vuestra disposición, ¡qué diablos! ¿De qué se trata?

—Yo estoy aquí solo con el sacristán; como las dos primeras misas ya se han celebrado, nuestros monjes están fuera y nadie sospechará la jugada, la asistencia será poco numerosa, algunos campesinos y todo lo más, tal vez, esa jovencita tan devota que vive en el castillo de…, a media legua de aquí, criatura angelical que se cree que a fuerza de penitencias puede expiar todas las calaveradas de su marido; vos habéis estudiado para ser cura, creo que eso me dijisteis.

—Es cierto.

—Muy bien, entonces habréis tenido que aprender a decir misa.

—La digo como un arzobispo.

—Oh, mi querido y excelente amigo —prosigue Gabriel, lanzándose al cuello de Rodin— por Dios, poneos mis hábitos, esperad a que den las once, ahora son las diez, a esa hora celebrad mi misa, os lo ruego; nuestro hermano el sacristán es un buen tipo

que no nos traicionará jamás; a los que hayan creído no reconocerme se les dirá que se trata de un monje nuevo, a los demás se les dejará en su error; corro a casa de ese pillo de Renoult, a matarle o a recuperar mi dinero y dentro de dos horas estoy aquí. Me esperáis, os encargáis de que frían los lenguados, de que guisen los huevos y de que saquen el vino; cuando vuelva, almorzamos y a la caza… Sí, amigo mío, a la caza, y estoy seguro de que esta vez será magnífica; según se dice, han visto hace poco por estos alrededores a una bestia con cuernos, ¡pardiez, me gustaría atraparla, aunque eso nos cueste veinte pleitos con el señor de la comarca!

—Vuestro plan es bueno —contesta Rodin— y por haceros un favor haría lo que fuera, sin duda; pero ¿no será eso pecado?

—¿Pecado, amigo mío? En absoluto, tal vez sería pecado si al hacerlo se hace mal, pero haciéndolo desprovisto de poderes, todo lo que digáis y nada será la misma cosa. Creedme, soy todo un casuista; en todo este asunto no hay lo que se dice ni un pecado venial.

—Pero ¿habrá que pronunciar las palabras?

—¿Y por qué no? Esas palabras no guardan su mas que en nuestros labios, y por cierto que la nuestra es…, pero, amigo mío, mirad, yo podría pronunciar esas palabras sobre el bajo vientre de vuestra mujer y metamorfosearía en un dios al templo en donde hacéis vuestros sacrificios… No, no, querido amigo, sólo nosotros tenemos el poder de la transubstanciación; vos podríais pronunciar veinte mil veces esas palabras y nunca conseguiríais que descendiera cosa alguna; e incluso con nosotros la operación carece muy a menudo de toda eficacia; la fe es lo que lo hace todo en este caso; con un grano de fe se podrían mover montañas, Jesucristo lo dijo, como bien sabéis, pero quien no tiene fe, no consigue nada… Yo, por ejemplo, que, a veces, cuando estoy celebrando, pienso más en las muchachas o en las mujeres que asisten a ella que en ese demonio de pedazo de mesa que remuevo con mis dedos, ¿creéis que consigo que venga algo en ese momento…? Me sería más fácil creer en el Corán que meterme eso en la cabeza. Por eso vuestra misa será, por poco que hagáis, tan buena como la mía; así, pues, querido amigo, obrad sin escrúpulos, y sobre todo mucho valor.

—¡Diantre! —exclama Rodin—. Es que tengo un hambre devoradora y dos horas más sin comer…

—¿Y qué os impide tomar un bocado? Tomad, comed esto.

—¿Y la misa que tengo que decir?

—Diablos, ¿qué importa eso? ¿Creéis que Dios va a ensuciarse más porque caiga en un estómago lleno que en un vientre vacío? Que la comida esté encima o que esté debajo, que me lleve el diablo si no da lo mismo; vamos, amigo mío, si fuera a decir a Roma todas las veces que desayuno antes de decir mi misa, tendría que pasarme la vida por los caminos. Y como no sois sacerdote, nuestras reglas no os obligan, no vais más que a dar una imagen de la misa, no vais a decirla; por consiguiente, podéis hacer todo lo que os apetezca antes o después, incluso besar a vuestra mujer si viniera

aquí; no se trata de hacer como hago yo, no se trata de celebrar ni de consumar el sacrificio.

—Venga —contesta Rodin—, lo haré, estad tranquilo.

—Bien —dice Gabriel mientras sale corriendo, tras dejar a su amigo bien recomendado al sacristán—. Contad conmigo, amigo mío, antes de dos horas estaré con vos —y el monje, encantado, desaparece.

Como bien se comprenderá, va a toda prisa a casa de la mujer del funcionario; ésta, sorprendida al verle, creyéndole con su marido, le pregunta el motivo de una visita tan inesperada.

—Démonos prisa, querida mía —le contesta el monje, jadeando—; démonos prisa, sólo disponemos de un momento… un vaso de vino y manos a la obra.

—Pero ¿y mi marido?

—Está diciendo misa.

—¿Que está diciendo misa?

—Pues sí, diablos, pues sí, preciosa —contesta el carmelita, derribando a la señora Rodin sobre su lecho—; sí, alma querida, he hecho de vuestro marido un cura y mientras el tunante celebra un misterio divino, démonos prisa y consumemos uno profano…

El monje era vigoroso y era difícil resistírsele cuando apresaba a una mujer; sus razones, además, eran tan convincentes que persuade a la señora Rodin, y como no se cansaba de convencer a una picaruela de veintiocho años y temperamento provenzal, renueva más de una vez sus demostraciones.

—Pero, ángel mío —exclama al fin la bella, perfectamente convencida—, sabes que el tiempo apremia… tenemos que separarnos; si nuestro placer no puede durar más que una misa, hace ya tiempo que debe haber llegado al *ite missa est*.

—No, no, amiga mía —contesta el carmelita, que aún tiene otro argumento que exponer a la señora Rodin—; ven, corazón mío, tenemos mucho tiempo, una vez más, querida amiga, una vez más, esos novicios no van tan de prisa como nosotros… Una vez más, te digo, apostaría a que ese cornudo todavía no ha elevado a su dios.

Tuvieron, sin embargo, que separarse, no sin antes prometer que se volverían a ver; se pusieron de acuerdo sobre algunas otras tretas y Gabriel marchó a recoger a Rodin; éste había celebrado tan bien como un obispo.

—Sólo los *quod aures* —le dijo— me han costado algún trabajo; yo quería comer en lugar de beber, pero el sacristán no me ha dejado. ¿Y los cien escudos, padre?

—Ya los tengo, hijo mío; el bribón intentó resistir, yo agarré una horquilla y a fe mía que la probó en su cabeza y por todas partes.

La partida acaba, nuestros dos amigos se van a cazar y a la vuelta Rodin cuenta a su mujer el servicio que ha prestado a Gabriel.

—Yo celebraba la misa —decía el pobre pánfilo, riéndose con todas sus fuerzas—, sí, diantre, yo celebraba la misa como un auténtico cura, mientras que nuestro amigo le medía a Renoult las espaldas con una horquilla… Le devolvía sus armas,

¿qué te parece, vida mía?, se las ponía sobre la frente; ¡ah, mujercita querida, qué divertida es toda esta historia y cómo me hacen reír los cornudos! Y tú, mujer, ¿qué hacías mientras yo estaba celebrando?

—Ah, amigo mío —contesta la mujer del funcionario— parece como si el cielo nos hubiera inspirado, fíjate cómo las cosas celestiales nos tenían ocupados a ambos sin que lo sospecháramos: mientras tú decías misa, yo recitaba esa hermosa plegaria que contesta la Virgen a Gabriel cuando éste va a anunciarle que quedará encinta por la intervención del Espíritu Santo. Ay, amigo mío, mientras que tan virtuosas acciones nos entretengan a los dos a la vez, no cabe la menor duda de que nos salvaremos.

La mujer vengada

En la época en que los señores vivían despóticamente en sus dominios, en aquellos gloriosos tiempos en los que Francia albergaba dentro de sus fronteras a una infinidad de soberanos en lugar de treinta mil vil esclavos postrados delante de un solo rey, vivía en medio de sus posesiones el señor de Longeville, dueño de un feudo bastante extenso en los alrededores de Fimes, en la Champagne.

Tenía a su lado a una mujercita morena, vivaracha, impulsiva, no demasiado hermosa, pero picara y apasionadamente enamorada del placer: la castellana tendría unos veinticinco a veintisiete años y monseñor, como mucho, unos treinta; casados desde hacía diez y muy en la edad ambos de procurarse alguna distracción que rompiera el tedio del himeneo, trataban de proveerse en la vecindad de lo mejor que podían. El burgo, o mejor el villorrio, de Longeville no ofrecía demasiados alicientes; con todo, una joven granjera de dieciocho años, tierna y apacible, había encontrado la forma de complacer a monseñor y desde hacía ya dos años se las arreglaba con ella del modo más satisfactorio.

Louison, que así se llamaba la adorable tórtola, iba a pasar todas las noches con su señor utilizando una escalera secreta practicada en una de las torres, que daba a los aposentos del patrón, y por las mañanas levantaba el campo antes de que la señora entrara en la habitación de su esposo, cosa que acostumbraba a hacer para el almuerzo.

La señora de Longeville no ignoraba en modo alguno la incongruente conducta de su marido, pero como se sentía muy a gusto pudiendo distraerse también por su lado, no decía ni una palabra; no hay nada tan apacible como las esposas infieles, pues ponen tanto empeño en ocultar sus propios pasos que vigilan los del prójimo infinitamente menos que las mojigatas. Un molinero de los alrededores llamado Colás, un joven bribón de dieciocho a veinte años, blando como su propia harina, musculado como su mulo y bello como la rosa que crecía en un pequeño jardín, se deslizaba cada noche, como Louison, por un gabinete contiguo al dormitorio de la señora y, a continuación, cuando todo quedaba en silencio en el castillo, dentro de su lecho. No se hubiera podido encontrar nada más tranquilo que estas dos encantadoras parejas; si el diablo no se hubiera metido por medio, estoy seguro de que se les habría puesto como «ejemplo» a toda la Champagne.

No os riáis, lector, no os riáis de la palabra «ejemplo»; a falta de virtud, el vicio recatado y oculto puede hacer sus veces. ¿No resulta tan plausible como acertado pecar sin escandalizar a los demás? Y así, pues, ¿qué peligros puede entrañar el mal si no se le conoce? Veamos, juzgad, por muy irregular que pueda parecer ese comportamiento, ¿acaso no es preferible el panorama que nos ofrecen las costumbres actuales? ¿No preferís al dueño y señor de Longeville cómoda y silenciosamente recostado en los amorosos brazos de su hermosa granjera y a su respetable esposa en los brazos de un guapo molinero, sin que nadie más esté enterado de su felicidad, a

una de nuestras duquesas parisinas que cada mes cambian públicamente de galán o se entregan a sus lacayos, mientras el señor derrocha doscientos mil escudos al año con una de esas criaturas a las que el lujo sirve de máscara, viles por naturaleza y corrompidas incluso por la virtud? Lo repito, pues, sin la discordia que pronto vino a derramar su ponzoña sobre estos cuatro elegidos del amor, nada tan dulce y tan discreto como su afortunado acuerdo.

Pero el señor de Longeville, que tenía como tantos mandos injustos la cruel pretensión de ser feliz y de que no lo fuera su mujer; el señor de Longeville, que creía como las perdices que nadie le veía porque escondía la cabeza, descubrió la intriga de su mujer y, como si su propia conducta no justificara sobradamente aquella que tanto censuraba no le hizo ninguna gracia.

Del descubrimiento a la venganza en un espíritu celoso no hay más que un paso. El señor de Longeville optó por no decir nada y desembarazarse del bribonzuelo que infamaba su frente; que me ponga los cuernos —se decía a sí mismo— un hombre de mi propio rango…, pase…, ¡pero un molinero! ¡Oh!, señor Colás, habréis de tener la bondad, os suplico, de iros a moler a otro molino, pues no ha de decirse que el de mi mujer sigue abierto para vuestra semilla.

Y como el odio de aquellos pequeños déspotas soberanos revestía siempre la máxima crueldad, como estaban acostumbrados a abusar del derecho de vida y muerte que las leyes feudales les otorgaban sobre sus vasallos, el señor de Longeville decidió ni más ni menos que arrojar al pobre Colás al foso inundado que rodeaba su mansión.

—Clodomiro —dijo un día a su cocinero mayor—, tú y tus muchachos tenéis que librarme del villano que mancilla el lecho de mi mujer.

—Eso está hecho, monseñor —contestó Clodomiro—; si así lo deseáis, le degollamos y os lo servimos trinchado como un cochinillo.

—No, no, amigo mío —respondió el señor de Longeville—, basta con meterle en un saco cargado de piedras y bajarle con ese equipaje al fondo del foso del castillo.

—Así lo haremos.

—Muy bien, pero antes que nada hay que atraparlo y aún no le tenemos.

—Ya le agarraremos, monseñor; muy mañoso tendría que ser para que se nos escapara; ya le agarraremos, os lo aseguro.

—Esta noche vendrá a las nueve —continuó el esposo ofendido—, cruzará el jardín, de allí pasará a las salas del primer piso, se esconderá en el gabinete que está al lado de la capilla y permanecerá allí agazapado hasta que la señora crea que yo ya me he dormido, vaya a sacarle y le conduzca a su dormitorio; debemos dejarle hacer todas esas maniobras, nos conformaremos con estar al acecho y cuando se crea a salvo le echamos la mano encima y le mandamos a beber para que apague así su ardor.

Ningún plan mejor trazado que éste y el pobre Colas hubiera sido ciertamente pasto de los peces si todo el mundo hubiese sido discreto; pero el barón se había

confiado a demasiada gente y fue traicionado: un joven ayudante de la cocina, que adoraba a su patrona y que tal vez incluso aspiraba a compartir un día sus favores con el molinero, dejándose llevar más por los sentimientos que su ama le inspiraba que por los celos que le habrían hecho sentirse encantado por la desgracia de su rival, corrió a dar aviso de todo lo que acababa de tramar y fuere compensado por ello con un beso y dos relucientes escudos de oro que para él valían menos que el beso.

—Desde luego —exclamó la señora de Longeville, cuando se quedó a solas con aquella de sus doncellas que colaboraba en su intriga—, monseñor es un hombre bien injusto… Pues ¡qué!, él hace lo que quiere, yo no digo ni una palabra y le parece mal que me resarza de todos los días de ayuno que me hace padecer. ¡Ah!, no voy a tolerarlo, amiga mía, no lo toleraré. Escucha, Jeannette, ¿estás dispuesta a ayudarme en el plan que he concebido para salvar a Colás y para atrapar a monseñor?

—Por supuesto, señora, no tenéis más que ordenar y haré cuanto digáis; ese pobre Colás es un muchacho tan apuesto…, nunca vi a ningún otro con unos riñones tan sólidos ni con unos colores tan frescos.

—Oh, sí, señora, claro que sí; yo os ayudaré. ¿Qué hay que hacer?

—Tienes que ir sin pérdida de tiempo —le explica la dama— a avisar a Colás para que no se deje ver por el castillo si yo no se lo ordeno, y pedirle de mi parte que te deje toda la ropa que suele ponerse cuando viene aquí; cuando tengas el traje, Jeannette, vas a buscar a Louison, la bienamada de mi pérfido, y le dices que vas a ella de parte de monseñor, que él le pide que se ponga la ropa que llevarás en tu delantal, que no venga esta vez por el camino habitual, sino por el jardín, por el patio y por las salas del primer piso, y que tan pronto como llegue a la casa se esconda en el gabinete que hay al lado de la capilla hasta que el señor vaya a buscarla, y a las preguntas que sin duda ha de haceite sobre todos estos cambios, le contestarás que se deben a los celos de la señora, que se ha enterado de todo y que hace que la espíen por el camino que sigue habitualmente. Si se asusta, la tranquilizas, le haces algún regalo y sobre todo le insistes en que no deje de acudir, pues el señor tiene que hablarle esta noche de cosas de la mayor trascendencia en relación con la escena de celos de la señora.

Jeannette sale, cumple los dos encargos a las mil maravillas, y a las nueve de la noche la desdichada Louison es quien se halla, bajo la indumentaria de Colás, en el gabinete en donde esperan sorprender al amante de la señora.

—¡Adelante! —ordena el señor de Longeville a sus secuaces, que con él a la cabeza no habían dejado de estar al acecho—. ¡Adelante! Todos lo habéis visto como yo, ¿verdad, amigos míos?

—Sí, monseñor; pardiez que es un guapo muchacho.

—Abrid la puerta de golpe, le arrojáis unas toallas por la cabeza para impedir que grite, le metéis en el saco y le echáis al agua sin más miramientos.

Todo es ejecutado al pie de la letra, taponan de tal forma la boca de la infortunada cautiva que le es imposible darse a conocer; la envuelven en el saco, en cuyo fondo

han tenido buen cuidado de meter gruesos pedruscos, y por la misma ventana del gabinete en que se ha efectuado la captura la arrojan en medio del foso. Concluida la operación, todos se retiran y el señor de Longeville se dirige a toda prisa a su alcoba para recibir a su damisela que, según él no debía tardar en llegar y a la que estaba bien lejos de imaginar depositada en un sitio tan fresco. Transcurre la mitad de la noche y nadie aparece; como había una espléndida luz de luna, nuestro amante, inquieto, decide ir a ver en persona a casa de su amada qué es lo que puede retenerla así, sale, y en ese intervalo la señora de Longeville, que no perdía ninguno de sus pasos, corre a instalarse en el lecho de su marido. Al señor de Longeville le dicen en casa de Louison que ésta había salido de allí como de costumbre y que sin duda está ya en el castillo; no le dicen nada del disfraz, porque Louison no se lo había contado a nadie y había salido sin que la vieran; el patrón regresa y como la vela que había dejado en su dormitorio se había apagado, se acerca a la cama para coger una mecha y volverla a encender; al aproximarse percibe una respiración, y no le cabe la menor duda de que su querida Louison habría llegado mientras él estaba buscándola y al no verle en su alcoba, se había acostado impaciente; no lo piensa dos veces y en seguida está entre las sábanas, acariciando a su esposa con los requiebros y dulces efusiones que solía emplear con su querida Louison.

—¡Cuánto me has hecho esperar, vida mía…! Pero ¿dónde estabas, mi querida Louison…?

—¡Pérfido! —exclama entonces la señora de Longeville, descubriendo la luz de una linterna sorda que tenía escondida—. Ya no me cabe ninguna duda sobre tu conducta, aquí tienes a tu esposa y no a la p… a la que das lo que a nadie más que a mí le pertenece.

—Señora —le contesta el marido sin inmutarse—, creo que yo soy dueño de mis actos, y más cuando me engañáis de forma tan evidente.

—¿Engañaros, señor? ¿Y en qué si puede saberse?

—¿Creéis que no conozco vuestra intriga con Colás, uno de los más infames labradores de mis tierras?

—Yo, señor —contesta arrogantemente la castellana—, rebajarme yo hasta ese punto, vos sois un lunático, no ha habido jamás ni una sola palabra de lo que estáis diciendo y os desafío a que me lo probéis.

—A decir verdad, señora, eso va a resultar difícil a estas alturas, pues acabo de hacer arrojar al agua al miserable que me deshonraba y no le volveréis a ver mientras viváis.

—Señor —replica la castellana con más descaro aún—, si a causa de tales suposiciones habéis hecho arrojar a un desdichado al agua, no cabe duda de que sois culpable de una tremenda injusticia, pues si, según decís, ha recibido ese castigo sólo por venir al castillo, mucho me temo que os habéis equivocado, porque no puso los pies en él en toda su vida.

—¡Pues qué, señora!, me haréis creer que estoy loco…

—Aclarémoslo, señor, aclarémoslo, no hay nada más fácil, mandad vos mismos a Jeannette a buscar a ese campesino del que estáis tan errónea y ridículamente celoso y veremos cuál es el resultado.

El barón acepta, Jeannette se va y vuelve con Colás, que está sobre aviso. El señor de Longeville se frota los ojos a verle, ordena que todo el mundo se levante y que vayan a averiguar al instante quién es, en tal caso, el individuo al que ha ordenado arrojar al foso; se dan prisa, pero vuelven sólo con un cadáver, el de la desdichada Louison, que descubren a los ojos de su amante.

—¡Oh, cielos! —exclama el barón—. Una mano desconocida interviene en todo esto, pero yo no me quejaré de sus golpes, pues es la Providencia quien la dirige. Seáis vos, señora, o sea quien sea la causa de esta equivocación, renuncio a averiguarlo; ya os habéis desembarazado de aquella que os causaba tantas inquietudes, libradme asimismo de quien me las procura a mí y que Colás desaparezca de la comarca. ¿Estáis de acuerdo, señora?

—Más aún, señor; me uno a vos para ordenárselo: que la paz renazca entre nosotros, que el amor o la estima recobren su albedrío y que nada pueda destruirlos en el futuro.

Colás se marchó y no regresó nunca más. Louison fue enterrada y desde entonces nunca se vio en toda Champagne a unos esposos más unidos que el señor y la señora de Longeville.

Los estafadores

Siempre existió en París una clase de individuos, extendida por todo el mundo, cuyo único oficio es el de vivir a costa de los demás: no hay nada tan habilidoso como las múltiples maniobras de estos intrigantes, no hay nada que no inventen, nada que no tramen para atraer, de una manera o de otra, a la víctima a sus malditas redes; mientras que el grueso de su ejército trabaja en la ciudad, unos destacamentos revolotean por sus alrededores, se desparraman por los campos y viajan sobre todo en los transportes públicos; una vez expuesta esta triste situación de forma inamovible, volvemos a la inexperta joven a la que pronto lloraremos cuando la veamos en tan perversas manos. Rosette de Flarville, hija de un buen burgués de Rúan, a fuerza de súplicas acababa al fin de obtener el permiso de su padre para ir a pasar el carnaval en París a casa de un tal señor Mathieu, tío suyo, rico usurero que vivía en la calle Quicampoix. Rosette, aunque un poco lerda, tenía no obstante dieciocho años cumplidos, una figura encantadora, era rubia, con grandes ojos azules, una piel resplandeciente y su seno, bajo una leve gasa, anunciaba a todo buen conocedor que lo que la muchacha guardaba a cubierto valía por lo menos tanto como lo que se podía ver… La separación no se efectuó sin lágrimas: era la primera noche que el amoroso papá se separaba de su hija; ella era sensata, ya estaba en condiciones de saber comportarse, iba a casa de un bondadoso pariente y en Pascua tenía que regresar; todo esto era motivo de consuelo, pero Rosette era muy bonita, Rosette era muy confiada y marchaba a una ciudad peligrosísima para el sexo débil de provincias que arriba a ella inocente y lleno de virtud. No obstante, la bella parte, provista de todo lo que se necesita para brillar en París dentro de su reducida esfera y con alhajas y regalos más que suficientes para el tío Mathieu y para las primas, sus hijas; Rosette es recomendada al cochero, su padre la abraza, el cochero fustiga los caballos y todos lloran, pero el cariño de los hijos tendría que ser tan tierno como el de los padres; la naturaleza consiente que los primeros encuentren en los placeres a los que se entregan la distracción necesaria para alejarse involuntariamente de los autores de sus días y para que en sus corazones se vayan enfriando los sentimientos de ternura, más puros y ardientes y de una sinceridad totalmente distinta en el alma de los padres y de las madres que, casi rozando esa fatal indiferencia que les vuelve insensibles a los antiguos placeres de su juventud, hace, por decirlo así, que ya no se interesen más que por esos sagrados seres que les dan nueva vida.

Rosette confirmó la ley general, sus lágrimas se secaron en seguida y sin pensar ya más que en el placer que experimentaba al ir a visitar París, no tardó en hacer amistad con gentes que iban allí y que parecían conocerlo mejor que ella. Su primera pregunta fue para enterarse de dónde estaba la calle Quicampoix.

—Ese es mi barrio, señorita —le contesta un tipo de fuerte complexión, que tanto por una especie de uniforme que vestía como por su seguridad al hablar llevaba la voz cantante dentro del traqueteante grupo.

—¿Cómo, señor, sois de la calle Quicampoix?

—Vivo en ella desde hace más de veinte años.

—Oh, si es así, entonces conoceréis bien a mi tío Mathieu.

—¿El señor Mathieu es vuestro tío, señorita?

—Sin duda, caballero, yo soy su sobrina; voy a verle, a pasar el invierno con él y con mis dos primas, Adelaida y Sofía, a las que también debéis conocer sin duda alguna.

—¡Oh! ¿Que si las conozco, señorita? ¿Y cómo no iba yo a conocer al señor Mathieu que es mi vecino más próximo y a las señoritas, sus hijas, de una de las cuales, entre paréntesis, estoy enamorado desde hace más de cinco años?

—¿Estáis enamorado de una de mis primas? Apuesto a que es de Sofía.

—Pues no, de Adelaida, para ser sincero, una figura adorable.

—Es lo que se dice en todo Ruan, pues yo, por mi parte, no las he visto nunca; es la primera vez en mi vida que voy a la capital.

—Ah, entonces no conocéis a vuestras primas ni tampoco, señorita, al señor Mathieu, sin duda.

—Pues no, fíjese; el señor Mathieu abandonó Ruan el año en que mi madre me dio a luz y no ha vuelto jamás.

—Es un hombre excelente sin ninguna duda y estará encantado de recibiros.

—Tiene una casa bonita, ¿verdad?

—Sí, pero alquila una parte, él ocupa solamente el primer piso.

—Y la planta baja.

—Por supuesto, y también alguna otra habitación arriba, por lo que tengo entendido.

—¡Oh!, es un hombre riquísimo, pero yo no le haré parecer menos; mirad, aquí tengo estos relucientes cien luises dobles que mi padre me ha dado para que me vista a la moda, con el fin de que mis primas no se avergüencen de mí y estos hermosos regalos que les llevo; mirad, estos pendientes por lo menos valen cien luises, pues bien, son para Adelaida, para vuestra amada; y este collar que, como mínimo, cuesta otro tanto, es para Sofía; y esto no es todo, mirad esta caja de oro con el retrato de mi madre, ayer sin ir más lejos nos la tasaron en más de cincuenta luises, pues es para mi tío Mathieu, es un regalo que le hace mi padre. Oh, estoy segura de que en ropa, en oro y en joyas, llevo encima más de quinientos luises.

—No os hacia falta todo eso para ser bien recibida por vuestro señor tío, señorita —dice el pillo, mirando con el rabillo del ojo a la bella y a sus luises—. Seguramente hará más caso del placer de veros que de todas esas pamplinas.

Bueno, no importa, no importa; mi padre es un hombre que hace bien las cosas y no quiere que se nos desprecie por vivir en provincias.

—Verdaderamente, señorita, se está tan a gusto en vuestra compañía que desearía que no os fueseis nunca ya de París y que el señor Mathieu os diera a su hijo en matrimonio.

—¿Su hijo? Si no tiene ninguno.

—Su sobrino, quería decir, ese estupendo muchacho…

—¿Quién? ¿Carlos?

—Carlos, exacto, pues claro, el mejor de mis amigos.

—Pero ¿cómo, también conocisteis a Carlos, caballero?

—¿Que si le conocí, señorita? Más aún, le sigo conociendo y hago el viaje a París única y exclusivamente para verle.

—Os equivocáis, caballero, ha muerto; yo estaba prometida a él desde su infancia, no le conocía, pero me habían dicho que era encantador; la manía del servicio se apoderó de él, se fue a la guerra y le mataron.

—Bien, señorita, veo perfectamente que mis deseos van a cumplirse, podéis estar segura de que quieren daros una sorpresa: Carlos no está muerto, eso creían, hace seis meses que regresó y me escribió diciéndome que iba a casarse; y para colmo os envían a París, no lo dudéis, señorita, es una sorpresa, dentro de cuatro días seréis la mujer de Carlos y lo que lleváis no son sino regalos de boda.

—Realmente, caballero, vuestras conjeturas están llenas de verosimilitud; sumando lo que me decís a ciertos propósitos de mi padre que ahora recuerdo, me doy cuenta de que nada es tan probable como lo que acabáis de señalar…

Así, pues, yo me casaré en París. Seré una dama de París, oh, señor, ¡qué dicha! Pero si es así, al menos tenéis que casaros con Adelaida; haré que mi prima se decida y seremos una doble pareja.

Tal era durante el viaje la conversación de la dulce y bondadosa Rosette con el bribón que la sondeaba, prometiéndose de antemano sacar partida de la inexperta joven que se le entregaba con tanta ingenuidad. ¡Qué captura para la banda de libertinos, quinientos luises y una hermosa muchacha! Que se diga cuál de los sentidos no es halagado por hallazgo semejante. Cuando se están acercando a Pontoise:

—Señorita —dice el estafador—, se me acaba de ocurrir una idea: voy a alquilar unos caballos de posta para llegar antes a casa de vuestro lio y anunciaros a él; todos acudirán a vuestro encuentro, estoy seguro, y así, por lo menos no estaréis sola al llegar a esa gran ciudad.

El plan es aceptado, el galanteador monta a caballo y se da prisa en ir a prevenir a los actores de su comedia; cuando les ha dado instrucciones y les ha puesto a todos sobre aviso, dos coches conducen a la presunta familia a Saint-Denis; bajan a la hostería, el embaucador se encarga de las presentaciones, Rosette encuentra allí al señor Mathieu, al gran Carlos, que regresa del ejército y a las dos encantadoras primas; se besan, la normanda les entrega sus cartas, el buen Mathieu derrama lágrimas de felicidad al enterarse de que su hermano está bien de salud y no esperan a llegar a París para repartir los regalos; Rosette, que tiene demasiada prisa por que valoren la magnificencia de su padrease pone en seguida a prodigarla; más abrazos, más agradecimientos y todo sigue su curso hacia el cuartel general de los estafadores,

que es presentado a la bella como si se tratara de la calle Quicampoix. Llegan a una basa de bastante buen aspecto, acomodan a la señorita de Flarville, trasportan su baúl a una habitación y sin más preámbulos se sientan a la mesa; en ella tienen buen cuidado de hacer beber a la invitada hasta que se le trastorna la cabeza; acostumbrada a no beber más que sidra, la convencen de que el vino de la Champagne es el jugo de las manzanas de París; la dócil Rosette hace todo cuanto quieren y al fin pierde el conocimiento; cuando es ya incapaz de defensa alguna, la dejan desnuda como la palma de la mano, y cerciorados nuestros bribones de que ya no le queda ninguna otra cosa sobre el cuerpo más que los atractivos que le prodigó la naturaleza, deciden no dejárselos tampoco sin haberlos mancillado y se lo pasan en grande con ella durante toda la noche; al fin, contentos de haber obtenido de la pobre muchacha todo lo que podían sacar, satisfechos de haberle arrebatado su honor, su conocimiento y su dinero, la cubren con unos harapos y la abandonan, antes de que amanezca, en lo alto de la escalinata de San Roque. La infortunada abre los ojos en el preciso instante en que el sol empieza a brillar y, espantada por el lamentable estado en que se encuentra, se toca, se hace preguntas y se interroga a sí misma sobre si está muerta o si sigue con vida; los chiquillos la rodean y durante un buen rato les sirve de juguete, les ruega que la lleven a casa de un comisario donde cuenta su triste historia, suplica que escriban a su padre y que mientras le espera, le den asilo en alguna parte; el comisario ve tanto candor y honradez en las respuestas de la desventurada criatura que la acoge en su propia casa; el buen burgués normando llega por fin y después de derramar ambos infinitas lágrimas, lleva a casa a su querida hija, la cual, según dicen, no mostró en toda su vida el menor deseo de volver a ver la civilizada capital de Francia.

Lector, «alegría, saludo y salud», decían antaño nuestros antepasados cuando acababan su cuento. ¿Por qué habríamos de temer imitar su cortesía y franqueza? Así, pues, diré como ellos: «Lector, adiós, riqueza y placer, si mis habladurías te han proporcionado todo esto, ponme en un agradable rincón de tu gabinete; si te he aburrido, recibe mis excusas y arrójame al fuego».



DONATIEN ALPHONSE FRANÇOIS DE SADE (París, 2 de junio de 1740 - Charenton-Saint-Maurice, Val-de-Marne, 2 de diciembre de 1814), conocido por su título de Marqués de Sade, fue un escritor francés, autor de *Justine o los infortunios de la virtud, Historia de Aline y Valcour* y otras numerosas novelas, cuentos y piezas de teatro. También le son atribuidas *Los 120 días de Sodoma, La filosofía en el tocador, La nueva Justine* y *Juliette*. En sus obras son característicos los antihéroes, protagonistas de las más aberrantes violaciones y de disertaciones en las que, mediante sofismas, justifican cínicamente sus actos. Fue encarcelado por el absolutismo, por la asamblea revolucionaria y por el régimen napoleónico, pasando 30 años encerrado en diferentes fortalezas y manicomios. También figuró en las listas de la guillotina. Protagonizó varios incidentes que se convirtieron en grandes escándalos. En vida, y después de muerto, le han perseguido numerosas leyendas. A su muerte era conocido como «el autor de la infame novela *Justine*». Novela por la que pasó los últimos años de su vida encerrado en el manicomio de Charenton y que fue prohibida; pero que circuló clandestinamente durante todo el siglo XIX y mitad del siglo XX, influyendo en diferentes novelistas y poetas, como Flaubert, que en privado lo llamaba «el gran Sade», Dostoyevsky, Apollinaire, que rescata su obra del «infierno» de la Biblioteca Nacional de París, o Rimbaud. Breton y los surrealistas lo proclamaron «el Divino Marqués». Y aún hoy su obra despierta los mayores elogios y las mayores repulsas. Georges Bataille, entre otros, calificó su obra como «apología del crimen».